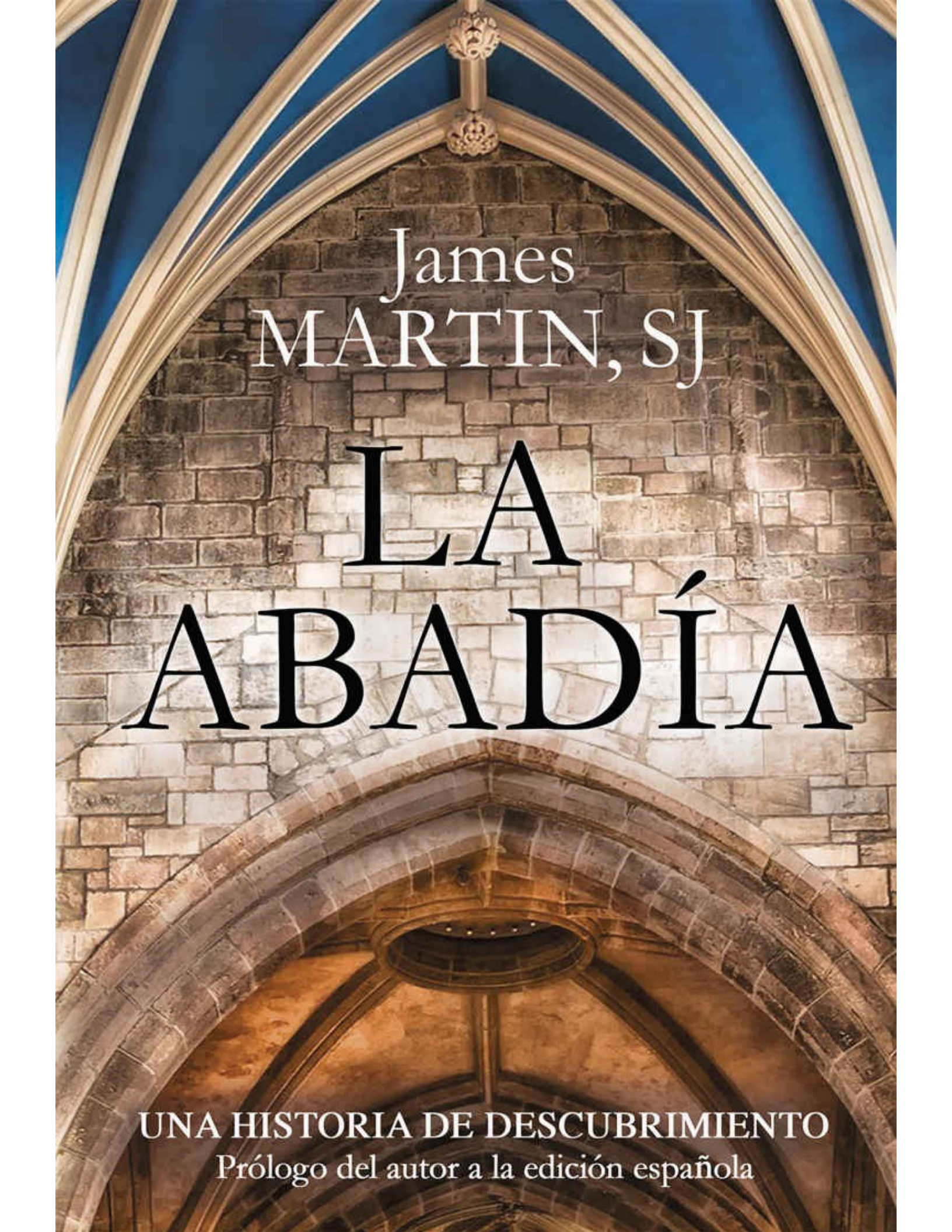




James
MARTIN, SJ

LA ABADÍA

UNA HISTORIA DE DESCUBRIMIENTO

Prólogo del autor a la edición española

Mensajero
COLECCIÓN *Literaria*

14

James Martin, SJ

La abadía

Una historia
de descubrimiento



Prólogo del autor
a la edición española

NOVELA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Grupo de Comunicación Loyola
• Facebook / • Twitter / • Instagram

Título original:
The Abbey. A Story of Discovery

© 2015 by James Martin, SJ

© 2015 by HarperOne
Publicado en lengua española mediante un acuerdo
con HarperOne, an Imprint of HarperCollins Publishers.
www.harpercollins.com

Traducción:
José Manuel Lozano-Gotor Perona

© Ediciones Mensajero, 2019
Grupo de Comunicación Loyola
Padre Lojendio, 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com
gcloyola.com

Diseño de cubierta:
Magui Casanova

ISBN: 978-84-271-4437-8

Para M.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos y diálogos que en él figuran son fruto de la imaginación del autor y no deben entenderse como reales. Cualquier semejanza con hechos o personas, vivas o muertas, de la vida real es pura coincidencia.

Índice

Prólogo a la edición española, por JAMES MARTIN, SJ

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

Prólogo a la edición española

Durante muchos años estuve preguntándome cómo sería la experiencia de escribir una novela. Soy un gran aficionado al género, y con el tiempo he llegado a ser amigo de unos cuantos novelistas. Pero como autor que escribe principalmente sobre religión y espiritualidad, también me preguntaba: ¿de dónde viene la inspiración para tejer una trama? ¿Cómo crea un novelista sus personajes? ¿Qué es lo que le habilita para inventar los diálogos? No podía imaginarme escribiendo una novela porque era incapaz de imaginarme respondiendo estos interrogantes de manera adecuada.

Un buen día, tuve un sueño sumamente curioso. En él, una pelota de béisbol atravesaba, rompiéndola, la ventana de una casa; tal suceso ponía al hombre que allí vivía en contacto con su vecina, que había perdido a su hijo en un accidente. El hombre llevaba a la mujer a un monasterio, donde ella conocía a un abad sabio. En el curso de sus conversaciones con el monje, la mujer lograba descubrir la obra de Dios en su vida, aun en medio del sufrimiento.

Al despertar del sueño, me dije: «¡Qué historia tan bella!». La anoté en un trozo de papel y volví a dormir. A la mañana siguiente, pensé que podía tratar de darle forma escrita, desarrollándola, por supuesto. El resultado es el libro que estás leyendo: *La abadía*.

Fue una experiencia deliciosa, de principio a fin. Perfilar la trama y los personajes me resultó fácil, puesto que me habían sido dados. Lo creas o no, hasta los nombres de los personajes y de la abadía proceden del sueño. En cuanto me puse a escribir, la trama se fue desarrollando sola.

Cuando terminé de escribir la novela, me sentí sorprendentemente triste. ¡Había disfrutado tanto en compañía de Anne, Mark y el abad Paul! Pero, por fortuna, ellos están a punto de cobrar vida para ti ahora, en cuanto pases la página. Espero que los itinerarios espirituales de Anne, Mark y Paul te ayuden a descubrir de qué maneras está Dios activo también en tu vida. Y confío en que disfrutes leyendo el libro tanto como yo disfruté escribiéndolo.

JAMES MARTIN, SJ
Nueva York
Septiembre de 2019



Cuando la pelota de béisbol entró por la ventana haciendo añicos el cristal, Mark estaba pensando en Ted Williams.

Había leído en una ocasión que la estrella de los Red Sox de Boston aseguraba que, cuando se hallaba sobre la caja de bateo y la pelota venía silbando hacia él a toda velocidad, podía verle incluso las costuras. Mark no se las vio, pero fue consciente de que la pelota se dirigía directamente hacia él. Un *line drive*, habría dicho el locutor en la radio; casi volvió a oír en su cabeza los partidos de los Red Sox que su padre escuchaba durante los veranos. En aquella época, junio, julio, agosto parecían un interminable partido de béisbol.

Por un momento, la pelota pareció detenerse en el aire, y luego se hizo más grande, como un globo que se expande veloz.

De un salto, Mark se apartó de su trayectoria justo antes de que aparatosamente atravesara la ventana, golpeará —cual malla de protección— la alta estantería de madera de arce situada detrás de él, tirará al suelo unos cuantos libros de bolsillo amarillentos y cayera sobre la moqueta con un golpe sordo.

—¡Mierda! —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. A través de los picudos restos del cristal se asomó al jardín colindante. Sabía bien a dónde mirar. Era allí donde jugaban siempre al béisbol, haciendo demasiado ruido. Los tres adolescentes que vivían en su misma manzana eran simpáticos, pero a veces resultaban fastidiosos.

—¿Qué demonios estabais haciendo? —les gritó al divisarlos.

—¡Perdón, perdón! —le respondió un trío de voces adolescentes.

El jardín colindante estaba algo más bajo que el suyo. Mark nunca había sabido explicarse a qué obedecían las extrañas ondulaciones del terreno en su barrio, pero las superficies de césped en la parte de atrás de algunas casas estaban más altas que las de otras. En ocasiones le preocupaba que su casa pudiera ser tragada por uno de esos enormes socavones que veía en los noticiarios de televisión, pero seguramente era tan solo una depresión natural, nada especial. Ahora esa diferencia de altura exageraba su posición ventajosa. Desde su cuarto de estar acristalado en el primer piso, miraba a los chicos como si se encontrara a una gran altura.

–¡Es casi medianoche! –gritó.

Se trataba obviamente de una exageración, pues no eran más que las nueve; pero el enfado hizo que no reparara en su error.

–¿Qué demonios hacéis jugando al béisbol a medianoche? –repitió, alzando aún más la voz.

«¿Y quién –se preguntó a sí mismo– rompe hoy ventanas con pelotas de béisbol?». Se sintió como si estuviera en una comedia televisiva de los años sesenta.

Los tres chicos subieron a gatas por el desnivel y accedieron al jardín trasero de Mark. De pie a escasa distancia de la ventana, trataron en vano de ocultar su fascinación ante el destrozo ocasionado, mientras contemplaban el destello de los fragmentos de vidrio sobre el oscuro césped.

Resultaba extraño ver a los tres muchachos quietos. Por regla general, Mark los veía haciendo carreras por el barrio, ya en sus bicis o, últimamente, en el coche de alguno de sus padres. Unos días antes, había estado a punto de atropellar a uno de ellos, que circulaba en bici por la calzada sin manos. Pero ahora estaban allí clavados, aparentemente abrumados por la culpa. Conforme se aproximaron aún más a la ventana dañada, Mark sintió aflorar su empatía.

–Esto... Lo siento, Mark –dijo uno de ellos, levantando la vista–. Perdón, señor Matthews –se corrigió enseguida.

Sus caras vueltas hacia arriba hacían que los chicos, que tenían dieciséis años, parecieran aún más jóvenes.

«¡Qué nombre tan tonto: Mark Matthews!», se dijo, y no era la primera vez que lo pensaba. Insulso, salvo para personas religiosas, que con frecuencia le preguntaban si tenía hermanos que se llamaran Lucas y Juan. Tiempo atrás se había prometido que, si tenía hijos, no le pondría a ninguno nombre de evangelista.

Solía preguntar a las mujeres con las que salía qué nombre pondrían a sus hijos, lo que o bien las espantaba, o bien las instaba a pensar que el anillo de pedida estaba al caer. De ahí que dejara de inquirir al respecto. Pero ocasionalmente, antes de quedarse dormido por la noche, pensaba en nombres para sus hijos. A sus treinta años, empezaba a preocuparle si alguna vez encontraría a alguien...

Los tres muchachos lo miraban fijamente. Mark dio un paso hacia delante y sintió cómo los cristales crujían bajo sus pies. Al día siguiente tendría que decírselo a Anne, su casera. Seguro que le daba un ataque. Y ese pensamiento hizo que se enfadara de nuevo.

–¿Quién va a pagar este destrozo? –preguntó, en el mismo tono que habría empleado su padre. ¿Existía una especie de guion interior para estos sucesos al que su disco duro mental accedía automáticamente?

–Ummm, nosotros –dijo Brad, a quien Mark consideraba el líder del grupo–. ¿Te parece bien?

–Sí, me parece bien –dijo–. Eh, sé que ha sido un accidente. Yo también solía hacer estupideces. Y sé que los tres sois buenos chicos.

Al oír esto, se animaron. Uno de ellos sonrió aliviado, se contuvo y frunció de nuevo el ceño.

–Bueno –dijo Mark–. Volved mañana y ya veremos cuánto va a costar esto.

–De acuerdo.

Y se dispersaron, marchando en tres direcciones diferentes, uno de ellos cargado con el bate y cada cual con su guante de béisbol. El pequeño incidente había bastado para inquietarlos, echar por tierra su camaradería nocturna y empujarlos de regreso a casa.

Mark recordó lo que le había dicho el padre de Brad después de que este se sacara el carné de conducir. Mark estaba lavando su coche cuando Brad llegó con el suyo al acceso al garaje de la casa contigua, tras la largamente esperada cita en el Departamento de Vehículos Motorizados. El muchacho estaba tan emocionado que se olvidó de mantener la compostura. Al tiempo que tocaba el claxon, gritó a través de la ventaba abierta del vehículo:

–¡Mark, he aprobado! ¡He aprobado, he aprobado!

Brad se bajó del automóvil, cerró de un portazo, subió de dos en dos los peldaños que llevaban a su casa, abrió la puerta y gritó:

–¡Mamá, he aprobado!

Su padre, un hombre corpulento, sonrió pícaramente mientras salía del coche.

–¡Enhorabuena! –le dijo Mark–. Ya tiene dieciséis, ¿eh? Imagino que crecen rápido.

–¿Estás de broma? –replicó el padre de Brad–. ¡Han sido los dieciséis años más largos de mi vida!

Mark miró al jardín, cada vez más oscuro, y oyó el canto de los grillos. «Después de recoger los restos del destrozo –pensó– seguramente debería tapar la ventana con un plástico».



Mientras estiraba su cuerpo larguirucho en la cama, el primer pensamiento de Mark no fue que era sábado y que podía descansar después de haber pasado una buena parte de la semana lijando y repintando la cerca del monasterio, sino que tenía que informar a su casera de la rotura de la ventana y pedirle el nombre y el número de teléfono de un cristallero. Anne había insistido mucho en ello.

–Si tienes que hacer cualquier clase de reparación, quiero saberlo –le dijo al alquilarle la casa–. Y yo te diré a quién llamar. No quiero que traigas al primer patán.

Mirándola con imperturbabilidad, se había esforzado por no recordarle que era un experimentado carpintero, además de arquitecto. Ella pareció leerle la mente, algo que a Mark le resultó a la vez inquietante y atractivo.

–Sé que eres carpintero, así que no es nada personal –le dijo–. Solo que me gusta que la gente que hace reparaciones en mi casa sea conocida. Estoy segura de que lo entiendes.

El asintió cortésmente con la cabeza.

Unas cuantas horas más tarde, con el sol en lo alto del cielo y las chicharras anunciando la inminente humedad, Mark se acercó a casa de Anne, que estaba algo más allá en la misma acera. Sentía ya de algún modo que la manzana le pertenecía, aunque solo llevaba viviendo allí un año. «Mi barrio», gustaba de decirles a sus amigos, algo que no había dicho desde su infancia en Boston. Construidas a finales de los años cincuenta, las casas de ladrillo visto, de dos plantas y poca altura, estaban bien cuidadas por sus propietarios, en su mayoría parejas jóvenes con hijos, matrimonios cuyos hijos ya no vivían con ellos y viudas. Mark, como inquilino, era la nota discordante, algo que al principio despertó no solo la curiosidad de sus vecinos, sino también sus sospechas. Pero haciéndoles curiosos favores –ayudar a uno a levantar un muro de piedra para su jardín; echar una mano a otro para perfeccionar su técnica de estuco; apartar la nieve con pala cuando se lo pedían las señoras mayores, que parecían estar escondidas en sus casas salvo cuando necesitaban que alguien les hiciera algún favor; y ser amable con los adolescentes, que admiraban sus frecuentes citas con mujeres atractivas–, al cabo de unos meses había consolidado su lugar en el barrio.

«Es en primavera cuando la calle está más bonita», pensó; era entonces cuando los altos arces desplegaban sus hojas de color verde pálido, los cornejos exhibían sus efímeras flores blancas y los cerezos lucían sus hinchidas flores rosadas. Justo esta semana, las lilas que tapizaban el lateral de la casa habían florecido de púrpura claro. El día anterior, antes de marcharse a trabajar, Mark se había detenido para disfrutar del aire perfumado por el aroma de las lilas. La única nota discordante era el zumbido de los sopladores de hojas, las desbrozadoras y las cortadoras de césped, que ahuyentaban el silencio en los fines de semana de primavera, verano y otoño.

La casa de Anne se parecía a la suya; ella se había asegurado de eso. Los mismos arbustos de tejo cuidadosamente recortados, los mismos arriates de flores delimitados por piedras y las mismas farolas altas y negras en los jardines delanteros anunciaban a los vecinos que las dos casas, el número 105 y el número 111 de la calle, eran suyas. Mark había oído que el exmarido de Anne le suplicó que al menos pintaran las dos casas en colores diferentes. Esa fue, al parecer, unas de las escasas batallas que ganó. Así, la casa de Anne estaba orlada en rojo y la de Mark —o para ser más exactos, la otra casa de Anne— en blanco.

En el centro de la puerta principal había un largo óvalo de cristal transparente, a través del cual Mark podía ver la sala de estar de Anne. Llamó a la puerta con suavidad:

—¿Hay alguien en casa?

De inmediato, el fastidioso perrito ladrador de su casera, como él lo llamaba, bajó corriendo por las escaleras desde el piso superior y se plantó delante de la ventana, ladrando frenéticamente. Y como Mark no se marchaba, empezó a gruñir y a enseñarle los dientes. Mientras lo miraba fijamente, Mark reparó en el reflejo de su melena rubia rojiza en el cristal. Probablemente debería cortarse hoy el pelo. «¿Qué llevará a la gente a comprarse estos perritos?».

Entonces apareció Anne y abrió la puerta.

—¡Cállate!

Al percatarse de la sorpresa en el rostro de Mark, añadió:

—Lo siento. Este perro loco...

Hábilmente empujó al perro hacia atrás con el pie izquierdo, abrió la puerta mosquitera y salió al porche, casi empujando a Mark por los escalones de hormigón. Él, educadamente, dio un paso atrás y bajó un escalón. Ahora estaban ambos más o menos a la misma altura.

—¡Qué calor, te corta la respiración! —dijo, refiriéndose al tiempo, pero podría haberlo dicho igualmente de sí misma. A sus cuarenta años, tenía un aspecto estupendo. El pelo, castaño claro, lo llevaba peinado hacia atrás en un estilo formal, con algunos mechones colgando sobre su frente, y alrededor de sus ojos azules apenas se marcaban las primeras arrugas. Vestía un pantalón de yoga gris, chancas rosas y una camiseta verde y blanca de los Eagles, el equipo de fútbol americano de Filadelfia.

—Sí —contestó él—. Y me temo que va a ir a peor.

—¡Es horrible! —dijo Anne, levantando la vista al cielo—. Odio esta humedad. Mi madre solía llamarla «bochorno». ¿Cómo vas, Mark? ¿Sigues haciendo el trabajo que

esos hombres deberían hacer ellos mismos?

Cuando Mark conoció a Anne y le contó su trabajo en el monasterio, ella había reaccionado con severidad:

–Pintar, recoger con el rastrillo las hojas caídas, reparar tuberías y hacer otros trabajos de fontanería son tareas que todo hombre debería ser capaz de hacer. ¡Yo las hago!

–No es que no las hagan –había dicho él, sin querer enzarzarse en una discusión al respecto–. Lo que ocurre es que no pueden encargarse de *todas*, y algunos son ya muy mayores. También hay, es cierto, quienes no tienen ni idea de cómo hacerlas. Esos tipos... bueno, la mayoría de ellos... son geniales, realmente geniales, pero dales un martillo y no sabrán ni por dónde agarrarlo. Ahora bien, unos pocos son increíblemente mañosos. El hermano Michael, por ejemplo, construyó él solo una buena parte del monasterio. De hecho, él diseñó la hospedería y...

–Lo que tú digas... –había repuesto ella, algo molesta.

Mark quería defender a los monjes, pero entonces recordó el motivo de su visita; si los defendía, ella probablemente se enfadaría aún más por el cristal roto. Así que, con cierta brusquedad, dijo:

–De todos modos, estoy a gusto en PB&J.

Ella lo miró perpleja.

–Así es como llamo yo a la abadía –aclaró él–. Sabes que allí elaboran mermelada, ¿verdad?

–Sí, lo sé. ¿Y qué?

–Los monjes elaboran mermelada... y su monasterio es la abadía de los Santos Felipe y Santiago, the *Abbey of Philip and James* en inglés. Por aquí, todo el mundo la llama P&J, pero yo digo PB&J: *Peanut Butter and Jelly*, mantequilla de cacahuete y mermelada, como en los sándwiches. Al abad le hace mucha gracia.

–Ajá.

Anne lo miró como intentando encontrar la manera de quitárselo de encima. Y añadió:

–Así pues, ¿qué te trae por aquí?

–Lo que tengo que decirte no te va a gustar.

–¿De qué se trata?

–Anoche unos muchachos que estaban jugando al béisbol en el jardín colindante rompieron de un pelotazo la ventana trasera de la casa.

–¡Válgame Dios! –exclamó ella, en tono más de cansancio que de enfado.

–No te preocupes –dijo él–. Puedo llamar a un cristalero, ya sabes, a alguien que arregla ventanas.

–Sé lo que es un *cristalero*.

–No lo decía en ese sentido –se excusó él, sonrojándose de nuevo–. Es fácil de arreglar. El marco de la ventana no está dañado. Y los chicos dijeron que pagarían la reparación.

–Querrás decir que la pagarán sus padres –puntualizó ella–. Te daré el nombre del

tipo al que suelo llamar para estas cosas.

Cuando Anne abrió la puerta, Mark sintió que el aire acondicionado le acariciaba las piernas desnudas. El perro ladrador se abalanzó hacia él, pero Anne lo detuvo con el pie al tiempo que entraba en la casa. El perro ladraba detrás de la puerta mientras Mark veía a Anne hurgar en los cajones de un aparador en la sala de estar. En las paredes colgaban fotos enmarcadas de Anne y sus amigas, así como otras muchas de su hijo. Una de ellas era una foto del colegio: delante de un fondo que simulaba un cielo azul claro y esponjosas nubes blancas, el muchacho, vestido con una camisa blanca de cuello abotonado, sonreía. Con su pelo castaño claro y su piel blanca, se parecía a Anne.

—Aquí tienes —le dijo, entregándole una tarjeta de visita sin cruzar la puerta—. Puedes llamar a este tipo. Sabe lo que se hace. Perdona que esté un poco acelerada. Tengo clase de yoga dentro de un rato y un millón de cosas que hacer. Por lo demás, ¿está todo en orden en la casa?

El perro ladró con insolencia.

—Sí, sí. Y me encanta vivir en ella.

—Me alegra oír eso —repuso ella, ahora con una sonrisa—. Que tengas un buen día. Cuídate.

Anne cerró la puerta, y Mark la oyó decir con voz apagada:

—¡Cállate, *perro loco*!

Cuando llegó al acceso desde la calle al garaje de Anne, el trío de rompedores de ventanas pasaba justamente por allí en sus destartalados monopatines, gritándose unos a otros.

Al ver a Mark, se callaron, recordando evidentemente el *line drive* de la noche anterior. Pero cuando él les saludó con la mano, sus monopatines chirriaron contra la acera hasta detenerse.

—¡Hola, Mark! —dijo Brad, tendiéndole la mano—. Pronto te llevaremos el dinero.

Mark le estrechó la mano.

Los otros dos, John y Gary, imitaron el gesto, ofreciéndole calladas disculpas con las manos tendidas. Y enseguida empezaron a bromear de nuevo con él, como solían, expresando su asombro por lo lejos que había llegado la pelota y la rapidez que llevaba y por cómo había impactado contra la ventana. Se animaron.

—¡Tío, no podía creerlo! —dijo John—. ¡*Flipamos* cuando vimos hacia dónde iba la pelota! Me alegro de que te lo hayas tomado tan bien, tío.

—No pasa nada, chicos —dijo Mark—. Pero tened más cuidado a partir de ahora.

John enarcó las cejas y señaló con la mirada a la casa de Anne.

—Sí, lo tendremos. ¡Pero tenlo tú también, tío!

Mark puso los ojos en blanco al tiempo que Gary estalló en una carcajada. Brad frunció el ceño y miró al suelo.

Y se marcharon en sus monopatines.



Mientras cerraba la puerta, Anne pensó: «Sí, lo sé todo sobre el monasterio».

Deseaba que Mark recordara que ella había crecido en la zona. Él siempre le estaba contando cosas sobre Filadelfia, como si ella fuera una turista. Cuando era niña, su padre solía llevarla a la abadía de los Santos Felipe y Santiago, un monasterio trapense situado en un extenso terreno apartado y cubierto de pinos, a unos cuarenta y cinco minutos de viaje desde la ciudad. Iban a visitar a un anciano sacerdote con mal aliento que siempre la llamaba «Annie». Ella le decía a su padre que nadie más la llamaba así.

—Acéptalo, hija —le dijo él más de una vez—. El padre Edward puede llamarte como quiera. Es un santo, y se ha portado muy bien con tu madre y conmigo. Ya sabes que vino a propósito a nuestra parroquia para bautizarte.

—Entonces, ¿por qué no sabe mi nombre? —había replicado ella en más de una ocasión.

«Lo sé todo sobre la abadía», había querido decirle a Mark. Pero lo cierto era que no había vuelto por allí desde hacía mucho tiempo. Esa parte de su infancia, que una vez fue importante, se había desvanecido. El trabajo de Mark le había hecho pensar en aquel lugar por primera vez en muchos años.

También sabía que los monjes elaboraban mermelada. Su padre la compraba por cajas, y ella solía comprársela a su hijo, quien parecía no cansarse nunca de comer mermelada de arándanos.

—Jeremiah, te vas a convertir en arándano —le dijo Anne un domingo por la mañana después de que el niño hubiese engullido tres tostadas bien cargadas de confitura. Él debía de tener entonces unos ocho años.

—¡Avísame si me vuelvo azul! —le respondió él. Y luego respiró hondo, infló exageradamente las mejillas y contuvo la respiración hasta que no pudo más y estalló a reír.

Recordar aquello le llevó a girarse para mirar las fotos que en marcos dorados colgaban en la pared. Todavía no estaba segura si quería conservarlas.

Había visto a Mark fijarse en ellas a través de la puerta principal. Le encantaba aquella foto de Jeremiah en el colegio; era su favorita. Todo el mundo le decía que el

niño se le parecía, aunque ella pensaba que se parecía más a su padre. Los ojos azules; la nariz respingona; y, sobre todo, la barbilla puntiaguda.

En los últimos meses había pensado en descolgar las fotos, no porque le costara mirarlas –algo que hacía con frecuencia–, sino porque, al parecer, hacían que algunos visitantes se sintieran incómodos. Cuando se detenían ante las fotos, miraban de reojo a Anne para asegurarse de que no le resultaba demasiado doloroso.

Vio una mancha en el cristal que protegía el retrato y la quitó frotándola con el dedo índice. Esta acción la acercó aún más a la imagen de Jeremiah.

Anne escudriñó los ojos de su hijo y recordó la discusión que habían tenido sobre qué se iba a poner para la sesión fotográfica en el colegio. Jeremiah quería ponerse la camiseta de los Phillies, el equipo de béisbol de Filadelfia, que su padre le había comprado ese verano durante un partido, pero ella se negó.

–¡No te vas a poner una *camiseta* para la foto del colegio!

Durante la acalorada discusión, su hijo, que a la sazón tenía diez años, empezó a gritar, algo muy raro en él. Su amigo Brad iba a ponerse la suya, alegó, subiendo la voz una octava.

–Y si Brad saltara del puente Walt Whitman, ¿tú también saltarías?

Le hacía esta pregunta con tanta frecuencia que Jeremiah solía mofarse de ella por eso.

–¡Sí! –dijo él, dibujando en su rostro una sonrisa burlona. Los repentinos cambios de humor del niño no dejaban de sorprenderla.

–¡Claro que saltaría del puente Walt Whitman! ¡Así! –dijo, juntando las manos y poniendo su esbelto cuerpo en fingida posición de zambullida–. ¡Y llevaría puesta la camiseta de los Phillies! Y durante la caída gritaría: ¡Vamos, Phillieeeeeees!

Poco faltó para que cayera al suelo de la risa. La persona que más hacía reír a Jeremiah era siempre el propio Jeremiah.

Anne casi pudo oír su risa, que era lo que más extrañaba de él. Sintió una opresión en el pecho, y las lágrimas asomaron a sus ojos. Pensó que no volver a oír jamás la risa de su hijo no solo era injusto, sino cruel.

–¡Maldita sea! –exclamó en voz alta, y notó cómo en el estómago se le abría ese hueco ya familiar.

Anne inspiró y espiró profundamente mientras se alejaba de la foto de su hijo, disponiéndose a continuar el día.



Para alivio de Mark, la ventana quedó reparada el lunes. El cristalero (¿cómo había podido cometer la estupidez de insinuar que Anne no conocía lo que significaba esta palabra?) descargó de su camioneta un cristal inmaculado, lo subió al cuarto de estar y lo colocó con pericia en el marco de la ventana. Aunque se alegró de ver la ventana ya reparada, también había disfrutado de la fugaz novedad del cristal roto, que había permitido que el aire húmedo penetrara en el cuarto mientras veía el partido de béisbol el domingo por la noche, saboreando una cerveza.

Seguía haciendo un calor pegajoso, aunque el sol no se había dejado ver desde el domingo por la tarde. ¿Cómo podía ser Filadelfia tan húmeda? En ocasiones se sentía como si se hubiese mudado a Atlanta. Todo lo que estuviera al sur de Nueva Inglaterra era demasiado caluroso para él. Arrancó el coche y salió a la calzada, asegurándose de que no circulaban por ella muchachos gritones en monopatín ni tampoco Brad en el coche de su padre.

El viaje al monasterio era rápido y agradable la mayoría de los días, carente de complicación. Salía de su barrio, tomaba la Ruta Azul y pasaba junto a los pueblos que siempre quería visitar, aunque nunca encontraba tiempo para hacerlo.

—St. Davids —le comentó en una ocasión a John, el padre de Brad—. ¿Cómo es St. Davids? Suena pintoresco, como un pueblo minero galés.

—Ajá —dijo John—. Intenta comprar casa por allí y verás cuánto piden por una de esas cabañas de minero.

Mark encendió la radio y movió los sintonizadores, intentando en vano encontrar una canción que le gustara. Tomó la salida hacia una carretera secundaria. Después de un año, podía hacer el trayecto a ciegas. Cuarenta y cinco minutos de puerta a puerta no estaban tan mal; y aun si se retrasaba por culpa del tráfico, a los monjes no les importaba que llegara un poco tarde, salvo que tuviese programada una reunión con un contratista. Para ser hombres cuya vida giraba alrededor del reloj, se mostraban sorprendentemente tolerantes con su impuntualidad. Mark le dijo esto en una ocasión al abad, a manera de cumplido.

—Nuestras vidas giran alrededor de Dios, no alrededor del reloj —le replicó el abad.

Le agradaba el padre Paul. Como responsable de la abadía, podía haber insistido en que Mark lo llamara «abad Paul», pero ya el primer día de trabajo le dijo:

—Llevo tanto tiempo siendo el «padre Paul» que me identifico con este nombre.

«Abad» deriva de una palabra que significa «padre», descubrió Mark en una búsqueda en internet después de aquel primer día de trabajo, durante el cual había escuchado un montón de palabras desconocidas. Cuando le preguntó a Dave, el amigo de sus años de universidad que le había recomendado para el trabajo, si los monjes hablaban en latín, aquel había soltado un alarido:

—¡Pues claro! Así es como me comunico con ellos cuando les llevo las cuentas: en *latín*. Nos hablamos unos a otros en latín... ¡Por supuesto que no, zopenco!

Pero aquel primer día a Mark todo le sonaba a latín. Solo recordaba vagamente de sus estudios de arquitectura algunas de las palabras inglesas que los monjes usaban. «Refectorio», «claustro», «sala capitular» fueron algunas de las que escuchó mientras el padre Paul le mostraba la abadía.

Nunca había sido capaz —ni jamás lo sería— de entender los nombres de los momentos del día en los que los monjes rezaban en la iglesia, algo que ocurría cada pocas horas. A excepción de «maitines», que tenía un significado más o menos claro, los términos que designaban los otros momentos de oración —«laudes», «completas», «sexta» y «nona»— se le antojaban palabras sin sentido. Le habían corregido tantas veces la pronunciación de algunos de ellos (en particular un monje mayor, con acritud), que ahora simplemente decía «vuestras oraciones». ¿Por qué no podían los monjes decir sin más «oración matutina» u «oración vespertina»? ¿O acaso hablaban así deliberadamente para hacer que su estilo de vida resultara inescrutable para los extraños?

Tras ser despedido de su empleo de principiante en un estudio de arquitectura en Cambridge, Massachusetts, Mark había pasado unos meses ofreciéndose para trabajar de carpintero en Boston. Mientras estudiaba en la universidad, había trabajado como aprendiz de un carpintero local para pagarse la matrícula; la experiencia había sido muy grata. Durante los primeros meses tras el despido, Mark pensó que podía intentarlo; recordaba cuánto había disfrutado realizando labores manuales. Pero el trabajo de carpintero era, en el mejor de los casos, esporádico; y si no quería dejar de pagar las cuotas de los cuantiosos préstamos con los que había financiado los estudios, tenía que encontrar algo más estable.

Así, cuando Dave, que ayudaba a los monjes con los impuestos, le habló de un trabajo a tiempo completo en el monasterio, ni siquiera se lo pensó, aunque sabía que echaría de menos Boston. Sería un puesto fijo, con algunas tareas de carpintería, en las afueras de Filadelfia, que, según había oído, era una ciudad más asequible para vivir. Había pasado tanto tiempo en Cambridge que, cuando Anne le dijo cuánto pedía al mes por el alquiler de la casa, pensó que estaba bromeando.

—¿Quieres que lo suba? —le preguntó ella al ver la cara que ponía.

Con todo, el primer día en la abadía había sido muy extraño. Lo recordó mientras giraba a la izquierda a la altura de una señal en la que la palabra «monasterio» flotaba encima de una gruesa flecha roja que señalaba hacia una serpenteante carreterilla

flaqueada por enormes pinos.

El monasterio fue construido en la década de 1950, cuando alrededor de Filadelfia, con la llegada de veteranos de la Segunda Guerra Mundial en busca de lugares tranquilos para vivir con sus esposas e hijos, empezaron a surgir pueblos y aldeas. El arzobispo de Filadelfia invitó a los monjes a fundar aquí una abadía: «para apoyar con vuestra oración perpetua a nuestra Iglesia creciente», según podía leerse en la amarillenta carta que, enmarcada, aún colgaba en la sacristía.

En una ocasión, Mark le había dicho a uno de los monjes que el arzobispo de Filadelfia tenía una letra bonita. Esa clase de caligrafía redonda y fluida era un arte ya desaparecido.

—¡Apuesto a que fue a una escuela católica, y las monjas le enseñaron a escribir así!

—Sí, efectivamente —le contestó molesto el hermano Benjamin.

Los chistes de Mark no siempre hacían gracia a los monjes.

El monasterio estaba dedicado a los santos Felipe y Santiago no porque los monjes sintieran especial devoción por ellos, sino porque eran los santos favoritos del arzobispo que los había invitado a establecerse en Filadelfia. Cuando Mark se enteró de que Santiago era uno de los apóstoles y de que se le conocía como «el Menor» (para distinguirlo de otro Santiago, también apóstol, llamado «el Mayor») y de que Felipe había dudado en una ocasión de que Jesús pudiera realizar un milagro, le pareció que, teniendo en cuenta que había otros apóstoles más famosos entre los que escoger, el nombre del monasterio era bastante insulso.

Casi todo el mundo en la zona, incluso quienes no eran católicos, conocía el lugar, aunque solo fuera por la mermelada que los monjes elaboraban para financiarse y que ocupaba un lugar de honor en los supermercados locales. Lo llamaban la *Abbey of P&J* (*Philip and James*, Felipe y Santiago), o la abadía, o el monasterio, o a veces sencillamente P&J. En ocasiones, cuando Mark contaba a las chicas con las que salía dónde trabajaba, estas parecían impresionadas, como si estuvieran en presencia de un santo.

—¡Si solo soy el *encargado de mantenimiento*, por Dios!

A una chica, sin embargo, esto parecía excitarla, lo que indujo a Mark a desistir de la relación.

Pero su alma de arquitecto se había emocionado al ver el lugar por vez primera. Construida en la piedra autóctona conocida como esquisto de Wissahickon, una áspera pizarra gris que relucía bajo el sol, la iglesia abacial era un largo edificio rectangular con tejado de madera a dos aguas; junto a él se alzaba una torre-campanario de piedra. Eso era lo primero que uno veía al aproximarse a la abadía, y Mark nunca se cansaba de observar cómo la torre iba alzándose poco a poco sobre la carreterilla a medida que ascendía la colina con el coche. Hasta que empezó a trabajar aquí, nunca había estado dentro de un monasterio, aunque los había estudiado en la escuela de arquitectura, en la asignatura: «El mundo medieval». Si uno se fijaba al pasar por la Ruta Azul a la altura de la abadía, podía ver el alto campanario gris asomar por encima del paisaje ondulado.

Unos minutos antes de su entrevista de trabajo en aquella mañana de otoño del año

anterior, Mark había abierto la pesada puerta de madera que daba acceso a la iglesia y se había quedado pasmado al oír el canto de los monjes, algo que solo conocía por la radio. «¿Aún hay gente que canta así?», había pensado. «Es lo más hermoso que he oído nunca».

Había tomado asiento en un banco y escuchado la cadencia de voces masculinas acompañadas por una única nota de órgano al comienzo de cada estrofa. Escuchando con mayor atención, se había dado cuenta de que estaban cantando en inglés. No sabía mucho sobre catolicismo (ninguno de sus padres asistía a iglesia alguna) y menos aún sobre monjes y monasterios, pero podía asegurar que eran salmos lo que cantaban.

–Bendito sea el nombre del Señor –entonaba una voz.

Los demás monjes respondían con otros versículos. Y para concluir la oración, todos juntos cantaron un himno acompañados por el órgano.

Ese día solo había otros dos visitantes en la iglesia –una mujer mayor y un hombre joven–, los dos sentados algunos bancos delante de Mark. Una vez acabados los cantos, se levantaron, se arrodillaron y, tras persignarse como hacen los católicos, se marcharon de la iglesia. Los dos le sonrieron al pasar ante él. Antes de que se cerrara la puerta, los oyó hablar en el pórtico. Por las pocas palabras que captó, a Mark le dio la impresión de que se conocían de sus visitas al monasterio. Podía entender la presencia allí de la anciana, pero ¿qué hacía un muchacho en edad universitaria en un monasterio a las siete de la mañana?

La iglesia se comunicaba con el dormitorio monacal. En esa zona de la abadía se encontraban asimismo la sala capitular, donde los monjes celebraban sus reuniones; la enfermería, para atender e ingresar a los monjes enfermos; y el refectorio, donde comían. Unos cientos de metros más allá, en un edificio distinto, estaba la fábrica de mermelada, donde elaboraban la «mermelada del monasterio», que se vendía en muchas tiendas de la comarca, pero también mediante catálogos de venta por correo y a través de un sitio web.

–La mermelada nos da de comer –solía decir el padre Paul con una sonrisa.

Aquel primer día, Mark no estaba seguro de dónde debía encontrarse con el abad. Pero el padre Paul lo encontró a él. Mark estaba de pie en el exterior de la iglesia encendiéndose un cigarrillo cuando el abad apareció por una puerta lateral.

–Soy el padre Paul –le dijo, tendiéndole la mano–. Bienvenido a la abadía de los Santos Felipe y Santiago. Eres Mark, ¿verdad?

Paul era de rostro pálido y pensativo; tenía grandes ojos azules y el pelo ralo y entrecano. Llevaba unas gafas enormes. Le apretó la mano a Mark con firmeza; era una mano suave, la de alguien que no realizaba labores manuales con frecuencia. Por el lado positivo, parecía ser lo que la madre de Paul solía llamar un «alma noble».

Mark apagó el cigarrillo contra el enlosado del pórtico y notó que Paul hacía una mueca de ligera desaprobación. Solo entonces se percató de la vestimenta de Paul.

–¡Vaya! –dijo Mark, examinando la larga túnica blanca que vestía Paul y el pesado manto de paño negro que cubría sus hombros y caía hasta la altura de las rodillas. (Algunos meses más tarde, Mark se enteró de que el manto negro se llamaba

«escapulario»). Un grueso cinturón de piel marrón completaba el atuendo del monje.

—¡Ah, sí! —dijo el abad—. Bienvenido al siglo XI. Nuestro hábito es bastante extraño, ¿verdad?

—No, qué va, está muy bien —contestó Mark con sinceridad—. ¿Tiene bolsillos?

Paul se metió la mano en un bolsillo y sacó un juego de llaves que tintinearón y relucieron bajo la luz otoñal.

—Las llaves del reino —dijo en tono triunfal.

—¿Las qué?

—Nada, nada, solo intentaba hacer una broma —se disculpó Paul—. ¿Por qué no vienes conmigo? Te enseñaré la abadía y, mientras tanto, hablamos sobre el trabajo. Dave te ha puesto por las nubes.

Mark tomó nota mentalmente para invitar a Dave a una cerveza en Filadelfia. Y siguió al abad a su despacho, reparando en que calzaba sandalias —tipo Birkenstock— con calcetines, lo que le daba un aire vagamente jipi.

El trabajo no era lo que Mark esperaba estar haciendo en esta etapa de su vida. Siendo todavía estudiante, había confeccionado una lista con sus metas profesionales en un pequeño trozo de papel cuadriculado que durante algunos años llevó doblado en la billetera. A estas alturas ya debería haber creado un pequeño estudio de arquitectura con algunos condiscípulos. Al ver que se iba rezagando más y más en el cumplimiento de sus ambiciones, había terminado por deshacerse del papel.

Aun así, descubrió que trabajar en la abadía le gustaba más que pasar horas y horas tras un escritorio en el estudio de arquitectura, en el que había dedicado la mayor parte de su tiempo a diseñar cuartos de baño para edificios de oficinas en el centro de Boston.

Su cargo en la abadía era «director de instalaciones»; el abad insistía en llamarlo así, aunque él sentía que no era más que un «manitas» encargado del mantenimiento en general.

—No olvides que Jesús no era sino un carpintero —le dijo varias veces el padre Paul durante el primer mes.

Mark realizaba tareas varias: pintar corredores interminables, arreglar tuberías que goteaban y cisternas que probablemente nunca habían funcionado como es debido, enlucir paredes dañadas por la humedad, recoger con el rastrillo las hojas que caían al jardín del claustro y cortar la mayor superficie de césped que había visto y esperaba ver en toda su vida.

A menudo dedicaba horas a supervisar a los contratistas que el abad llamaba para realizar tareas que desbordaban la pericia de Mark. Un complejo de edificios tan grande y tan antiguo como este precisaba de gran cantidad de cuidados. Y con solo veintisiete monjes, varios de ellos ocupados en la fábrica de mermelada y otros muchos mayores, Mark tenía mucho trabajo. De vez en cuando hacía incluso algo de carpintería. Se sentía especialmente orgulloso de un nuevo anaquel de pino que había instalado en una capilla lateral de la iglesia dedicada a María o, como decía el padre Paul, a «Nuestra Señora».

De todo eso hacía casi un año. Mark se sentía ahora como en casa. Los monjes le caían bien, al menos la mayoría de ellos, y al cabo de unos días de trabajo se dio cuenta

de que su impresión inicial había sido errónea. La vida de los monjes no era tan fácil como se había imaginado: se levantaban a horas increíblemente tempranas, oraban sin cesar, trabajaban tanto en el interior del monasterio como en la fábrica de mermelada, sus comidas eran extraordinariamente sencillas. Habían hecho un voto de pobreza, de modo que ninguno de ellos poseía nada, ni siquiera el hábito. También ayunaban con frecuencia en Cuaresma, dedujo.

Y, además, nada de sexo. Eso hacía que esa forma de vida le pareciera imposible. Cuando uno de los monjes le preguntó amistosamente si alguna vez había pensado en unirse a ellos, Mark estalló en una carcajada. Al monje no le agradó tal reacción.

El padre Paul se convirtió también en una especie de confidente para Mark. Aún no conocía a mucha gente en Filadelfia, aparte de Dave, a quien veía solo de vez en cuando, y de las chicas con las que entablaba contacto en los bares del centro o a través de internet. El verano anterior, Dave le había animado a apuntarse a una liga local de una variedad de béisbol conocida como *softball* (que, como su nombre indica, se juega con una pelota más blanda). Aunque la experiencia resultó divertida, la mayoría de los miembros del equipo estaban casados o en camino hacia el matrimonio, por lo que, cuando quedaban a tomar una copa o ver un partido, sus mujeres o novias también estaban presentes. Ello terminó haciendo que Mark se sintiera aún más solo.

Un día, mientras conducía de regreso a casa desde el trabajo, cayó en la cuenta de que la persona con la que más tiempo pasaba era el padre Paul. Sonrió para sus adentros, pues le pareció divertido (o extraño o patético, no estaba seguro) que su mejor amigo en Filadelfia, después de Dave, fuera un monje.

Pero Paul sabía escuchar, era paciente y tenía un vivo sentido del humor. Otra cosa que Mark apreciaba de él es que siempre daba la impresión de estar tranquilo. Permaneció imperturbable incluso cuando parte del techo de la fábrica de mermelada se vino abajo tras una intensa nevada en diciembre. Se limitó a alzar la vista hacia el agujero del techo y a bajarla luego hacia los empapados paneles de insonorización caídos sobre el suelo de la fábrica, así como hacia el cubo de plástico amarillo colocado debajo de la gotera, y dijo:

—¡Vaya destrozo!

Con independencia de qué le contara uno, Paul rara vez parecía sorprenderse y, menos aún, perturbarse. Mark se preguntaba en ocasiones cómo podía llegar uno a ser como el abad: paciente, dispuesto a escuchar, no dado a juzgar a los demás. Y abierto. Cuando Mark se quejaba de una cita fallida, de una chica que le había dado calabazas o de una acalorada discusión con un contratista, Paul le quitaba hierro al asunto. A veces conseguía incluso que Mark se riera de algunos de sus problemas. En una ocasión, Mark le contó, todo ofendido, que la noche anterior una chica le había arrojado una bebida a la cara; la respuesta espontánea de Paul fue:

—¿Te lo merecías?

El trabajo de hoy no debería de ser demasiado duro. Tenía que terminar de pintar la pared del refectorio que enlució después de la tormenta de la semana pasada, instalar una nueva cabina de ducha en un cuarto de baño del segundo piso del dormitorio y ayudar al

hermano Robert a descargar una remesa de tarros para la fábrica de mermelada.

El hermano Robert era otro de sus favoritos: simpático, sosegado, práctico y con buena cabeza para los negocios. Los monjes a los que Mark apreciaba más eran aquellos que habían trabajado «en el mundo», como ellos decían, antes de ingresar en el monasterio. El hermano Robert siempre sonreía cuando Mark se refería al monasterio como «la abadía de PB&J». Algunas semanas después de haber empezado a trabajar en el monasterio, Mark le entregó una caja de tarros de mantequilla de cacahuete gurmé para la comunidad como regalo chistoso con motivo de la festividad de Todos los Santos, pues sabía que era un día importante para los monjes.

—Es la primera vez que alguien nos regala una caja de tarros de mantequilla de cacahuete —dijo el monje.

—Es la primera vez que sé cuándo se celebra el Día de Todos los Santos.

Al final de la jornada laboral, cuando entró en la ruidosa fábrica de mermelada, el hermano Robert lo llamó hacia sí con un gesto de la mano. Mark supuso que era para preguntarle si habían llegado los tarros, lo que no era el caso. No era para eso; el hermano Robert le informó de que había recibido una llamada telefónica.

«¿Quién puede haberme llamado aquí?», se preguntó. Maddy, quien trabajaba en la hospedería y estaba visitando al hermano Robert, le había entregado un papelito rosa. Cuando Mark empezó en la abadía, le sorprendió descubrir cuántos «no monjes», como él los llamaba, trabajaban en la fábrica.

—En la comunidad, solamente unos veinte estamos sanos —le explicó el hermano Robert—. Y no es necesario ser monje para hacer mermelada.

Al principio, Maddy, una septuagenaria con cara alargada y triste y paso lento, que él atribuyó a la artritis, le pareció distante. También era en exceso respetuosa con los monjes. «Los santos padres y hermanos», solía llamarlos. Mark sabía que trataba de ser graciosa, pero sospechaba que Maddy *realmente* pensaba que todos los monjes eran santos. Él no; había visto a algunos monjes impacientarse cuando un retrete no estaba arreglado a tiempo o enojarse cuando hacía mucho ruido martilleando.

—Es un martillo —le dijo a un monje que torció la cara al pasar a su lado mientras arreglaba una mesa en el refectorio—. Hace ruido.

Los monjes podían enfadarse e incluso ser petulantes, como cualquiera. Con el tiempo, sin embargo, Mark empezó a apreciar a Maddy por su ética del trabajo. Era leal a los monjes y al monasterio, nunca llegaba tarde y siempre era eficiente.

La nota decía: «Ha llamado Anne». Al principio se alegró al ver el nombre: una abogada que había conocido en un abarrotado bar del centro. Pero luego vio el número de teléfono: su casera. ¿Qué pasaba? ¿Acaso no habían arreglado la ventana siguiendo sus rigurosas indicaciones?

Salió de la fábrica, sacó su móvil y marcó el número de Anne. El día era cada vez más caluroso, y en el cielo se veían nubes grandes y oscuras que anunciaban tormenta.

—¿Eres Mark Matthews? —preguntó Anne antes de que él pudiera decir nada—. Siento haberte llamado al trabajo, pero no tenía tu número de móvil. Y como sé que trabajas en el monasterio... —su voz sonaba alterada.

–No tiene importancia. ¿Qué ocurre?

–Me da un poco de vergüenza pedirte esto, pero iba de regreso a casa después del trabajo y el coche se me ha averiado antes de salir del aparcamiento. Todos mis compañeros se han marchado ya; así que me preguntaba si podrías recogerme de camino a casa. ¿Lo ves factible? Estoy en el taller al que la grúa ha traído el coche, no demasiado lejos de St. Davids.

–Claro. Déjame que busque un lápiz, y me explicas cómo llegar allí.

–Pues no tengo ni idea de dónde estoy. Le paso el móvil a uno de los mecánicos.

Mark copió las indicaciones y colgó.

–Tengo que recoger a una mujer en St. Davids –le dijo al hermano Robert.

–¡Enhorabuena!

–No, no; se trata de mi casera.

–Ah, bueno. Entonces, te acompaño en el sentimiento.



Anne estaba esperándolo fuera del taller y, al verlo llegar, le saludó agitando las manos y le sonrió. «¡Vaya, qué guapa está!», pensó Mark, reparando en el pelo recogido hacia atrás y en la blusa blanca a medida que realzaba su esbelta silueta. Por un momento pensó que le apetecía invitarla a salir algún día, pero entonces recordó la diferencia de edad que había entre ellos. «Aun así...».

–Muchísimas gracias –dijo ella, subiendo a la camioneta–. Me siento como una idiota.

–No te preocupes. Encantado de poder ayudarte.

–¿Cómo va la vida en la Abadía Mantequilla de Cacahuete? ¿No es así como la llamas?

–PB&J, mantequilla de cacahuete y mermelada.

–Ah sí, claro –dijo ella, sin mucha emoción en la voz–. ¿Qué tal el día?

–¡Fenomenal! Hoy he resuelto un montón de cosas. Es un sentimiento agradable ver que el trabajo cunde y uno va terminando cosas. Tachándolas de la lista de tareas pendientes, como si dijéramos.

–Ajá –respondió ella, algo distraída.

–¿Cómo está el coche?

Anne resopló:

–Hecho una pena. Detesto a muerte ese coche. Lo compró mi exmarido; a mí nunca me ha gustado.

Mark sabía que no debía preguntarle por su exmarido. Una tarde del otoño anterior, John, el padre de Brad, le había contado la historia, una semana después de que Mark se mudara al barrio. John regaba los rosales mientras hablaban de la vida amorosa de Mark.

–¿Cómo van las cosas con Susie? –le preguntó John–. ¿Es ese su nombre?

–¿Te refieres a Nancy? ¿O a Stacy?

–No sé, yo ya me pierdo –dijo John, soltando una carcajada.

La conversación saltó a las esperanzas que Mark tenía de casarse, luego a chismes sobre otras familias de la manzana y, por fin, a Anne.

Anne se había criado no lejos del barrio, le contó John, y se había mudado a su actual

casa siendo aún bastante joven, junto con su marido, quien había sido su novio en el instituto.

—Era un gran atleta. Creo que llegó a jugar al béisbol como profesional en las ligas menores.

Los padres de Anne eran los propietarios de la casa en la que vivían Anne y su marido, así como de otra en la misma calle, que ahora ocupaba Mark. Cuando murieron, Anne heredó ambas. La segunda casa les proporcionaba a ella y a su marido algunos ingresos extra.

Algunos meses después de mudarse al barrio, Anne se quedó embarazada, lo que evidentemente la llenó de felicidad. Cuando nació Jeremiah, a Anne le encantaba pasearlo en carrito por el barrio y saludar a todos los vecinos. A veces se sentaba en la escalera delantera de la casa a leer un libro de bolsillo mientras el bebé dormía en una manta azul extendida sobre el césped debajo del arce.

—Era una madre extraordinaria —dijo John dirigiendo la manguera hacia los rosales.

Pero su marido no logró asimilar la paternidad y se marchó de la casa cuando Jeremiah tenía dos o tres años, John no recordaba este dato con exactitud. Lo que sí recordaba eran las dificultades de Anne para conciliar un empleo a tiempo completo con el cuidado del niño en solitario. Pero lo logró, gracias a sus agallas y también gracias a una anciana del barrio que tenía una pequeña guardería en su casa.

De niño, Jeremiah parecía tener una relación muy estrecha con su madre. Anne iba a ver todos sus partidos de béisbol en primavera y verano, llevaba al cine en coche a Jeremiah y sus amigos e incluso hacía de madre supervisora del grupo local de lobatos o pequeños escultistas. John se refirió a Jeremiah como un «crío encantador», expresión que Mark sospechó que no utilizaba a menudo.

Con trece años, Jeremiah fue atropellado mortalmente por un coche. Eso había ocurrido tres años antes. Cuando iban a ver una película que no tenían permiso para ver y a la que Anne se había negado a llevarlos en coche, Jeremiah, junto con Brad y otro amigo, cruzó una autovía muy transitada. Al cabo de tan solo unas cuantas horas, falleció en un hospital cercano.

Cuando John llegó a esta parte de la historia, volvió el rostro hacia los rosales y dijo:

—Fue un tiempo muy duro para mi hijo.

Se mordió el labio y prosiguió su relato: el llanto que oyeron esa noche y todo el día siguiente en casa de Anne; el entierro celebrado en un húmedo fin de semana que coincidió con el Día de los Caídos, y en el que los amigos de Jeremiah hicieron de portadores honorarios del féretro; las cestas de flores que cubrieron durante días las escaleras delanteras de la casa de Anne, hasta que se marchitaron bajo el sol. Anne se encerró en casa unas cuantas semanas.

John barrió los rosales con un chorro de agua. Mark sintió un suave frescor en la cara.

A Mark le costó asimilar todo aquello. Él se había limitado a preguntar:

—¿Cuál es, pues, la historia de mi casera?

¡Qué cosa tan extraña para escuchar una tarde calurosa justo antes de la puesta de

sol, con las luciérnagas centelleando! ¡Cuánta tristeza desenterrada en unos minutos! Mark recordó ahora, con Anne sentada a su lado en la camioneta, la conversación con el padre de Brad. Ella miró por la ventanilla mientras Mark iniciaba la conducción.

—¡Detesto ese coche!

—La verdad es que ni siquiera sé en qué trabajas —dijo Mark para cambiar de tema y animarse él un poco—. Te conozco desde hace un año y no estoy seguro de a qué te dedicas.

—Es curioso —dijo ella, volviéndose hacia él con una sonrisa pícaro—. ¿A qué *piensas* que me dedico?

Mark hizo una mueca. En la universidad, una de sus novias le preguntaba con deprimente regularidad: «Adivina qué me gustaría hacer esta noche», y él siempre parecía equivocarse de respuesta. Por regla general, ella quería salir a cenar o ir al cine; él prefería quedarse en casa y tener sexo. En una ocasión, perdida la esperanza de responder correctamente, optó por decir lo que de verdad le apetecía: «Despacharnos un *pack* de seis cervezas mientras vemos el partido de los Celtics, hacer el amor y dormir». La chica permaneció enfurruñada el resto de la noche.

Trató de imaginar en qué trabajaba Anne. Lo único que le vino a la mente fue la imagen de ella en aquellos pantalones de yoga grises:

—¿Monitora de yoga?

Anne rio con fuerza, la primera risa genuina que Mark le escuchaba. Tenía una risa sexy, más profunda de lo que él esperaba.

—Gracias —dijo ella, negando con la cabeza y mirando por la ventanilla—. Se lo tengo que contar a toda mi clase de yoga. Qué va, nada tan interesante. Soy contable.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué lo dices? —inquirió Anne, volviéndose de nuevo hacia él—. ¿No me consideras suficientemente inteligente? ¿Piensas que soy una especie de... mamá que no tiene más ocupación que hacer de chófer de sus hijos? —logró terminar la frase tras una pausa.

—No, no —dijo él tratando de evitar cualquier mención del hijo de Anne—. Es que siempre te veo con ropa de yoga y me pareces, cómo diría, demasiado apacible para ser contable.

Ella sonrió, complacida por el pequeño cumplido, y tamborileó distraídamente con los dedos en el salpicadero.

—¡Sí, esa soy yo! La apacible contable. Deberías hablar con mis compañeros de trabajo. Creo que desearían que *fuera* apacible.

Continuaron el viaje en silencio, con las ventanillas bajadas, disfrutando del aire de la tarde, que de repente se había vuelto más fresco. A través del parabrisas, Mark miró a las densas nubes. Sin duda iba a llover.

—¡Mierda! —gritó, justo cuando estaban tomando la Ruta Azul.

—¿Qué ocurre?

—Me he olvidado el móvil en la abadía.

Ella suspiró y frunció la boca, deseosa de llegar a casa cuanto antes y sin interés

alguno en ir a la abadía.

–¿Te importa si paramos allí un momento? No puedo vivir sin mi móvil.

–Recuerda que eres tú quien me está haciendo el favor *a mí*. Para y recoge el móvil; yo te esperaré en el coche.



Cuando llegaron a la abadía de los Santos Felipe y Santiago, la lluvia golpeaba con fuerza el techo de la camioneta. Anne no había pisado los terrenos del monasterio desde que era una niña; pero cuando Mark giró para tomar la carreterilla de entrada, se acordó de todo: las amplias superficies de césped y las interminables praderas donde solía cazar saltamontes y grillos, los altos pinos que flanqueaban como centinelas la carreterilla y la forma en que la torre de la iglesia se iba alzando poco a poco sobre esta a medida que uno se aproximaba al monasterio. «Como el mástil de un barco que va asomando por el horizonte», oyó de repente decir a su padre dentro de sí. Le asombró recordar esa frase. ¿De dónde venía?

Sus padres eran ambos religiosos: él, sobremanera; ella, bastante. Su padre, contable como Anne, ayudaba a los monjes con las cuentas, sobre todo en los períodos de declaración fiscal. Hasta donde ella podía recordar, su padre conoció al padre Edward, el monje con halitosis, durante un retiro en una parroquia y se hicieron amigos. Pero sus recuerdos sobre el particular eran vagos. Su padre la llevó una o dos veces al monasterio, y ella lo recordaba como un lugar no desagradable, pero tampoco agradable. A veces se sentaba en un banco de un corredor fuera del templo en el que se oía cantar a los monjes, pero pasaba la mayor parte del tiempo sentada en una oficina garabateando con lápices de colores en hojas de papel de máquina en blanco mientras su padre examinaba los libros de contabilidad y los monjes se acercaban a charlar un rato con él. Para tratarse de un monasterio de clausura, hablaban sin duda un montón. Recordaba haber estado una vez en el templo. O tal vez no. Quizá fue en algún otro lugar. Hacía mucho tiempo que había dejado de ir a la iglesia, salvo para bodas y entierros.

Lo que más recordaba de la abadía era el olor. Olía a incienso, por supuesto, pero de una clase especial que nunca había oído antes ni tampoco había vuelto a oler después. No se parecía en nada al incienso que olía cuando pasaba por esa librería zen que le gustaba en Filadelfia, donde las varillas de madera de sándalo que ardían a la entrada desprendían un olor acre. El aroma del monasterio era distinto. Más dulce, en cierto modo. Al menos en su memoria.

—Entraremos por la parte trasera —dijo Mark.

El coche avanzó por la carreterilla de entrada, dobló a la izquierda para entrar en una pista asfaltada, salpicó ruidosamente al atravesar un charco poco profundo y pasó ante un cartel que decía: «Clausura. No pasen, por favor».

«Además de vivir en unos terrenos inmensos en un suburbio rico, los monjes también ponen carteles para que los visitantes no se sientan acogidos. No parece muy cristiano», pensó Anne.

Mark entró con el coche en un aparcamiento junto a una modesta edificación de madera con un letrero rojo y blanco encima de la puerta en el que podía leerse: «Mermeladas del monasterio».

—¿Es *ahí* donde hacen la mermelada? —preguntó Anne—. Parece diminuto.

—Dentro se tiene otra impresión. Es mayor de lo que parece. ¿Por qué no entras un momento? —dijo él, haciéndose oír por encima del ruido de la lluvia, que empezaba a amainar—. Te puedo ofrecer una taza de café. Los monjes tienen un café excelente en el ala de retiro.

—No, gracias. Estoy bien aquí.

—*Vamos*, mujer, que no te van a morder.

Ella resopló.

—De acuerdo.

Salieron del coche, trataron en vano de esquivar las gotas de lluvia, corrieron por el lateral de la fábrica de mermelada y caminaron a toda prisa por una senda enlosada. Ella no recordaba esta parte del monasterio. Era preciosa. Aun bajo la tenue lluvia, con la cabeza agachada, Anne era consciente de la hierba lozana, los pinos esmeradamente podados, las azaleas bien cuidadas, los rododendros frondosos.

—¡Dios mío! —exclamó ella de repente—. ¿Qué es *esto*?

—¡Ah! —dijo él, algo nervioso—. El cementerio.

Anne vio que los monjes estaban enterrados aquí con escasa parafernalia, en una pequeña parcela donde había unas cincuenta tumbas, señalizadas con cruces metálicas blancas de apenas treinta centímetros de altura. Miró a Mark y se percató de su desazón por haberla llevado por este camino.

—No pasa nada. Luego regresamos por otro lado, ¿vale?

La senda enlosada conducía a un arco con una puerta. Mark la abrió para que ella pasara.



«¿Aire acondicionado en un edificio tan grande?», pensó Anne cuando sintió el frescor del monasterio. «No me extraña que tengan que vender tanta mermelada».

Y entonces le llegó el olor. Habían pasado muchos años desde que lo percibió por última vez, y de inmediato le evocó un recuerdo preciso de la infancia: su mano buscando la de su padre mientras caminaban por el monasterio. Parecido a la fragancia de las flores, pero no eran flores; parecido a perfume, pero no era perfume; parecido al olor del fuego crepitando en la chimenea, pero tampoco era eso. El embriagador aroma le suscitó el deseo de detenerse y pensar en su padre.

Recordó que el profesor del curso básico de Psicología en Haverford College decía que el olfato era el más primario de los sentidos y que incidía directamente en el cerebro. Sabía que esto era lo que le estaba ocurriendo. Pero, aun así, se conmovió. Quería decirle a alguien cuánto echaba de menos a su padre y cuánto le gustaría poder hablar con él sobre Jeremiah. Pero apenas conocía a Mark; así que se limitó a inhalar el aroma. «Si pudiera oler esto a diario, quizá sería más feliz».

Mark la llevó por un largo corredor cuyas sencillas paredes de ladrillo estaban cubiertas con túnicas de seda blanca que colgaban de perchas de madera.

—¿Qué son? —preguntó ella.

—¡Ssshhh! —le reconvino él—. No podemos hablar tan fuerte. Quieren que aquí haya silencio.

Eso era algo que a ella le molestaba de la Iglesia; a saber, que siempre estuviera diciéndole a la gente lo que no debe hacer.

—Vale —dijo ella bajando la voz y señalando a las túnicas—. ¿Qué son *esas prendas*?

—Cogullas. Los monjes las usan durante sus oraciones, que, por cierto, van a empezar enseguida. Es casi la hora de vísperas. ¿Quieres ir a vísperas mientras busco mi móvil?

—No, gracias.

—Son impresionantes —dijo él con entusiasmo—. Disfrutarás.

—No —le replicó Anne con firmeza—, puedo prescindir de ello.

—Como quieras.

Al tiempo que empezaba a buscar el móvil, la invitó a sentarse en un largo banco de

madera en el pasillo.

–Creo que sé dónde encontrarlo –dijo Mark, internándose en la oscuridad.

El lugar era verdaderamente oscuro. «Mejor sería que gastaran menos en aire acondicionado y más en bombillas», pensó Anne. Los corredores estaban mal iluminados, al menos este en el que esperaba ahora sentada. En la pared de enfrente se alzaba una ornamentada cómoda de madera, de pino muy oscuro. Los cajones, labrados con flores y hojas y cabezas de angelitos regordetes, se hallaban bien cerrados; y sobre la encimera, pulida y resplandeciente, no había nada. «Si este mueble estuviera en mi casa, tendría encima una pila de cartas, libros y revistas».

Con la espalda cómodamente apoyada en los frescos ladrillos marrones, cobró de golpe conciencia de su cansancio.

Estaba sentada en un extremo de una serie de cuatro corredores que formaban un cuadrado perfecto y delimitaban un gran jardín acristalado. En el centro del jardín había una fuente de mármol blanco, del tamaño de una bañera para pájaros, rodeada de cuatro grandes y cerezos en flor. Bajo la lluvia, sus arrugados troncos eran de un negro resplandeciente y sus flores de un rosa brillante. Las azaleas refulgían en roja profusión. O los monjes eran talentosos jardineros, o habían contratado a excelentes paisajistas, porque ella nunca había visto un jardín tan bien cuidado, lleno de césped y de árboles y arbustos esmeradamente cultivados.

La vista le resultaba en cierto modo familiar, pero no recordaba si de pequeña había visto el jardín, ni siquiera si había estado en esta parte de la abadía. No se le había quedado grabado en la memoria como la torre o el incienso. Anne miraba fijamente al jardín como si estuviera viendo algo que conocía en profundidad, al tiempo que no estaba segura de reconocerlo. Como si lo recordara y, a la par, lo estuviera viendo por vez primera. Esta sensación la inquietó.

Apareció un monje alto y delgado, ataviado con el largo hábito blanco y negro. Recordaba bien esta vestimenta: el padre Edward la usaba asimismo. A veces llevaba sobre ella restos de comida. Al pasar en silencio junto a ella, el monje saludó con la cabeza y sonrió, descolgó una de las cogullas de las perchas de la pared, se la colocó rápidamente sobre el hábito, ajustó con pericia la capucha para que cayera hacia atrás de forma impecable sobre los hombros y desapareció por un portal situado a la derecha de Anne.

Sonó con fuerza una campana, y Anne se sobresaltó. Instintivamente alzó la vista y se percató de que la campana debía de estar en la torre exterior. Se oyeron primero algunos toques aislados; luego se hicieron más regulares, con un tañido cada pocos segundos.

En cuestión de instantes surgieron como de la nada varios monjes, saliendo por puertas en las que ella no había reparado. Tras revestirse con las cogullas, echaron a andar en fila india por ambos lados del pasillo, algunos mirando al jardín acristalado, otros con los ojos fijos en el piso de baldosas color rojo oscuro, casi todos ellos con las manos ocultas entre los pliegues del hábito. Algunos eran ancianos y usaban bastones de madera o andadores metálicos, por lo que avanzaban pausadamente. Había también dos

jóvenes, sorprendentemente jóvenes, quizá frisando la treintena, aunque era difícil decirlo con certeza, porque llevaban la cabeza gacha y el cabello muy corto. La mayoría eran de mediana edad y daba la impresión de que habían hecho ya muchas veces este paseo. Tan solo unos cuantos la miraron al pasar ante ella. Estimó que habría en total unos veinticinco monjes.

Uno de ellos, pálido, alto, de pelo ralo, mentón retraído y grandes gafas de pasta estilo *rockabilly*, le sonrió conforme se aproximaba, redujo el paso y se inclinó para dirigirse a ella. Tenía ojos azules y lacrimosos. Le sorprendió sentir el deseo de conocerlo.

–Bienvenida –susurró–. ¿Puedo ayudarla?

–He venido con Mark Matthews –explicó ella–. Se olvidó aquí el móvil y ha ido a buscarlo. Lo estoy esperando. ¿Me he sentado en mal sitio?

Otro monje alto, de cabello rubio rojizo muy corto, se detuvo ante el banco donde estaba sentada.

–¿Es usted Anne?

«¿Cómo demonios sabe mi nombre?», se preguntó ella.

Al percatarse de su perplejidad, el monje le susurró:

–Soy el hermano Robert. Mark me ha dicho que la iba a recoger.

«¿Mark habla de mí aquí?».

El monje de las gafas grandes le preguntó:

–¿Le gustaría unirse a nosotros para rezar vísperas? Si quiere, puedo llevarla a la zona de los visitantes.

–No, gracias –respondió ella cortésmente–. Estoy bien aquí.

–Como quiera. Rezaremos por usted.

Anne nunca sabía qué contestar a eso. Amigos bienintencionados se lo habían dicho con frecuencia tras la muerte de Jeremiah. No estaba segura de seguir creyendo en Dios, por lo que le parecía hipócrita responder: «Gracias», como si *quisiera* que rezaran por ella a Dios. ¿Y qué les diría si nada pasaba, si no se sentía mejor? Probablemente se decepcionarían al saber que sus oraciones no habían sido eficaces, y lo último que ella necesitaba era más decepción en el ambiente. Así que solía decir: «Vale». Y eso fue también lo que ahora le dijo al monje con las gafas estilo *rockabilly*.

Él le sonrió de nuevo y entró en el templo detrás del otro monje.

«¿Por qué les habla Mark a los monjes sobre mí? ¡Qué maleducado!».

Se reclinó sobre la fría pared de ladrillo y cerró los ojos. Podía descansar mientras los monjes oraban. ¡Qué cansada se sentía siempre!

Entonces oyó la primera nota del órgano, un acorde bajo que parecía hacer vibrar su corazón.

Desde la iglesia llegó una voz firme de barítono, que cantaba:

–Ascienda hacia ti mi oración vespertina, oh Señor...

Los demás monjes respondieron salmodiando:

–Y descienda sobre nosotros tu amor misericordioso.

Instintivamente, Anne miró a su alrededor para ver si había alguien más en el

corredor escuchando. Estaba sola. Los monjes entonaban sus oraciones con creciente confianza. ¿Eran salmos lo que cantaban? No estaba segura. ¿Y dónde se encontraban los salmos, en el Antiguo o en el Nuevo Testamento? Tampoco estaba segura sobre eso. Aunque no era creyente, decidió que, mientras estuviera allí, lo mejor que podía hacer era disfrutar de esa música tan hermosa. Alguna que otra vez se había preguntado qué significaba «vísperas» y había supuesto que sería una aburrida celebración litúrgica con montones de lecturas bíblicas y tediosos sermones. Pero esto era precioso.

Después de unos cuantos salmos y una lectura que no pudo oír bien, los monjes entonaron algo que sonaba como una auténtica canción, un himno. Las primeras notas tiraron de su memoria.

¡Claro! ¿Cómo podía haberlo olvidado? Su padre tarareaba esa melodía cuando hacía arreglos en la casa. Y su madre solía burlarse de él por ello: «No, cariño, por favor, no empieces con ese *himno* otra vez. ¡Dentro de nada estarás haciendo mermelada!».

¡El himno de su padre! Cerró los ojos y dejó que la canción la llevara al pasado. Somnolienta, empezó a cabecear. Y le vino la imagen de su padre sosteniendo en brazos a Jeremiah recién nacido, en el hospital, y sintió que se le abría el hueco en el estómago. El recuerdo de cuánto quería su padre al nieto fue como un cuchillo en el corazón. «¡Cuánto te echo de menos, Jeremiah!».

Debilitadas por el sopor sus defensas habituales, Anne comenzó a llorar. No pudo evitarlo. Estaba tan cansada... y sentía como si el incienso y la música estuvieran tocando sus fibras más íntimas. Algunos días pensaba que la tristeza se iba a adueñar de ella, ahogándola y destruyéndola.

Mientras buscaba en su mochila un pañuelo de papel, oyó el tañido de la campana. Los monjes empezaron a salir en fila del templo. Ella se secó los ojos. Justo lo que menos necesitaba: ser sorprendida llorando en el corredor.

El monje con las gafas estilo *rockabilly* se detuvo frente a ella:

—¿Se encuentra bien?

Anne estaba decidida a no parecer estúpida.

—Sí, estoy bien —dijo, moviendo rápidamente la cabeza de arriba abajo—. De verdad, estoy bien.

Pero empezó a llorar de nuevo, por más que trató de evitarlo. Las lágrimas que se esforzaba por reprimir afloraron de todas formas.

Cuando el monje se sentó a su lado, Anne temió que le pasara el brazo por los hombros, pero él no lo hizo. Se limitó a permanecer sentado allí, mientras los demás monjes pasaban en silencio y desaparecían por las puertas de las que habían salido. Anne se secó los ojos. Cambió levemente de posición, y el banco de madera crujió con estrépito. Al cabo de algunos instantes, dijo:

—Mi hijo murió.

—Lo siento mucho. Descanse en paz.

Ella asintió con la cabeza y guardó un breve silencio.

—Gracias.

—Si me permite preguntárselo, ¿cuánto hace que murió?

–Tres años.

Anne estaba convencida de que sonaba absurdo. El monje pensaría que a estas alturas ya debería haberse sobrepuesto a la pena. No lo diría, pero seguro que lo *pensaba*.

–Hace poco tiempo, pues.

Ella lo miró con una mezcla de gratitud y sorpresa.

–Sí –dijo–. Así es.

–Lo siento mucho. ¿Cómo se llamaba?

Anne se percató de que el monje no estaba susurrando. Empezó a sollozar. Pronunciar el nombre de su hijo a veces la hacía llorar, como si estuviera evocando su recuerdo de un modo más concreto, haciéndolo presente para ella y para otros. Pero no podía creer que estuviera llorando delante de un desconocido.

–Me siento muy avergonzada –se disculpó–. Esto es bochornoso.

El monje bajó la mirada hacia su hábito negro y blanco y esperó.

–Jeremiah –dijo ella por fin.

Los dos vieron que Mark se acercaba.

–¡Lo encontré! –pregonó con un susurro que no era tal, sujetando el móvil por encima de su cabeza mientras corría por las baldosas rojas. Anne se apartó del monje, se secó las lágrimas y guardó el paquete de clínex en su mochila.



Mark vio las lágrimas de Anne y se turbó.

–Veo que has conocido al abad.

–¿Es usted el abad? –preguntó Anne volviéndose hacia el monje.

–Perdone –dijo el monje, poniéndose en pie, como si ahora procedieran las formalidades–. Ni siquiera me he presentado. Soy el padre Paul.

Le tendió la mano, y ella se la estrechó.

–Es el *abad* –dijo Mark.

–Sí, ya me he enterado –dijo Anne, que parecía incómoda.

También ella se levantó del banco y, dirigiéndose a Paul, añadió:

–Encantada de conocerle.

–¿Dónde estaba el teléfono? –preguntó Paul.

–¡Soy un idiota! –dijo Mark–. Lo he buscado por todas partes y al final lo he encontrado en la iglesia. Supongo que me lo dejé allí mientras retiraba las flores de la semana pasada.

–¿Le has rezado a san Antonio?

Mark lo miró perplejo.

–¡Venga ya! –dijo Anne–. Si hasta yo me sé esa oración: «San Antonio, san Antonio, por favor, ven sin tardar; he perdido algo, y no lo puedo encontrar».

–¡Ah, usted es católica! –dijo Paul.

–En cierto modo –repuso ella.

–Comprendo. ¿Es usted de por aquí?

–¡Desde luego! De Filadelfia. He vivido en la ciudad toda mi vida.

–¿Había estado antes en la abadía?

–Es curioso. Mi padre solía traerme aquí cuando era niña. Lo crea o no, llevaba las cuentas del monasterio. Era amigo de uno de los monjes, un tal padre Edward, creo recordar. De hecho, estoy bastante segura de que fue él quien me bautizó.

El padre Paul sonrió.

–No me extrañaría. El padre Edward recibía en ocasiones permiso especial para bautizar a los hijos de los trabajadores de la abadía. Ahora es bastante mayor, por

supuesto, pero aún...

—¿*Vive* todavía? Debe de ser ya centenario.

Paul se rio.

—¡Qué va! Solo tiene alrededor de ochenta. Pero imagino que a usted, cuando era pequeña, le parecería muy mayor. ¿Le gustaría hacerle una visita? Actualmente está en la enfermería. Estoy seguro de que le encantará ver qué ha sido del bebé que bautizó.

La repentina invitación alarmó a Anne.

—No, gracias.

Esperaba que el abad no se percatara de que ello era lo último que le apetecía hacer en esos momentos. Luego, sintiéndose culpable, añadió:

—Pero saludelo de mi parte. Y dígame que mi padre lo apreciaba mucho.

Eso era cierto. Al padre de Anne le encantaba contarle a su esposa anécdotas divertidas de otros monjes que conocía por el padre Edward. Su favorita era la del monje confundido que intentó lavar su ropa en el lavavajillas.

—Esta noche le diré que la he conocido. Se alegrará de saberlo. Y de que usted haya venido a visitarnos.

Anne pensó que decir eso era un gesto generoso por parte del abad, quien así había hecho que el estar sentada en un banco durante unos minutos pareciera un gran acto de caridad.

—Bueno —dijo Mark—, va siendo hora de marcharnos.

Una ráfaga de viento barrió el jardín del claustro, sacudiendo las ramas de los árboles, y empezó a llover de nuevo. Al cabo de unos segundos, era ya un aguacero.

—¿Sabéis qué? —dijo Mark—. Traeré la camioneta hasta la fachada principal de la iglesia, para que no tengamos que caminar por la senda bajo este chaparrón. ¿Te parece bien, padre Paul?

Anne se sintió aliviada de no tener que pasar de nuevo junto al cementerio.

Paul asintió con la cabeza, y Mark salió por una puerta como una flecha.

—¡Yuuujuu! —gritó alegremente al tiempo que corría bajo la lluvia.

Paul sonrió mientras veía a Mark correr —o más bien deslizarse— por la senda enlosada, perder momentáneamente el equilibrio sobre las piedras grises y resbaladizas, enderezarse y subir de un salto a la camioneta.

—¡Ay, este Mark! —dijo el abad—. Nos sorprende con su energía. Es un santo... a su manera.

Anne no tenía ni idea de cómo responder a este comentario, por lo que se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando Mark hubo subido a la camioneta, Paul se volvió hacia Anne:

—Como decía Jesús, «sígueme».

—¿Le está permitido decir cosas así? —le preguntó ella mientras caminaban sobre el suelo de baldosas.

—Lo acabo de hacer —repuso Paul con una amplia sonrisa, que dejó ver los huecos entre sus dientes—. Además, ¿quién me va a corregir? Soy el abad.

Al entrar en el templo, Paul hincó la rodilla derecha en el suelo y rápidamente se

levantó. Anne hizo otro tanto, por cortesía.

La iglesia tenía techo alto de madera oscura, suelo de baldosas rojas como las del corredor y vidrieras de gruesos vidrios azules y blancos con motivos abstractos. El altar era un bloque enorme de piedra gris, increíblemente pesado. Anne se preguntó cómo habrían podido los monjes traerlo a la iglesia. Cubría el altar un largo mantel blanco, que parecía recién planchado: no tenía ni una sola arruga. Los dobladillos de sus bordes rozaban el suelo a ambos lados. En cada extremo del altar se alzaba un candelero de hierro forjado en forma de hélice, que sostenía una gruesa vela blanca.

Sobre el altar colgaba, sostenido por cables casi invisibles, un crucifijo peculiar. La cruz en sí era sencilla: madera lisa pintada de rojo. El cuerpo de Jesús era metálico, y sus manos clavadas en la cruz no estaban a mayor altura que la cabeza, como en otros crucifijos que había visto Anne, sino que eran perpendiculares al cuerpo. Y la cabeza no estaba inclinada hacia un lado; antes bien, el rostro de Jesús, triste y severo, miraba de frente, lo que la turbó.

En conjunto, sin embargo, el templo era semejante a la mayoría de las grandes iglesias católicas construidas en los años cincuenta. Salvo por un rasgo arquitectónico llamativo. En la mitad delantera de la iglesia, donde uno esperaría encontrar bancos mirando hacia el altar, había a uno y otro lado dos filas sucesivas de sillería a diferentes alturas, una detrás de otra. Cada uno de los conjuntos, confrontados entre sí, tenía unos cuarenta asientos, labrados en madera clara. Anne trató de desentrañar el propósito de tal disposición.

—Aquí es donde nos sentamos los monjes a orar —explicó Paul mientras pasaban por en medio del coro—. Unos se sientan a un lado, y otros enfrente. Así, nos podemos ver unos a otros. Nos ayuda a sentirnos más como una comunidad cuando estamos todos juntos.

En el centro de uno de los muros laterales de la iglesia había un cuadro enmarcado de la Virgen María, pintado sobre lienzo blanco. Sostenido por un caballete de hierro, el cuadro se alzaba sobre una sólida mesa de madera con patas de elaborada talla. A su lado había una endeble mesa metálica con un florero de cristal fino y estriado lleno de rosas rojas.

Vestida de rojo oscuro, una María de piel aceitunada sostenía en sus brazos a Jesús, que llevaba una túnica blanca. La madre de Jesús parecía mirar directamente a Anne. Su expresión resultaba inescrutable: una mezcla de tristeza, resignación y desafío.

Anne se sorprendió de repente a sí misma preguntándose si María llegó a saber en algún momento lo que aguardaba a su hijo. ¿Intuyó algo? Nunca se le había ocurrido pensar en ello. ¿Decía algo la Biblia al respecto? ¿Sabía María que su pequeño terminaría siendo asesinado? ¿Hubo algo que la preparara para lo que iba a ocurrir?

El padre Paul estaba ocupado enumerando para ella los momentos del día en que los monjes oraban allí, pero Anne no le prestaba atención. Durante algunos segundos, mientras el abad hablaba, ella se concentró en el rostro de María, que le captó la mirada y se la sostuvo, como diciendo: «Lo sé».

—Vamos por aquí —indicó Paul, y la guio a través del coro y luego por el pasillo

central hasta dejar atrás un murete de ladrillo que llegaba hasta la cintura y tenía una apertura en su centro. Al otro lado del murete había bancos normales, muy brillantes, que miraban hacia el altar, tal y como Anne estaba acostumbrada a ver. Una vez aquí, el abad observó:

–Los visitantes se sientan en esta parte de la Iglesia.

«¿Por qué no oran los visitantes junto con los monjes?», se preguntó ella.

Cuando Paul abrió la puerta principal, una brisa húmeda penetró en la iglesia. También se colaron algunas hojas; él las empujó hacia fuera con una de sus sandalias. Los dos salieron al pórtico y vieron la camioneta de Mark delante del aparcamiento, esperando a Anne con la puerta abierta.

–¿Le importaría esperar un segundo? –preguntó Paul, mientras entraba de nuevo en el templo.

Mark bajó la ventanilla.

–¿A dónde va el padre Paul?

Anne se encogió de hombros.

Paul salió de la iglesia.

–La he visto fijarse en nuestro icono –dijo, poniéndole a Anne en la mano una pequeña tarjeta–. Y he pensado que esto le gustaría.

Anne miró la imagen de María y Jesús. Unas cuantas pesadas gotas de agua cayeron de las hojas sobre la tarjeta. En el reverso había escritas unas palabras.

–Gracias –dijo ella, conmovida por aquel pequeño gesto de amabilidad.

–Regrese cuando quiera –dijo Paul–. Siempre será usted bienvenida. Y quizá pueda visitar al padre Edward. Estoy seguro de que a él le encantaría.

–Gracias –reiteró ella, aun cuando no tenía intención alguna de visitar al viejo sacerdote de mal aliento.

Anne corrió unos cuantos metros bajo la lluvia y subió a la camioneta. Mientras Mark sacaba el vehículo del aparcamiento, ella admiró los altos pinos que flanqueaban la carreterilla, cuyas pesadas copas dejaban gotear el agua de la lluvia sobre la hierba.

–Es agradable, ¿verdad? –dijo Mark–. El padre Paul es un buen tipo.

–Sí –contestó ella, mirando fijamente a través de la ventanilla–, eso parece.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo y notó cómo se doblaba debido a la humedad.



Cuando Mark detuvo la camioneta en el acceso al garaje de Anne, la lluvia había cesado y el aire era más fresco. Anne se sentía agradecida de que Mark la hubiera recogido. Había sido un acto generoso por su parte, aunque ella se preguntaba si eso hacía a alguien «santo», como había dicho el padre Paul. ¿Era Mark un santo? No lo parecía. Le gustaba mucho la fiesta y salía con un sinfín de mujeres. Al menos, eso era lo que el padre de Brad le había contado. Dudaba mucho de que los santos hicieran eso.

Anne miró en el buzón, abrió la puerta, empujó hacia dentro al perro y arrojó las llaves sobre la mesa redonda de la cocina. Luego, echó un poco de comida para perros en el abollado cuenco metálico de Sunshine y se sentó mientras el animal masticaba la comida con fruición. Aunque había cuatro sillas alrededor de la mesa, Anne se sentaba en la que solía hacerlo cuando Jeremiah y Eddie estaban todavía con ella, en la silla más cercana al fregadero. Desde la muerte de Jeremiah nunca se había sentado en la silla del chico. Ese era su sitio.

Deslió el paquete de correspondencia, que el cartero había tenido la amabilidad de sujetar con una gruesa goma elástica. Facturas y publicidad, principalmente. El *Entertainment Weekly*, la guía semanal de televisión y espectáculos, un placer culpable. *The New Yorker*, más por los relatos literarios que por las tiras de cómic. *The Economist*, el semanario de información general al que se había enganchado en la universidad, aunque no conocía a nadie más que lo leyera. Y una tarjeta de su prima. De mala gana, abrió el sobre con un cuchillo de carne. Elizabeth tenía un gusto muy peculiar para las tarjetas, y a Anne no le sorprendió encontrarse un sol amarillo cogido de la mano con otro sol amarillo. Los dos soles sonreían. «*Love!*», podía leerse en un pequeño bocado que salía de la boca de ambos.

—¡Por Dios! —dijo Anne en voz alta.

En el interior de la tarjeta, su prima había escrito: «Sé que ya está próximo el cumpleaños de Jeremiah, y quería que supieras que te tengo presente. Con mucho cariño, Elizabeth. Besos y abrazos».

Uno de los días más felices de su vida se había convertido en un día que la deprimía. El único día al que temía más que al aniversario de la muerte del muchacho. Miró

fijamente los soles, y sus estúpidas caras de felicidad le parecieron detestables. Algún día le diría a su prima que, si enviaba a alguien una tarjeta mencionando la muerte del hijo de esa persona, debía asegurarse de que en ella no apareciera nadie sonriendo, y mucho menos astros celestiales.

Al acomodarse en la silla, Anne sintió que algo se movía en el bolsillo de sus pantalones. Era la tarjeta de la abadía. Estaba arrugada allí donde la lluvia la había mojado.

En el monasterio, la cara de María no le había parecido tan triste. En la tarjeta, en cambio, diríase que estaba al borde del llanto. O quizá solo estaba seria. Resultaba extraño ver una imagen de una mujer con su hijo pequeño en brazos y el rostro tan sombrío.

El padre de Anne solía rezar el rosario todas las noches, y su madre tenía en la mesita de noche una efigie de María en porcelana azul y blanca; por lo demás, Anne apenas sabía nada sobre la madre de Jesús. En ocasiones deseaba saber más sobre la Biblia. Todo lo que recordaba de la catequesis era que dibujaban el arca de Noé, cantaban villancicos y modelaban en arcilla el sepulcro de Jesús. Sus pensamientos retornaron a María.

¿Habría dado María a luz a Jesús si hubiera sabido lo que le iba a ocurrir? Es verdad que él luego resucitó de entre los muertos, pero ¿cómo pudo ella aguantar el verlo sufrir? Anne había visto tiempo atrás una película en la que María se arrodillaba al pie de la cruz mientras Jesús era crucificado, luego se agarraba a la cruz y gritaba.

«María tuvo un hijo», pensó de repente. Anne no sabía por qué nunca había pensado al respecto de esta manera. Se sentía estúpida. María era la madre de Jesús, obviamente. Pero, de algún modo, al decir entre sí: «María tuvo un hijo», ello le había sonado diferente. Había sentido algo diferente. Y María tuvo un hijo que murió. ¿Quién le comunicaría cuándo iba a ser crucificado su hijo? ¿Quién atravesaría Jerusalén corriendo para buscarla el Viernes Santo? ¿Quién le diría: «María, ven rápido, que lo están haciendo»? ¿A quién le correspondió la terrible tarea de informar a María?

Anne recordó la noche de verano en la que, tras sonar el timbre, había abierto la puerta de su casa y se había encontrado allí, frente a ella, a la policía.

Le dio la vuelta a la tarjeta y leyó:

«Estaba la madre dolorosa,
llorando junto a la cruz,
cerca de Jesús hasta el final.
¡Oh María, Madre de los Dolores,
ruoga por nosotros!».

Cuando leyó las palabras sobre la cercanía de María a Jesús, se le hizo un nudo en la garganta. Exactamente así fue como se sintió ella al ver a Jeremiah en la cama del hospital. No se avergonzaba de haber gritado cuando la policía le dio la noticia. No se avergonzaba de haber sido incapaz de contener el llanto en el coche policial camino del hospital, con las sirenas desagarrando el húmedo aire nocturno. No se avergonzaba de

que la gente la oyera lamentarse cuando lo vio en la unidad de cuidados intensivos. Solo quería estar cerca de Jeremiah. El pelo del chico tenía el mismo aspecto que cuando estaba febril: húmedo y pegado a la cabeza. Solo que ahora estaba embadurnado con sangre. Cuando lo vio, sabía que estaba agonizando. Porque, en cierto sentido, Jeremiah no parecía Jeremiah.

Todo lo que quería era estar cerca de él. Quería abrazarlo con tanta fuerza que nunca la abandonara.

Anne se quedó mirando fijamente las palabras escritas en el reverso de la tarjeta. «Cerca de Jesús hasta el final». Se tapó la boca con la mano y empezó a sollozar. Odiaba al monje por haberle dado esta tarjeta y, al mismo tiempo, le estaba agradecida. Sunshine le restregó el hocico en los tobillos.

–Estoy bien, estoy bien –le dijo al perro, acariciando su cabeza color castaño claro.

Cuidadosamente, Anne secó la tarjeta con un trozo de papel de cocina y la colocó en la puerta del frigorífico con un imán rojo de los Phillies que Jeremiah compró para ella la primera vez que fue a un partido.



El abad no podía creer la cantidad de trabajo que tenía que hacer esa noche.

Una de las cosas que ocasionalmente molestaban al padre Paul de ser abad era algunos comentarios que los «seculares», los que vivían en el siglo, o sea, fuera del monasterio, hacían en relación con su trabajo.

—Debe de ser agradable no tener responsabilidades —le había dicho una rica benefactora católica al visitarle unos días antes.

Él se había tragado su enojo y mordido la lengua porque el monasterio dependía de los generosos donativos de esta señora.

—Bueno —se había limitado a decir—, es *ora et labora*, oración y trabajo, ya sabe. En realidad, estoy bastante ocupado.

—Ah, no lo dudo —había replicado ella despreocupadamente, aunque él notó que no le creía.

Cuando Paul ingresó en el noviciado, sus amigos reaccionaron de dos maneras. Unos pensaban que estaba echando a perder su vida, después de haberse doctorado en Historia de la Iglesia y haber obtenido una plaza de profesor en la católica Universidad Villanova, en las afueras de Filadelfia, que le aseguraba una futura titularidad; otros, que estaba ingresando en un mundo perfecto donde los conflictos eran desconocidos, los problemas graves no tenían sitio y lo normal era llevar una rica vida de oración.

Ninguna de estas dos suposiciones era acertada. Paul sabía que su vocación no comportaba echar a perder su vida; antes al contrario, era su cumplimiento. Algunos años después de su ingreso en el monasterio, el abad de entonces le pidió que enseñara Historia de la Iglesia a los novicios.

—Aprovecharemos aquí tus talentos. Dios te los dio, y tú nos los ofreciste a nosotros.

Y Paul disfrutaba sacando partido a sus capacidades. Más tarde, tras ser nombrado maestro de novicios, Paul envió a su antiguo jefe de departamento una postal con una fotografía de la abadía. «Estoy dando clase de nuevo —escribió—, ¡y aquí no hay comisiones académicas!». Y aquel profesor le respondió con otra postal: «Me apunto».

Por lo que respecta a la idea de que la vida monástica está exenta de conflictos, Paul solía contar la historia del hermano Francis, un monje fallecido ya hacía largo tiempo

que tenía una forma singular de comunicar su malestar con sus hermanos de comunidad. Siempre que los monjes cantaban algún salmo que contuviera la palabra «enemigo» —por ejemplo, el que dice: «Líbrame de mis enemigos, Dios mío»—, el hermano Francis alzaba ostensiblemente la vista de su breviario y miraba de hito en hito al monje con el que estaba disgustado esa semana.

¿Y qué había de una vida de oración rica e incesante? Paul llevaba suficiente tiempo de monje para saber que la vida espiritual se caracteriza por los altibajos. A menudo se sentía cercano a Dios: en la oración personal, durante los rezos comunitarios, en medio del ajetreo de cada día. A veces, una palabra o una frase de un salmo parecían perforarle el corazón como una flecha. Con frecuencia, un relato evangélico que había escuchado docenas de veces en el curso de los años le parecía de repente completamente nuevo, como si jamás lo hubiese escuchado, y cobraba una urgencia irresistible. De cuando en cuando se reía con otros monjes de alguna locura ocurrida en la abadía y le embargaba una sensación de consuelo en relación con su vida. Y alguna que otra vez había vivido lo que más tarde reconoció como verdaderas experiencias místicas. En una de esas ocasiones, durante vísperas, se sintió colmado por entero por el amor expansivo de Dios, como si su corazón no fuera suficientemente grande para contenerlo. Atesoraba todos esos momentos.

Pero también sabía que la vida espiritual tenía períodos de aridez, a veces largos, cuando uno no sentía a Dios en absoluto cercano. La oración podía parecer rutinaria, incluso aburrida. «Si tengo que cantar este salmo una sola vez más —se descubrió a sí mismo pensando en una ocasión—, me estallará la cabeza». Tenía que admitir que la misa a veces podía hacerse tediosa. Y la oración personal estaba en ocasiones salpicada de distracciones. Curiosamente, cuanto más tiempo llevaba de monje y más leía los escritos de los grandes maestros espirituales (que, sin excepción, habían experimentado más o menos lo mismo que él), menos se preocupaba por los períodos de sequedad espiritual. Era como en cualquier relación: las cosas no podían ser emocionantes de continuo. «Quizá —había pensado años atrás— el corazón humano no podría aguantar que Dios estuviera siempre tan cercano».

La vida en el monasterio era plena. Y también estaba llena de ocupaciones. En una ocasión, Paul había mecanografiado para una de sus hermanas el horario de un día típico de un abad —«El día abacial»— junto con los nombres de los diversos momentos de oración. Le encantaba la palabra «abacial». Era absurdamente pretenciosa, así que la utilizaba siempre que podía para hacer reír a los demás monjes: «Por favor, padre, siéntese en el sofá abacial».

Paul conservaba aquel papel mecanografiado, del que hacía copias para enviarlas a amigos de fuera del monasterio, puesto que a menudo le preguntaban: «¿Qué hace un abad a lo largo del día?». Habría deseado tenerlo a mano cuando aquella benefactora hizo su comentario.

- 3:30 Maitines. La primera oración del día, mi favorita. Necesité casi un año para acostumbrarme al horario; pero, una vez acostumbrado, descubrí que me encanta orar envuelto por la oscuridad, antes de que despunte el día.
- 4:15-6:00 Desayuno. Una comida sencilla, seguida de un rato de oración en silencio y de lectura espiritual en mi cuarto (mi «celda», como decimos nosotros). Por supuesto, también aprovecho para ducharme, afeitarme, etc.
- 6:00 Laudes, seguidos de la misa. Suelo presidir las fiestas solemnes, pero en el resto de las misas me turno con los otros sacerdotes de la comunidad.
- 7:00 Lectura espiritual, contestar la correspondencia, preparar charlas para los monjes en el «capítulo», que así se llama la reunión comunitaria. También es el rato en el que escribo la homilía si al día siguiente me toca presidir la eucaristía.
- 9:00-12:00 Visitar a los monjes que están en la enfermería; pasarme por la fábrica de mermelada; reunirme con el «cillerero», que es el monje encargado de los alimentos y provisiones; hablar con el director de instalaciones sobre el estado de los terrenos y las instalaciones. En estas horas me siento en ocasiones como si estuviera gobernando una pequeña ciudad.
- 10:00 Tercia. Esta oración la puedo hacer allí donde esté, por ejemplo, en la fábrica de mermelada.
- 12:15 Sexta. A estas alturas del día, a veces me descubro dando una cabezadita durante la oración, algo que el abad no debería permitirse.
- 12:30 Almuerzo. La comida es bastante buena. Y puesto que soy el abad, ¡puedo asegurarme de ello!
- 13:00 Limpieza de la cocina.
- 14:00 Nona. Esta oración se llama así porque es la «novena hora del día» tras el amanecer.
- 14:15-17:30 Lectura espiritual, otra vez tiempo para atender la correspondencia y los correos electrónicos, preparar charlas para el capítulo, interesarme por los monjes que están en la enfermería, visitar a los que realizan trabajos, reunirme con los responsables de otras facetas del monasterio, con un descanso para la oración personal.
- 17:30 Vísperas.
- 18:00-19:30 Cena, limpieza, reuniones personales con monjes o dirección espiritual. En este rato también veo a veces a personas «de fuera».
- 19:30 Completas. La última oración del día. Al final de completas, bendigo a los monjes con agua bendita antes de retirarnos a descansar. Ver a los monjes mayores que yo, algunos de los cuales fueron incluso formadores míos, agachar la cabeza y solicitar la bendición es una lección de humildad.
- 20:00 Lectura por placer, vistazo a los periódicos, descanso nocturno. Suelo caer

rendido.

Paul nunca había aspirado a ser abad. Ni siquiera imaginaba que podía ser candidato al puesto. Pero tres años antes, cuando se acercaba la elección, empezó a percatarse de que los monjes querían que alguien más joven asumiera esa responsabilidad. Como monje de mediana edad que había completado su formación, había sido durante unos años maestro de novicios y gozaba de buena salud (salvo por persistentes dolores de espalda), sospechaba que entraría en liza. Pero resultó ser el único sorprendido por su elección. Salió elegido en primera votación.

Aun con todas las responsabilidades que conllevaba, y pese a que él echaba de menos la vida más sencilla de monje normal, la función de abad le venía como anillo al dedo. Parecía hacerlo bien; y en general, los monjes lo apreciaban. La mayoría. En la comunidad siempre había personas esquinadas, que no se llevaban bien con los demás monjes ni tampoco con Paul. Un monje que sentía antipatía por él desde que entró en el noviciado se puso rojo cuando fue elegido; así que Paul lo trataba con especial cuidado. Pero le gustaba ser abad. Y le encantaba vivir aquí.

Por otro lado, como él a menudo recordaba a los seglares, la vida en la abadía de los Santos Felipe y Santiago no era perfecta. A despecho de sus mejores intenciones, los monjes discutían y se enfadaban entre sí y en ocasiones se guardaban rencor. Seguían siendo imperfectos y pecadores. Y Paul sabía que él mismo lo era. Una frase de Thomas Merton, el monje trapense cuyos libros había leído por primera vez cuando estudiaba secundaria, ponía las cosas en perspectiva: «La primera y más elemental prueba de la vocación de uno a la vida religiosa –ya sea como jesuita, franciscano, cisterciense o cartujo– es la voluntad de aceptar la vida en una comunidad en la que todos son más o menos imperfectos». Paul memorizó esta frase y la utilizó a menudo con los novicios.

Juan (Jan) Berchmans, un santo jesuita sobre el que Paul había leído durante el noviciado, escribió: *Vita communis est mea maxima poenitentia*. Algunos eruditos píos habían vertido *vita communis* por «vida común», o sea, la vida diaria de hombres y mujeres: levantarse, ir a trabajar, debatirse con la vida, etc. Pero Paul sospechaba que otro significado era más probable. La «vida en comunidad», la vida en una orden religiosa, era su mayor penitencia. En los fríos días de invierno, cuando un tercio de los monjes tenían gripe, otro tercio eran presos de la melancolía y el tercio restante estaban de uñas con él por alguna decisión que había tomado, Paul oraba a san Juan Berchmans.

Paul pensaba a menudo que él modificaría la afirmación de Berchmans para que dijera: «La vida en comunidad es mi mayor penitencia y mi mayor bendición». Le gustaban tantas cosas... desde el primer día que ingresó en la orden. Durante su primera semana en el monasterio le dijo al maestro de novicios que estaba tan a gusto que sentía deseos de cantar. El padre Edward le replicó: «En tal caso, es una suerte que nosotros cantemos... ¡varias veces al día!».

Las demás cosas que le gustaban podían enumerarse con facilidad. Le complacía el horario estructurado, que le liberaba de la preocupación de cómo organizar el día. Le agradaba también no tener que inquietarse por dónde estaría en el futuro. Sus hermanos

y hermanas parecían cambiar de trabajo cada pocos años, y el año anterior uno de sus hermanos se había visto obligado a mudarse con toda su familia desde Filadelfia a Carolina del Norte. En contraste, Paul permanecería en el monasterio hasta su muerte, y entonces sería enterrado en el cementerio. «He aquí mi futura casa», le dijo en una ocasión a una de sus hermanas cuando pasaron delante de las filas de cruces blancas. A ella le pareció un pensamiento morboso, pero a él le resultaba reconfortante. Al final de su noviciado, Paul hizo los votos monásticos de obediencia, conversión de vida (en otras palabras, estilo monacal de vida) y estabilidad. Este último era el más fácil para él.

Le encantaba orar –en realidad, cantar– en común con sus hermanos monjes porque, cuando se sentía feliz con su vocación y quería gritárselo a Dios, podía hacerlo; y cuando dudaba de ella, había otros que no estaban pasando por ese trance y podían tirar de él con sus oraciones.

Asistir al cambio de las estaciones en esta espléndida parcela de terreno era otro de los gozos de Paul. Los días de tormenta podía asomarse por la ventana del dormitorio monacal para observar cómo los altos y verdes pinos se doblaban por la fuerza del viento, y eso era hermoso. Los días que nevaba podía ver el tejado de la fábrica de mermelada cubierta de húmeda nieve, y eso era hermoso. Y los días primaverales, sus favoritos, podía admirar cómo los cerezos y cornejos del jardín del claustro florecían de blanco y rosa, y eso era lo más hermoso de todo.

El abad miró por la ventana al cielo violeta, luego se sentó al escritorio, sacó una tarjeta con una foto del jardín del claustro y empezó a escribir una nota a una mujer que había donado al monasterio gran cantidad de comentarios bíblicos. La biblioteca ya tenía esa colección particular de libros, que además eran antiguos y estaban obsoletos. A pesar de ello, Paul quería darle las gracias.



Durante unos cuantos días, Anne no se pudo quitar de la mente esa frase: «Cerca de Jesús hasta el final». Exactamente así era como se sentía respecto de Jeremiah. El viernes siguiente, mientras conducía al trabajo, no encendió la radio, para tratar de entender por qué esas palabras le habían llegado tan hondo. Cuando pasó por la salida hacia el monasterio, por un momento consideró la posibilidad de acercarse a la iglesia para ver de nuevo el cuadro de María, y entonces se rio.

–¡Oh sí, estoy segura de que *eso* lo entendería muy bien! –dijo en voz alta en el coche. Y sacudió la cabeza imaginando la reacción de su jefe si le decía que había llegado tarde por visitar un monasterio.

Tras la muerte de Jeremiah, se sintió afortunada de tener trabajo. Por supuesto, en ningún momento se planteó dejar de trabajar; los ingresos que le proporcionaba el alquiler de la segunda casa no eran suficientes. Pero después del accidente, el velatorio, el entierro y las semanas que pasó encerrada en casa, finalmente la alivió el tener algo que la distrajera de su pena. Y es que al cabo de un tiempo empezó a sentirse atrapada por la casa, como si la estuviera aplastando con recuerdos. Así, aunque le resultaba casi imposible concentrarse y todo el mundo la trataba como si fuera un frágil jarrón de cristal, terminó llamando a su jefe para decirle que se reincorporaba, y no se arrepintió de hacerlo.

Siguió dando vueltas a estos versos sobre María. Ese viernes, en el descanso para comer a mediodía, se conectó a internet, eligió un buscador y escribió las palabras: «Cerca de Jesús hasta el final».

En la pantalla de su ordenador aparecieron un montón de imágenes católicas a más no poder, justo la clase de cosas que detestaba. Una imagen cursi de María, blanca como la nieve, sosteniendo a Jesús muerto y ensangrentado. Un cuadro flamenco con una llorosa María y otra persona al pie de la cruz. Y otro cuadro pintado desde el punto de vista de Jesús en la cruz, con María y otras mujeres derrumbadas por la pena y contempladas por los soldados romanos. Tras unos cuantos clics descubrió que los versos eran una traducción un tanto libre del *Stabat mater*, una oración medieval sobre María al pie de la cruz. Anne leyó el resto de la oración, pero enseguida perdió interés.

No le gustó; tan solo le decían algo las palabras escritas en la tarjeta. Una vez más, Jeremiah le acudió a la mente y al corazón.

De repente, se enfadó consigo misma. «¿Qué hago mirando todas estas historias religiosas? ¡Qué tontería!» Dios no la había ayudado cuando Jeremiah agonizaba. Y Dios, ciertamente, no había ayudado a Jeremiah. Dios no estaba cerca de ella, ni de Jeremiah, ni de nadie.

Cerró la página web, asomó la cabeza en la oficina de al lado y le preguntó a su compañera Kerry, más joven que ella, si le apetecía ir a comer algo.

—Por supuesto —dijo Kerry—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada —respondió Anne—. Perdiendo el tiempo en internet.

Al final del día, sintió una extraña mezcla de emociones. Como siempre, tenía presente a Jeremiah. Después de tres años, ya se estaba acostumbrando a la sensación de que, cada vez que pensaba en él, se le desgarraban las entrañas. La psicoterapeuta que la estuvo tratando durante algunos meses tras la muerte del chico le dijo que era normal que pensara en él con tanta frecuencia. Pero ahora había algo más: curiosidad por el monasterio, en especial por ese cuadro.



De regreso a casa, Anne se aproximaba ya a la salida de la Ruta Azul hacia la abadía. Cada vez estaba más enfadada consigo misma, preguntándose por qué seguía pensando en ese cuadro de María. Parecía una pérdida de tiempo. Por más que pensara en ello, nunca podría saber qué había sentido María.

También se preguntaba cómo superar la aflicción. O si alguna vez lo lograría. Como suele ocurrir, Anne estaba confundida no solo respecto a lo que sentía, sino también respecto a lo que *se suponía* que debía sentir. ¿Qué era lo normal? No quería olvidar a Jeremiah –eso sería imposible–, pero deseaba dejar de estar obsesionada con su muerte, dejar de darle vueltas en la cabeza. Quería recordarlo solo como era en vida, no muerto. ¿Sería eso posible alguna vez? La psicoterapeuta le había dicho que, sintiera lo que sintiera, era normal.

–Permítase sentir lo que siente. El duelo no tiene una duración predeterminada.

La imagen de María volvía a sus pensamientos una y otra vez, insistentemente.

María no tuvo que llorar largo tiempo la pérdida de Jesús: solo tres días, ¿no es cierto? Al cabo de esos tres días, Jesús retornó. Jeremiah llevaba muerto tres *años*.

–¡Atrévete con eso, María! –dijo en el coche, en voz alta. Luego se arrepintió de haberlo dicho. De todos modos, como ni siquiera sabía si creía o no en Dios, ¿qué más daba? Así que lo repitió:

–¡Atrévete con eso, María!

La reconfortó decirle a María –y quizá también a Dios– exactamente cómo se sentía.

Pero luego se avergonzó. María había visto sufrir a su hijo en la cruz durante tres horas. Anne recordó cómo sostuvo la mano de Jeremiah en la cama del hospital durante tres horas, hasta que murió. La mantuvo apretada incluso después de que los médicos le dijeron que el chico se había «ido». Ido. ¡Qué forma de hablar tan estúpida! Ido ¿a dónde? María habría entendido que ella se aferrara a su hijo. Una madre entiende a otra. Anne sintió que se le hacía un nudo en la garganta; quería hablar con otra mujer que también había perdido a su hijo. ¿Qué diría María?

–¡Qué demonios!

Tomó la salida que llevaba a la abadía.

Era su hora favorita del día, justo antes de la cena, y el sol poniente proyectaba reflejos rosados en los vientres de las nubes que se deslizaban con rapidez. Su madre solía llamar a este color «rosa azul celeste».

Siguió en la dirección indicada por la señal que apuntaba hacia la abadía, cruzó el portón de hierro abierto y encaró la larga carreterilla de entrada al monasterio. Se recordó a sí misma sentada al lado de su padre mientras este conducía su viejo Ford Falcon por este mismo camino asfaltado. ¿Qué lo había atraído aquí? Su trabajo con los monjes siempre parecía ser algo que él sencillamente *hacía*, al igual que pagar las facturas todos los meses o cortar el césped todas las semanas, cosas sobre las que ella nunca preguntaba. Así como jamás se le habría ocurrido preguntarle a su padre por qué sacaba la basura los miércoles por la noche, así tampoco por qué iba a la abadía.

¿Por qué no había hablado con sus padres sobre su fe? Cuando era adolescente, Anne sentía que le imponían la religión y, al pasar a la universidad, la alivió poder dejar de lado todo eso. Pero ahora se preguntaba qué inquietudes habían tenido sus padres. Si hubiera hablado con ellos sobre su fe, quizá ahora creería ella en algo, en vez de sentir que estaba perdiéndose aquello de lo que otras personas disfrutaban. No obstante, sabía que, si hubiera preguntado, la conversación seguramente habría terminado en otra acalorada discusión sobre por qué no iba a misa.

Aparcó en el lugar donde Mark la había esperado con su camioneta tan solo unos días antes, enfrente de la iglesia. En el aparcamiento había otros dos coches.

La sólida puerta de madera que daba acceso al templo se abrió silenciosamente. Una vez dentro, Anne se encontró al otro lado del murete de ladrillo que tanto la había enfadado cuando el padre Paul le explicó su sentido. Una mujer mayor vestida con una blusa azul pálido de manga larga, vaqueros y deportivas estaba arrodillada en el banco justo detrás del murete, en la zona de visitantes. Anne se sentó en la última fila. Desde allí resultaba difícil ver el cuadro de María, que estaba cerca de una de las paredes laterales.

Estiró el cuello para verlo mejor. «Es absurdo tener una zona de visitantes», pensó. «¿Qué clase de templo es este?».

Se levantó y se dirigió hacia la cabecera de la iglesia, pasando por delante de la anciana en oración, quien alzó la mirada justo a tiempo para ver cómo Anne cruzaba el murete y entraba en la zona reservada a los monjes. La mujer suspiró con fuerza, en apariencia molesta por la perturbación de su privacidad.

De cerca, los colores eran más vivos de lo que Anne recordaba, más brillantes que en la tarjeta. El vestido rojo oscuro, casi marrón de María tenía una delicada estrella blanca en el hombro derecho. Y la túnica de Jesús no era blanca, como en la tarjeta, sino de color crema. Su mano derecha estaba dispuesta de tal manera, con los dos primeros dedos juntos, que formaba un pequeño signo de la paz. María no observaba al niño que tenía en sus brazos. Miraba a Anne. «Mírame –parecía decirle–, sé por lo que has pasado».

Alguien tosió. Y no era la mujer que rezaba. Otra persona. Anne se ruborizó y permaneció inmóvil. Tras unos segundos de incomodidad, se giró hacia un lado y se

quedó aterrada al ver a un monje anciano sentado en uno de los asientos traseros de la sillería y con la mirada fija en ella. Era evidente que había interrumpido su oración.

—¿Eres Annie? —preguntó el monje con voz ronca y cascada.

—Sí —respondió ella—, soy Anne.

El monje viejo, encorvado, pero con la cabeza casi enteramente poblada de pelo gris metálico, se apoyó en el borde del asiento para levantarse y, una vez en pie, sonrió.

—Annie —dijo, mientras descendía lentamente los escalones que comunicaban la fila trasera de la sillería con el suelo del coro.

Anne se sintió como si estuviera viendo un fantasma. El monje se acercó a ella arrastrando los pies.

—¿Padre Edward?

—¡En carne y hueso! —contestó él—. O en realidad, lo que queda de él.

Y sonrió, dejando ver sus dientes grandes y deformes.

Ella se preguntó si seguiría teniendo mal aliento.

—Vamos fuera —susurró—. No se debe hablar aquí.

Caminó hacia una puerta arrastrando los pies, mojó sus dedos en la pila de agua bendita y se santiguó. Anne lo siguió, y él la condujo al mismo corredor en el que había estado con Mark y el abad unos días antes. En el jardín acristalado, una ligera brisa movía las delicadas flores rosas de los cerezos.

La luz anaranjada del sol poniente bañaba los corredores de la abadía. Anne se preguntó por qué hace unos días todo estaba tan oscuro y ahora tan luminoso, y cayó en la cuenta de que la vez anterior había llovido.

—¡Oh, Annie! —dijo el monje, agarrándose al brazo de un banco de madera junto a una pared de ladrillo para sentarse lentamente. Ya no susurraba—. El abad me dijo que habías estado aquí. Fue una sorpresa muy agradable. ¡Qué alegría verte! Te reconocería *en cualquier lugar*. Con tu pelo castaño, y esa sonrisa. Pero ya no tienes pecas, ¿verdad?

Ella se ruborizó y sonrió. Quedaban pocas personas que la recordaran tal como era de niña: sus padres estaban muertos, y no tenía más que algunos primos, dispersos por los alrededores de Filadelfia. La apoyaron mucho tras el accidente y en las semanas siguientes, pero al cabo de unos meses empezó a sentirse incómoda en su presencia, sin saber qué decir; también le impactó y entristeció el darse cuenta de cuánto la contrariaba la adoración que sentían por sus propios hijos, vivos. Con el tiempo, había dejado de llamarlos.

—Tu padre era muy amigo nuestro... un gran amigo —dijo el padre Edward con énfasis—. Fue muy generoso; nos llevó las cuentas durante años sin cobrarnos nada.

«¿Qué?». Anne siempre había supuesto que le pagaban.

—Sí —prosiguió el monje—, era muy generoso en ese sentido. Pero ¿qué haces ahí de pie? Siéntate a mi lado... Aquí, querida. Y tu madre... ¡tu madre era una mujer maravillosa!

Se inclinó hacia ella en el banco y añadió:

—Solían llevarme a cenar por ahí de vez en cuando, y yo disfrutaba haciendo novillos en la abadía.

Anne reprimió una sonrisa cuando se dio cuenta de que el padre Edward olía a colutorio mentolado. En algún momento de estos treinta años, alguien debía de haberle advertido sobre su aliento.

—¿Lo sacaban a cenar? —preguntó Anne.

—Sí, claro —respondió él—. Había un restaurante maravilloso cerca de aquí, la «Posada de las cuatro cascadas».

Anne se acordaba del lugar, situado cerca de una autovía con mucho tráfico y al lado de la escarpada cara de un peñasco por el que caían cuatro pequeñas cascadas.

—Me encantaban las almejas casino que servían allí, ya sabes, cocinadas en su concha con pan rallado y panceta —dijo el padre Edward, cerrando los ojos para revivir con mayor intensidad tan gozoso recuerdo—. En una ocasión, me tomé dos raciones. Tu madre pidió una y yo otra, y después me cedió la suya, porque sabía que me daba vergüenza pedir dos para mí solo. ¡Ja, ja!

¡Qué extraño era estar sentada allí con un hombre al que creía muerto desde hacía largo tiempo y que además hablaba con tanta franqueza sobre sus padres! De repente se había abierto una ventana hacia su pasado.

—Cuando el abad me dijo que habías estado aquí, me entristeció mucho no tener forma alguna de contactar contigo. ¿Dónde vives?

—Un poco más al norte por la Ruta Azul. En Plymouth Meeting.

—Ah, no muy lejos de aquí entonces. ¿Fue la otra tarde la primera vez que regresabas a la abadía?

Y sin esperar a la respuesta, continuó:

—Todos estos años me he preguntado qué habría sido de ti, Annie. Siento mucho no haber podido encontrarte. Tras el entierro de tu madre, me di cuenta de que no sabía dónde vivías y tampoco tenía tu número de teléfono. En aquel entonces era difícil para nosotros usar el teléfono, y solo teníamos un listín telefónico, y no sabía tu apellido de casada, y luego sencillamente lo dejé estar. Lo siento mucho, querida.

El padre Edward vertió todas estas disculpas, y a Anne la conmovió su tristeza. No sabía a cuál de sus comentarios responder, así que empezó por el primero:

—Sí, la otra tarde fue la primera vez que regresaba en mucho tiempo.

El padre Edward la miró fijamente, sonriendo. Anne añadió:

—Siempre he vivido cerca, pero supongo que...

No sabía cómo decir que después de la muerte de sus padres no había pensado mucho en el monasterio.

—Es natural, estabas ocupada —dijo él—. ¡Tienes tu *vida*! Y, además, ¿quién querría visitar a un monje viejo?

Hizo un gesto con la mano, disipando toda incomodidad que pudiera sentir ella.

¿Había sido él siempre así? Anne empezó a entender por qué sus padres disfrutaban con su compañía. El padre Edward no había dejado de sonreír ni un instante desde que había dicho su nombre en la iglesia. Y seguía sonriendo, inmensamente feliz de haberla reencontrado. Ella se preguntó si se sentiría solo. «¿Lo visitará alguien?».

—El abad Paul me contó que la otra tarde viniste con Mark. ¿Es verdad eso? ¿Viniste

a vísperas? ¿Rezaste con nosotros?

—No, no lo hice.

El padre Edward esperó expectante a oír por qué había regresado a la abadía, como si fuera la cosa más importante del mundo.

—Mark Matthews me recogió para llevarme a casa porque mi coche se había averiado, y entonces recordó que se había dejado aquí el móvil —explicó Anne, echándose a reír—. Es algo complicado.

La expresión de alegría en el rostro del padre Edward indicaba que agradecía que le dieran conversación, es más, que ardía en deseos de escuchar una larga historia; así que Anne le contó lo que había ocurrido aquella tarde, con la esperanza de que su relato no sonara demasiado displicente para con el monasterio: después de todo, ella había acabado allí por accidente.

—Fue Nuestra Señora quien hizo que regresaras.

Ella lo miró fijamente.

—Te he visto contemplar el icono de Nuestra Señora. ¿No es precioso?

—Sí.

—Siempre me ha gustado la forma en que María sostiene al niño en brazos —dijo el padre Edward—. Y a ti, ¿qué te gusta de él?

Anne no esperaba esta clase de conversación, pero el padre Edward era tan amable...; además, se dio cuenta de que realmente quería hablar sobre ello.

Le explicó cuánto le gustaba el modo, tan directo, en que María miraba al espectador. María era tierna con el niño y fuerte a la vez. Le atraía esa combinación.

—Es verdad —dijo el padre Edward, quien no despegaba los ojos de Anne cuando ella hablaba—. Justamente así es María. Tierna y fuerte. ¿Y sabes qué? Este icono se llama Nuestra Señora de la Ternura.

Parecía agradecido de que Anne hubiera visto lo mismo que él veía.

—Dime, ¿qué has hecho en todos estos años? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? ¿Van al colegio cerca de aquí? ¡Un colegio católico, espero!

Esta vez, Anne se hizo el firme propósito de no llorar. Sacudió la cabeza con fuerza.

—No, me temo que estoy divorciada.

—Vaya, lo siento —dijo el padre Edward—. Esa es una experiencia dolorosa.

Ella hizo una pausa. Y por fin dijo:

—Y tenía un hijo, pero... murió hace unos años.

—¡Oh, no! —dijo el padre Edward con los ojos muy abiertos—. ¡Cuánto lo siento!

Alargando su mano, tomó la de Anne y la apretó con fuerza.

—¿Cómo se llamaba?

—Jeremiah.

El padre Edward cerró los ojos.

—Jeremiah —dijo quedamente—. Rezaré por él.

Anne asintió con la cabeza y sintió una opresión en el pecho. No, no iba a llorar.

—¿Qué le ocurrió?

Anne le contó la historia. La había contado tan a menudo que había memorizado dos

versiones: una breve y otra larga. En esta ocasión empleó la breve: el accidente, el hospital, el entierro. Mientras relataba lo ocurrido mantuvo la mirada fija en el jardín del claustro. Curiosamente, durante la narración, aun con todos sus detalles, sintió que sus emociones se atenuaban. Cuando terminó, vio que los ojos del padre Edward estaban bañados en lágrimas.

—¡Cuánto lo siento, Annie! Estoy seguro de que lo echas muchísimo de menos. Descanse en paz.

Ella asintió con la cabeza.

Tañó la gran campana.

—Vísperas —dijo él—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—No, gracias, me quedaré sentada aquí.

El monje le soltó la mano.

—Rezaré por Jeremiah todos los días. Pero estoy seguro de que no necesita mis oraciones. Estoy seguro de que tu maravilloso hijo está ya en el cielo. Y estoy seguro de que ha estado rezando por ti todo este tiempo, Annie.

Nunca había pensado en ello antes, y ahora sentía tristeza y gratitud y culpa. Ella podría haber estado rezando por Jeremiah, y ahora era él quien rezaba por ella. Estaba tan confusa que no sabía ya en qué creía. Anne agachó la cabeza y reprimió el deseo de llorar.

—¡Oh, cuánto lo siento! —se disculpó el anciano—. Parece que siempre tengo que decir algo inadecuado.

Por las distintas puertas del corredor aparecieron monjes que, mientras proseguía el repique de la campana, entraron en silencio en la iglesia.

—Annie —susurró el padre Edward—, lo siento, debo irme a vísperas. Pero hay algo que quiero decirte.

—Claro, claro.

—No olvides que rezaré por tu hijo y por ti. Ven por aquí siempre que quieras. Y pregunta también por mí.

El padre Edward, agarrándose con fuerza al brazo del banco, se levantó y luego se inclinó hacia Anne como si quisiera decirle algo más, pero luego se enderezó.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo y se dirigió lentamente hacia la capilla.

Por el rabillo del ojo, Anne vio que se acercaba el abad. Él se movía más ágilmente que otros monjes. Conforme se acercaba, saludó con la cabeza y sonrió, pero la sonrisa se le desvaneció al darse cuenta de que ella tenía los ojos enrojecidos, si bien enseguida volvió a sonreír.

—Bienvenida de nuevo. Me alegro de verla.

Anne lo saludó con la cabeza y le sonrió. Él le devolvió el saludo y entró en la iglesia.

Ella oyó cómo los monjes se acercaban a la sillería del coro y ocupaban sus sitios. El órgano dejó oír una sola nota.

—Ascienda hacia ti mi oración vespertina, oh Señor —entonó un monje.

—Y descienda sobre nosotros tu amor misericordioso —respondieron los demás.

Mientras escuchaba a los monjes cantar sus oraciones, Anne se preguntaba cómo había terminado allí. No tenía pensado pasar por el monasterio y estaba enfadada consigo misma por no ser capaz de quitarse de la cabeza aquel cuadro. Pero ahora estaba contenta de haber venido. La música era preciosa, le gustaba el cuadro de María y el padre Edward era muy simpático. Había sido casi como volver a hablar con su padre.

Entonces los monjes entonaron esa canción que cantaba su padre. Escuchó con atención.

Cuando terminaron las vísperas, el padre Edward y el abad volvieron junto a Anne. Antes de que pudieran decir nada, ella les preguntó:

—¿Qué era esa última canción que han cantado?

—¿La *Salve Regina*? La cantamos todas las tardes —explicó el abad.

—Mi padre la tarareaba sin cesar. Nunca he sabido qué era.

El padre Edward dijo:

—Le encantaba venir a vísperas y completas, ¿sabes? Rezaba mucho aquí con nosotros.

—No sabía eso —replicó Anne—. No tenía ni idea.



El sábado siguiente por la mañana, Mark se presentó en la puerta principal de Anne con bermudas de color caqui y una camiseta de los Red Sox de Boston.

–Llevando eso por aquí te puedes meter en problemas –le dijo ella–. Lo sabes, ¿no?
Se miró al pecho y sonrió.

–A veces no me acuerdo ni de lo que me he puesto por la mañana.

Anne se rio.

–Los hombres sois afortunados. Al menos tú.

Mark le tendió un sobre blanco, sin nada escrito sobre él, ni destinatario ni remitente.

–¿Qué es esto?

–Es de Brad y sus amigos. Para pagar el cristal de la ventana. Me lo prometieron o, mejor dicho, les hice que me prometieran que lo pagarían. Así que aquí lo tienes.

Tomó el sobre y pensó en lo mucho que le agradaba Brad. Siempre se había portado muy bien con Jeremiah, que había sido un chico algo introvertido antes de conocer al que con el tiempo se convirtió en su «mejor colega», como decían los dos. Brad –intrépido, alegre, aventurero– había desenterrado una faceta de su hijo que ella nunca antes había visto, por no decir que ni siquiera sabía que existía. Uno de sus recuerdos favoritos de Jeremiah era de cuando él tenía ocho o nueve años. Un día, viniendo de la calle, abrió de un golpe la puerta principal, entró corriendo a la cocina y gritó:

–¡Mamá, mamá! ¡Brad me ha propuesto jugar con él a hockey de calle en el colegio! ¿Puedo?

Era como si le hubieran regalado una invitación para la gran final de la liga profesional de béisbol.

Anne era consciente de que después del accidente Brad, aunque seguía siendo cortés con ella, la evitaba. Y le resultaba difícil decirle –nunca encontraba palabras que no les hicieran llorar a ambos– que echaba de menos al mejor amigo de su hijo. Echaba de menos a los dos muchachos corriendo por la sala de estar, aunque con frecuencia llevaban barro, o en alguna ocasión incluso excrementos de perro, en sus zapatos.

El padre de Brad, John, le contó en privado a Anne cuánto había sufrido su hijo tras el entierro: se encerraba en su habitación, tiraba a la basura fotos en las que aparecía

junto a Jeremiah. John las rescataba cuidadosamente del contenedor de basura que había en la acera y las guardaba en secreto, sabedor de que algún día Brad querría recuperar sus recuerdos. John le contó que se sentía culpable por haber convencido a Jeremiah para ir en bici al cine en contra de los deseos de su madre. Anne le había dicho muchas veces a Brad que no le echaba la culpa, pero él parecía sordo a su perdón. Y era cierto: ella sabía bien lo mucho que había apreciado a Jeremiah y no lo culpaba en absoluto. Se alegraba de no albergar resentimiento alguno contra él. Sencillamente no sentía nada parecido. Esperaba poder decirle eso al chico algún día.

Siempre que veía a Brad, Anne sentía un impulso irresistible de abrazarlo; le recordaba mucho a Jeremiah. Era una conexión viva con su hijo. Pero con dieciséis años Brad ya casi era un hombre. Unos días antes lo había visto conduciendo el coche de su padre. Esto significaba que Jeremiah también estaría conduciendo...

—¿Estás bien? —le preguntó Mark en la puerta de la casa.

Anne retornó al presente.

—Sí, sí —dijo—. Estoy bien. Tan solo un poco cansada, eso es todo.

Miró el rostro afable y sincero de Mark y se preguntó si debía contarle su visita a la abadía. Quería contárselo a alguien. Empezaba a parecerle extraño mantenerlo en secreto. Además, en realidad tampoco era para tanto.

—Oye, el otro día paré en la abadía cuando volvía de trabajar.

Mark arqueó las cejas, hasta el punto de que casi se le confundieron con el pelo rubio rojizo.

—¿En serio?

—No tienes por qué asombrarte tanto. Iba allí cuando era niña, ¿recuerdas? —dijo, arrepintiéndose luego del tono empleado. Si a ella misma le había sorprendido su visita a la abadía, ¿por qué no iba a sorprenderle a él?

—Pues sí —prosiguió—, fue muy interesante ver P&J después de todos estos años. ¿Te había dicho que mi padre trabajó para los monjes como contable, que les llevaba las cuentas?

Mark asintió con la cabeza.

—Son muy agradables. Y me tropecé con un monje viejo que conocía a mi padre.

—No solo son muy agradables; ¡son geniales! Me encantan estos tipos.

Ahora le tocaba a Anne sorprenderse.

—Es cierto —dijo Mark— que algunos son insoportables, pero en conjunto me caen muy bien. ¿Cuál es el que conocía a tu padre?

—El padre Edward.

Mark echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Anda, el padre Ed! Es un encanto. Y muy olvidadizo: el año pasado, cuando lo ayudamos a limpiar la celda, encontramos unos cien dólares sueltos.

—¿Les está permitido tener tanto dinero? —inquirió Anne—. ¿No son monjes?

—Sí, hacen voto de pobreza, por lo que no tienen dinero propio y todos los regalos que reciben, ya sea dinero en efectivo o cualquier objeto, los entregan a la comunidad. En cualquier caso, el padre Ed recibe a veces de su familia, por Navidad y por su

cumpleaños, billetes de veinte dólares o cantidades similares. ¿Sabes qué hace con ellos?

Anne negó con la cabeza.

—¡Los usa de marcapáginas!

—¿Qué?! ¿Usa billetes de veinte de marcapáginas? ¿Como los millonarios? Y luego tanto hablar de pobreza...

—No, no —dijo Mark—, ese es el quid de la cuestión. Al padre Ed no le importa el dinero. Es muy libre en ese sentido. Quiero decir, por regla general lo entrega a la comunidad, pero a veces sencillamente... se le olvida. No piensa en el dinero.

Anne no sabía cómo considerar aquello. Actuar así, ¿era ser libre o estúpido?

—Sea como fuere —dijo Mark, percatándose de la aparente desaprobación de Anne—, el padre Ed es un gran tipo. Me trata muy bien. Al igual que el padre Paul y el hermano Robert. El hermano Robert es mi favorito. Siempre está diciéndome que rezará por mí, y digo yo que eso no puede ser malo.

—No —concedió Anne—, supongo que no.

Le dio las gracias a Mark por el sobre y empezó a cerrar la puerta, justo cuando Sunshine atravesaba el vestíbulo a la carrera y se lanzaba hacia la entrada en un vano intento de atacar al extraño. Mark se agachó, entrecerró los ojos y le lanzó una fiera mirada, lo que enfureció al minúsculo perro. Anne le hizo un gesto de despedida a Mark desde detrás de la mosquitera y luego la cerró.

—¡Cállate, demonio! —le gritó al perro, que ladró una vez, insolentemente, como si supiera que Mark lo iba a oír.

En el sobre había una hoja de papel sin pautar. Cuando Anne la desdobló, varios billetes cayeron a la alfombra de la sala de estar: unos cuantos de veinte dólares, alguno que otro de diez y dos de cinco. Brad y sus amigos probablemente habían reunido sus ahorros para pagar el arreglo de la ventana.

Se agachó, recogió el dinero y leyó la nota. «Lo siento», decía con una letra espantosa.



—¡Venga ya! —dijo Kerry cuando Anne le explicó por qué no podía ir a tomar una copa con ella después del trabajo—. ¿Que tienes que ir al monasterio? ¿Desde cuándo eres tan religiosa?

Ya próximo el final de la jornada laboral, las dos estaban sentadas en una mesa de conferencias en imitación de madera, con registros financieros esparcidos delante de ellas: un caos de facturas, recibos, declaraciones de ingresos, balances y conciliaciones bancarias.

—No lo soy —aclaró Anne, arrepintiéndose de inmediato de habérselo contado a su amiga—. Únicamente voy a visitar a un amigo de mi padre, un monje mayor que vive allí.

—Solo de pensar en ellos ya me entran escalofríos —dijo Kerry—. ¿Toda la vida sin sexo? ¿Orar a todas horas? Gracias, pero no me interesa. Por otra parte, su mermelada es impresionante. ¡Mmmmm, qué rica! ¿Me traes algunos tarros, por favor? Me gusta sobre todo la de arándanos.

Al principio, Anne estuvo tentada de defender a los monjes, pero luego se dio cuenta de que estaba de acuerdo con Kerry, al menos en unas cuantas cosas. La última vez que había estado en la abadía se descubrió a sí misma pensando: «¿Qué hacen durante todo el día?». Aun así, tuvo la prudencia de no entablar una discusión sobre temas religiosos con Kerry, que no sentía el más mínimo interés por esos asuntos. Cuando en la oficina alguien mencionaba la palabra «iglesia», por regla general los lunes, Kerry suspiraba con fuerza y ponía los ojos en blanco.

En los últimos días, Anne se sentía agobiada por el trabajo. Su empresa había captado recientemente un nuevo cliente que necesitaba una auditoría inmediata porque un director comercial había cometido un desfalco. No entendía cómo tantas personas eran capaces de robar a sus empleadores, pero había visto lo suficiente como para saber que eso ocurría con frecuencia. Este último incidente era típico. Kerry y ella estaban auditando una empresa cuyo director comercial había creado sociedades ficticias que facturaban a su empresa por servicios no prestados. El asunto salió a la luz cuando este individuo se pavoneó de su administración desleal ante un compañero, extrañamente orgulloso de haber engañado durante tanto tiempo al director general de la empresa. Esta

clase de tareas le resultaba grata a Anne, porque pensaba que podía contribuir a arreglar las cosas, pero también hacía que se sintiera casi sucia. Esta auditoría suscitó en ella el deseo de visitar el monasterio.

Después de asegurarle a Kerry que no iba a hacerse monja, Anne organizó sin ganas los registros financieros que había estado revisando, agarró su chaqueta, salió del edificio, se montó en el coche y partió hacia la abadía.

Mientras conducía por la Ruta Azul, cobró conciencia de que en realidad estaba deseando ir al monasterio. Visitar al padre Edward era lo correcto, una suerte de devolución por todos los gestos de bondad que unos y otros habían tenido con ella tras la muerte de Jeremiah: visitas, llamadas telefónicas, flores, tarjetas, guisos. El día después del entierro, cuando le dijo al padre de Jeremiah que no pensaba aceptar más comida ni más flores, él le replicó:

—Es la manera que tienen de mostrarte su amor. Tienes que dejarles que te quieran así.

Eddie no solía tener razón, pero Anne supo de inmediato que en esta ocasión sí.

Todas esas atenciones y su visita al padre Edward parecían conectadas de algún extraño modo: un círculo de dar, recibir y sentir gratitud.

El sol estaba ya bajo cuando Anne llegó a la verja principal. En la carreterilla de entrada pasó junto a una mujer que, con la cabeza agachada, caminaba despacio. Un poco más adelante, vio a un anciano paseando sin destino fijo; y bajo los arcos del pórtico de la iglesia había un grupo de personas charlando. ¿Se estaba entrometiendo en algún encuentro religioso? Aún no sabía mucho sobre la vida en la abadía, salvo unos cuantos sencillos hechos: los monjes oraban, celebraban misa, hacían mermelada y no tenían sexo.

Y una vez más, había venido sin preparar la visita: no tenía ni idea de cómo encontrar al padre Edward. Unas cuantas horas antes, desde el trabajo, al querer llamar a la abadía, se había acordado de que los monjes no tenían teléfono en sus celdas. En el sitio web del monasterio solo había dos números de teléfono: el de la fábrica de mermelada, que no le servía, y el de la hospedería, nombre que no le decía nada. No obstante, había marcado este último número y había dejado allí un mensaje para el padre Edward; no sabía si le habría llegado.

Confundida, Anne dio una vuelta por el aparcamiento buscando algo que indicara dónde vivían los monjes. Se sonrojó, avergonzada y enfada por haber venido sin saber a dónde iba.

—¡Mierda! —dijo en voz alta.

Entonces, sobre un poste clavado en la tierra, se percató de un pequeño cartel de madera con letras rojas que decían: «Hospedería».

Siguió por un camino de grava hasta llegar a una casita de piedra cuyas ventanas con parteluz, puerta de madera roja y tejado de pizarra hacían que pareciera el hogar de un *hobbit*. Las pocas personas que recorrían el camino miraron al interior del coche cuando este pasó a su lado. «Fisgones», pensó Anne.

La gran campana de la abadía empezó a tañer en la alta torre grisácea. Como ciervos

inquietos, los hombres y mujeres que había por los alrededores alzaron la vista y se encaminaron a toda prisa hacia la iglesia. Vísperas.

Anne tocó el timbre de la hospedería. No hubo respuesta. Tal vez todos los monjes estaban en vísperas. Empujó la puerta y, al abrirse esta, se encontró frente a ella, sentada tras un escritorio, a una señora mayor de pelo oscuro y alborotado.

—¡Oh! —dijo la anciana, levantándose lentamente—. Iba a abrir enseguida.

Anne accedió a un pequeño vestíbulo de baldosas rojas cubiertas de desgastadas alfombras orientales. Había numerosas estanterías, una de las cuales estaba enteramente ocupada por las diversas mermeladas y gelatinas de la abadía. A su lado se alzaba un alto y frágil expositor metálico de tarjetas. La mayoría de ellas reproducían fotografías en color del monasterio en distintos momentos del año: la iglesia cubierta de nieve, la floración primaveral en el jardín del claustro, mariposas en las lilas de la carreterilla de entrada, una hilera de arcos con hojas rojizas en el valle. Varias tarjetas mostraban el cuadro de María que había en la iglesia. Una de ellas era la que le había regalado el padre Paul la tarde de su primera visita.

Sobre el escritorio de la anciana había un pequeño letrero en el que podía leerse: «Hospedero». Anne reprimió una sonrisa; le sonaba un poco anacrónico. Luego se preguntó para qué necesitaban los monjes tanto sitio para huéspedes. ¿Era aquí donde se alojaban sus familiares cuando venían de visita?

—¿Viene de retiro? —le preguntó la mujer.

Anne se rio.

—¡No, que va!

Como se dio cuenta de que esto podía resultar ofensivo, rápidamente añadió:

—Vengo a ver al padre Edward. ¿Está por aquí?

—Soy Maddy —dijo la anciana, tendiéndole la mano—. Los monjes se acaban de ir a vísperas. Pero le transmitimos al padre Edward su mensaje de esta tarde, y él está deseando verla. Si quiere, puede esperar sentada aquí hasta que terminen las vísperas.

Lanzando un fuerte suspiro, Anne se sentó en una silla de madera de respaldo alto y reparó en unas cuantas revistas esparcidas sobre una mesa de centro: *America*, *Commonweal*, *U.S. Catholic*, *First Things*, *Liguorian*, *St. Anthony Messenger*. Recordaba vagamente haber visto a sus padres leer alguna que otra de ellas, y tomó una al azar para hojearla. Montones de fotos del papa, así como de diversos cardenales y obispos, pero también las había de ciudadanos de países en vías de desarrollo y de estadounidenses felices sonriendo a la salida de la misa dominical. Depositó la revista de nuevo sobre la mesa, y tomó otra. Una vez hojeadas todas, sacó su móvil y empezó a consultar el correo electrónico.

—Disculpe —dijo Maddy—. No puede usar su móvil aquí. Los monjes quieren que haya el mayor silencio posible.

«Más reglas». Otra de las razones por las que no iba a la iglesia. Luego pensó que esta mujer, ya que sin duda sabía cómo funcionaba el monasterio, sería capaz de satisfacer su curiosidad.

—¿Puedo hacerle una pregunta tonta?

Mientras las palabras salían de sus labios, anticipó la respuesta de Maddy. La anciana no la decepcionó.

—No hay preguntas tontas.

—Muy bien. ¿Qué hacen los monjes durante todo el día? Aparte de orar y elaborar mermelada.

Maddy se rio.

—Pues tienen el día bastante cargado, diría yo. Entre orar, ocuparse de los asuntos de la comunidad y trabajar en la fábrica de mermelada, algunos de ellos andan más ocupados que yo. Y yo no me estoy precisamente quieta.

—Ya, ya —dijo Anne, con la sensación de que su pregunta había sido cortésmente eludida—, pero ¿qué es exactamente lo que hacen?

—Ay, perdón —se disculpó Maddy—. Como le decía, un día normal está lleno de actividades. Supongo que sabe que comienzan las oraciones a las tres y media y...

—¿Qué? ¿A las tres y media?

—Sí, a esa hora rezan maitines, y luego...

—¿A las tres y media de la *madrugada*?

—Sí —ratificó Maddy, disfrutando con el asombro de Anne—. Luego tienen un rato de oración personal y lectura hasta más o menos las cuatro, creo. Luego se visten, supongo, y desayunan. Después de eso vienen los laudes, que es la oración matutina, y luego la misa, y luego... Vaya, siempre se me olvida el horario exacto. Espere un segundo...

Abrió un cajón, del que sacó una hoja de papel bastante manida con la palabra *horarium* como encabezamiento.

—Aquí está —dijo Maddy—. *Horarium* significa «las horas». Así es como transcurre el día en la abadía. Échele un vistazo.

Maddy guio a Anne por el horario del día. Antes de misa, los monjes rezaban el ángelus, fuese eso lo que fuese. Hacían esa oración tres veces al día, dijo Maddy. Luego trabajaban en la fábrica de mermelada o realizaban diversas tareas en la casa hasta mediodía.

—¿Qué tipo de tareas desempeñan? —preguntó Anne.

—Uy, muy variadas. Algunos trabajan en la fábrica de mermelada, bien en la administración, bien en la planta de producción. Y, por supuesto, cuidan los jardines y cultivan la huerta; y hay mucho que limpiar, los cuartos de baño y todo lo demás. Y otros trabajan en la cocina. Y luego hay un maestro de novicios, que es el responsable de la formación de los monjes jóvenes. Y algunos de ellos son directores espirituales de personas de fuera de la comunidad. Y también están el sacristán, que cuida la iglesia, y el enfermero, que atiende a los monjes ingresados en la enfermería, y el hospedero...

—¿No es usted la hospedera?

—¡No, claro que no! —se rio Maddy—. Yo no soy la hospedera. Ese es el cargo del hermano James. Yo me limito a ayudarlo y lo sustituyo cuando está orando. Para los monjes en general soy la «vicehospedera». Pero el abad Paul me llama la «señora de los huéspedes» o también el «ama de huéspedes», lo que me hace reír.

Si Maddy no hubiese estado concentrada en la hoja con el horario, habría visto

sonreír a Anne. Estos últimos títulos sonaban no ya anacrónicos, sino algo equívocos.

—Prosigamos —dijo Maddy—, he aquí el resto del día.

A media mañana oración en el lugar de trabajo, y luego la sexta, que era otra oración en la iglesia; luego, a las doce y media, la comida principal del día, tras la cual se lavaban los platos. A las dos se hacía la oración de media tarde, seguida de más tiempo de trabajo. Al terminar este, podían orar («¿más aún?», pensó Anne), descansar («eso es lo que haría yo») o hacer ejercicio. Anne se los imaginó corriendo por los terrenos del monasterio en sus largos hábitos negros y blancos.

Vísperas: eso sí sabía lo que era. La oración de las cinco y media, que ella siempre parecía interrumpir. Después venía una cena ligera. Y a ello le seguían más oración y más lectura y, por último, completas, la oración de la noche, durante la cual cantaban la *Salve Regina*.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Esto —dijo Anne, marcando con el dedo en la página—. *Salve Regina*.

—¡Ah! Es una oración a María. Empieza así...

Y tarareó algunos compases.

Anne se quedó de nuevo perpleja al escuchar la melodía que tanto le gustaba a su padre. Había olvidado el nombre, aunque el padre Paul se lo había dicho la segunda tarde.

—¡Anda! Si esta canción me encanta... —dijo Anne—. ¿Qué significa?

Maddy guardó un breve silencio.

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Trata de María, eso sí que lo sé. *Salve Regina* es un saludo que literalmente quiere decir: «Ten salud, Reina». Pero... no estoy realmente segura de qué significa el resto. ¿No es curioso?

Frunció el ceño, decepcionada consigo misma; y tras reírse, añadió:

—Supongo que solo me la sé en latín. En cualquier caso, así es como terminan el día, con esa canción. Luego, el abad los bendice y se van a la cama y comienza el «gran silencio». Se supone que deban estar callados hasta las tres y media.

—¿Y después pueden hablar?

—En realidad no; al menos, no mucho. No estoy realmente segura. Hablan en distintos momentos del día, por supuesto, pero intentan guardar silencio y a veces incluso usan la lengua de señas.

Anne repasó el horario en su totalidad. Parecía una forma de vida muy exigente.

—Es un montón de oración —observó—. Y de trabajo, supongo.

—*Ora et labora* —dijo Maddy jovialmente.

Anne la miró extrañada.

—Ora y trabaja.

Maddy miró a Anne con algo semejante a la lástima, o eso le pareció a esta.

—¿Sabe? Hace unos cuantos años asistí a un retiro aquí tras perder mi empleo. No sabía qué hacer. Mi marido y yo necesitábamos mi sueldo, puesto que él cobra ahora una pensión por discapacidad que no alcanza para mucho. Después de unos meses en casa de

brazos cruzados, sentía que ya no podía más. Lo peor de todo era que Dios parecía por completo ausente. Tenía ganas de decirle: «¿Dónde estás, Dios?». ¿Sabe lo que quiero decir?

Anne asintió con la cabeza.

—Mi marido vio en el boletín de nuestra parroquia el anuncio de un retiro de fin de semana para mujeres, y me insistió e insistió para que apuntara. Sea como fuere, me enamoré de este lugar. No tiene más que *mirarlo*.

Hizo un gesto hacia una ventana que enmarcaba una vista de la iglesia abacial bajo el sol poniente y un cielo bermellón.

—El abad Paul —prosiguió— fue muy amable durante el retiro y me escuchó, me escuchó de verdad, como ningún hombre me había escuchado jamás, ni siquiera mi marido, a quien amo.

Maddy miró al vacío.

—Me encantan estos tipos —añadió con firmeza—. ¡Me han ayudado tanto! Y ellos también me aprecian, o al menos así me lo parece. No todos, por supuesto. Creo que a algunos los saco de quicio. Y francamente, unos cuantos de ellos me sacan de quicio *a mí*. Pero, cuando una piensa sobre ello, no es una mala manera de vivir. Orando y trabajando y amando a las personas como amigos y amigas y pensando en Dios todo el tiempo... No está tan mal, ¿verdad?

—No —dijo Anne, sorprendiéndose a sí misma—. No está nada mal.



El padre Paul entró en la hospedería y sonrió al ver a Anne.

—¿Una nueva participante en el retiro?

—No, padre —dijo Maddy—. Ha venido a ver al padre Edward.

—Lo sé —dijo Paul—, solo estaba bromeando. Aunque tal vez algún día podría asistir a un retiro aquí...

Anne no supo qué responder, por lo que se limitó a balbucear:

—Quizá... supongo.

Cayó en la cuenta de que los fisgones que la habían mirado al pasar junto a ellos en el coche estaban probablemente de retiro.

Paul tomó en sus dos manos la mano de Anne y le dio la bienvenida.

—El padre Edward me ha dicho que iba a venir usted, pero hoy no se encuentra bien.

—¿Algo grave?

—No, no, solo la edad. Eso, y que esta semana hemos enterrado a uno de sus mejores amigos, el padre George. Los dos ingresaron juntos como novicios, hace cincuenta años. Y eso realmente le ha afectado. El padre George era el último miembro de su promoción de novicios, aparte de él. El padre Edward siente mucho no poder verla, pero realmente necesita descansar. Órdenes del abad. Pero me ha pedido que la atienda y que me asegure de que se encuentra bien. ¿Puedo ofrecerle al menos una taza de café?

A Anne le disgustó haber hecho el viaje en vano y deseó haber sabido que el sacerdote estaba enfermo. «¡Qué pérdida de tiempo!», pensó. «¿Por qué no tienen los monjes su propio teléfono? ¿Y si alguien necesita ponerse en contacto con ellos por una emergencia? ¿Han de confiar en que les termine llegando una nota de Maddy?». La vida en el monasterio parecía consciente, casi deliberadamente arcaica.

Con todo, le caía bien el padre Edward. Y también el padre Paul era simpático. La había tratado con mucha amabilidad aquel día junto al jardín del claustro. Así que aceptó la taza de café.

—Y *debería* venir usted a un retiro —dijo Maddy.

Anne asintió cortésmente con la cabeza.

—Gracias por contarme lo que hacen los monjes.

—¡Vaya, vaya! —dijo Paul—. ¡De *eso* me tengo que enterar yo! ¿Qué es lo que hacemos aquí, señora de los huéspedes?

Maddy se rio.

—Tan solo le he enseñado el *horarium*, eso es todo.

Tras darle las gracias a Maddy, Paul guio a Anne a través de los corredores de la hospedería. Al igual que el edificio principal del monasterio, la hospedería estaba dispuesta alrededor de un claustro con jardín central, este más modesto, pero aun así precioso, lleno de rododendros y azaleas hábilmente podados. Encima de las puertas de las habitaciones de los huéspedes había pequeños letreros en los que podía leerse: «San Ignacio», «San Bernardo», «Santa Ana» y otros varios nombres que Anne recordaba de la catequesis. Cada letrero, que incluía una representación del santo correspondiente, parecía haber sido pintado y rotulado a mano, si bien muchos años atrás; los colores se habían desvaído hasta tornarse casi transparentes.

Estas eran, explicó Paul, las habitaciones de los huéspedes, cada una de ellas con el nombre de un santo.

—Es más fácil recordar nombres que números; además, los huéspedes tienen así un santo patrón durante los días que dura su retiro aquí.

A través de un estrecho pasillo de ladrillo entraron al monasterio. Mientras recorrían los largos corredores, el abad no dejó de hablar.

—Los huéspedes pasan con nosotros entre un fin de semana y una semana entera. Comen en el comedor de huéspedes y suelen unirse a nosotros para las oraciones y, por supuesto, para la misa. Algunos se levantan para laudes, pero la mayoría solo acuden a las oraciones posteriores. A nosotros nos hace felices que estén aquí. La hospitalidad forma parte de nuestra vida. El resto del día es para lo que deseen: para la oración, desde luego, pero también para la lectura espiritual. Y si quieren, uno de nosotros les puede ofrecer dirección espiritual... Como puede ver —¿le parece bien que nos tuteemos?—, como puedes ver, esta es la cocina, y aquí está nuestro maravilloso cocinero, Christian. Lo creas o no, es parisino. ¡Tenemos un auténtico chef parisino! *Bonsoir*, Christian, ¿qué hay esta noche para cenar? ¿De verdad? ¡Fenomenal! No te has olvidado de la dieta especial del hermano James, para su pequeña... operación de mañana, ¿verdad? Gracias... Y aquí, obviamente, está el jardín del claustro, que puedes ver a través de esas ventanas. ¿No está precioso en esta época del año? Por supuesto, todas las épocas del año son maravillosas aquí, a mi parecer. Y esa puerta de ahí... no, no, esa otra de allí es la enfermería, donde se ingresa a los monjes enfermos. Ahí es donde está el padre Edward justo ahora, pero rezamos para que no sea por mucho tiempo... Y al final de este pasillo se encuentra la entrada a la iglesia, donde, por supuesto, ya has estado. Sabes que siempre eres bienvenida a entrar en ella y orar un rato. Aquí está la biblioteca, como supongo que puedes imaginar por todos esos libros que ves ahí. El que está sentado al escritorio es el padre Brian, sin duda tratando de ordenar de algún modo una caja de libros que nos donaron el otro día. Y tras esta puerta de aquí se encuentra el cementerio, donde todos terminaremos algún día. Y por fin llegamos a mi despacho.

Durante el largo paseo se habían cruzado con unos cuantos monjes: todos habían

permanecido en silencio, aunque algunos habían saludado discretamente con la cabeza al pasar junto al abad. Y, por supuesto, no había ruido alguno de radios, televisores u ordenadores. Ni de nada. El silencio envolvió a Anne. Era como algo palpable. Como una manta.

Paul le abrió la puerta de su oficina y la invitó a sentarse en una de las butacas rojas que había junto a una pequeña mesa de centro. El despacho del abad, revestido con paneles de madera oscura, contenía un enorme escritorio de pino con una vieja silla giratoria de oficina detrás de él y dos altas estanterías de pino llenas de libros. Sobre un archivador metálico de color gris claro se alzaban varias pequeñas fotos enmarcadas.

En una de las paredes había un gran crucifijo: el suave cuerpo marfileño de Jesús resplandecía sobre una tosca cruz de ébano. En otra pared, a la espalda del escritorio, cubierto de pilas de carpetas y papeles, colgaba una reproducción a gran tamaño del cuadro de María que Anne conocía de la iglesia abacial.

—Me gusta ese cuadro.

—¡Ajá! ¿Qué te gusta de él?

Anne se acercó al escritorio del abad y miró detenidamente la imagen.

—Ummm, la forma en que me mira —respondió, para enseguida matizar sus palabras—. Quiero decir, la forma en que mira al espectador. Es como si no tuviera miedo de mirar al frente y mostrar a todo el mundo lo que ha vivido.

—¿Y qué crees que ha vivido?

Anne sabía qué buscaba el abad: estaba intentando hacerla hablar sobre sus propias experiencias; pero agradecía el interés que mostraba por ella, por lo que aceptó la tácita invitación:

—Tuvo que sufrir mucho.

Aunque su respuesta estaba calculada, decirla la entristeció de todos modos.

—Sí —dijo Paul—, mucho.

Calló por unos segundos mientras Anne continuaba mirando el cuadro.

—¡Oh, había olvidado el café! —exclamó de repente—. ¿Cómo lo tomas?

—Sorpréndeme.

Nada más salir Paul, Anne se acomodó en una de las butacas y resopló. A través de la ventana miró fijamente el sol poniente. Al cabo de un minuto se levantó, se dirigió a las estanterías y empezó a examinar sus contenidos. Se trataba sobre todo de tomos voluminosos sobre Jesús, la Trinidad, María, la historia de la Iglesia, la vida monástica y la oración. Sintiéndose una fisgona, observó con detenimiento las ordenadas filas de fotografías enmarcadas sobre la superficie superior del archivador.

La mayoría eran reproducciones de cuadros religiosos, incluido ese tan famoso de Salvador Dalí que muestra a Jesús ascendiendo hacia el cielo como si flotara; le pareció repulsivo. También había muchas fotos de una pareja mayor, que Anne supuso que serían los padres de Paul: los dos altos, los dos con gafas. Y tres fotos mostraban al propio Paul: asido del brazo, riendo, con amigos de toga y birrete en una graduación universitaria, quizá la suya; vestido de sacerdote y arrodillado ante un obispo, cuyas manos reposaban sobre su coronilla; y derramando agua sobre la cabeza de un bebé. El

fotógrafo había captado justo el momento del bautismo; Anne podía distinguir una a una las gotas de agua cayendo de la mano de Paul y a punto de impactar en la cabeza pálida y perfectamente redonda del bebé.

Su mirada se vio atraída de nuevo por el cuadro de María sobre la pared, y lo estuvo observando largo rato. Esta vez no le pareció que dijera: «Lo sé», sino: «Quiero saber».

María parecía mirarla con los ojos de una amiga dispuesta a escucharla. Como aquella vez que salió a cenar al centro con Kerry justo el día en que, tras la muerte de Jeremiah, se reincorporó al trabajo. Anne le había dicho que necesitaba desfogarse un poco, y Kerry la llevó a su restaurante tailandés favorito:

–Pide lo que quieras. Invito yo.

Una hora después, con la mirada hundida en su tercer *gin-tonic*, Anne dijo:

–¿Sabes qué?

Estaba a punto de decir que no podía concentrarse en absoluto en el trabajo. Que la mitad del tiempo no estaba segura de lo que estaba haciendo. Y que no pensaba más que en Jeremiah, en todo momento, día tras día.

Kerry alargó el brazo sobre la mesa, tomó la mano de Anne y la apretó con fuerza.

–Dime.

Cuando Anne alzó la mirada de su copa, vio la cara amable de Kerry, dispuesta a escuchar lo que quisiera decir. Después del accidente, Kerry se había mostrado siempre dispuesta a escucharla hablar de sufrimiento y tristeza, de duelo y pérdida, de ira y miedo. Siempre dispuesta a escucharla hablar de lo que quisiera. Siempre dispuesta.

Esa fue la mirada que Anne descubrió ahora en el rostro de María.



Anne estaba de espaldas cuando el padre Paul entró en la habitación; de ahí que se sorprendiera.

—A mí también me gusta ese cuadro.

—¡Oh! —dijo Anne, que ahora se encontraba de pie detrás del escritorio del abad y estaba examinando de cerca la reproducción—. No era mi intención adueñarme de tu oficina. Me has pillado curioseando un poco. Lo siento.

—Cuando ingresé en el noviciado, echaba mucho de menos a mi familia —dijo Paul, tomando asiento en una de las butacas; le tendió a Anne una pesada taza blanca con café cremoso, y ella se sentó en la butaca de enfrente—. Mi padre había muerto unos años antes, y yo tenía una relación muy estrecha con mi madre. Así que le conté todo eso a mi maestro de novicios. ¿Y sabes qué me dijo?

Anne se preparó para oír algo absurdo.

—Me dijo que le pidiera a María que rezara por mí y por mi madre.

Anna sonrió.

—Pensaba que ibas a contarme que te había dicho que María debía *ser* tu madre.

—¡Ja, ja! Si hubiera dicho eso, me habría reído. Y seguro que mi madre también.

Anne y Paul hablaron luego sobre sus madres, que casualmente habían cursado los estudios de secundaria en el mismo instituto. Tantos los padres de ella como los de él se casaron en la misma parroquia, aunque con una década de diferencia. La gente de Filadelfia tendía a no moverse mucho de lugar; por eso, estas coincidencias rara vez sorprendían a Anne. Pero incrementaron su afecto por Paul. Este era solo algo mayor que ella, de modo que tenían conocidos comunes, habían frecuentado los mismos bares y les gustaban los mismos lugares de la costa de New Jersey, etc. No obstante, Anne se llevó una decepción cuando descubrió que Paul no era un fanático de los Phillies.

—Es difícil seguir los partidos sin televisión ni radio en mi celda.

Cuando ella le preguntó qué le había atraído a la abadía, Paul le habló de su educación católica y le contó que, siendo aún adolescente, había participado allí en un retiro organizado por el instituto y se había quedado «pasmado» por el lugar. La idea de ingresar en el monasterio había perdurado durante los años de universidad e incluso

después. Pero no era el silencio lo que lo retenía allí. Había algo más. Algo mayor, dijo.

—Es Dios quien me retiene aquí.

Anne tomó un sorbo de café.

—¡Guau! Mark tenía razón. Este café es estupendo. ¿Lo hacéis aquí también?

—No, solo hacemos la mermelada, me temo. El hermano Robert compra todo lo demás en el supermercado.

Anne miró a su taza, ponderando si hacer o no una pregunta.

—¿Qué quieres decir cuando afirmas que Dios te retiene aquí?

—Ya sé que suena un poco místico, pero en realidad se trata de algo bastante práctico. Lo que quiero decir es que aquí soy feliz.

—¿Eso es todo? ¿Ser feliz es lo que te retiene aquí?

—Eso... y otras cosas —puntualizó Paul—. Cuando era joven, con veinticinco años, me sentí fuertemente atraído a la vida monástica. Y esa fue la forma en que Dios estaba trabajando en mi vida: a través de esa atracción. En aquel entonces no parecía tener mucho sentido. Quiero decir, en mi familia no había monjes ni nada parecido. Y los únicos sacerdotes que conocíamos eran los que veíamos en misa los domingos. Pero visto de otro modo, aquello era lo que único que *tenía* sentido. Sencillamente no podía quitarme este lugar de la cabeza. Y cuando por fin vine para empezar el noviciado, me sentí muy feliz, creo que como nunca antes en mi vida. Aquello estaba hecho a mi medida. El primer año fue fabuloso. Me gustaba la vida de comunidad y la estabilidad y ¡ah, cómo disfrutaba con esos cantos tan hermosos! Luego, tras el noviciado, hice los votos y le prometí a Dios que me quedaría aquí. Así que también podría decirse que lo que me retiene en este lugar es que le dije a Dios que nunca me iría. Pero también Dios me ha sido muy fiel a mí aquí.

—¿En qué sentido?

—En el de que me ha concedido la gracia de permanecer aquí y me ha hecho muy feliz en los últimos veinticinco años. Más de lo que nunca habría podido esperar. Y en formas que nunca habría podido imaginar. No es la vida perfecta. En modo alguno. También nosotros tenemos nuestros problemas, qué duda cabe. Y a diferencia de lo que ocurre en otros entornos, si uno no se lleva bien con alguien, no puede irse, y el otro tampoco. Entre los votos que hacemos, hay uno de estabilidad. Así pues, esto no es perfecto, pero diría... que es perfecto para mí. Por eso, en todo ello veo a Dios.

Anne posó de nuevo la mirada en su taza de café. Esta era ya la conversación sobre temas religiosos más larga que jamás había mantenido, a excepción de las discusiones con sus padres cuando dejó de ir a misa.

—A decir verdad, ahora mismo Dios no me interesa demasiado.

Paul guardó unos segundos de silencio.

—Creo que puedo entenderlo.

Anne no dijo nada, inquieta por el hecho de que estaba siendo arrastrada con profundidad cada vez mayor a una conversación sobre religión. Pero también sentía una creciente curiosidad. Era como si una parte de ella quisiera hablar sobre Dios. Extraño pero estimulante, como conversar sobre un tema tabú.

—¿Sabes? El padre Edward —prosiguió Paul— se entristeció mucho cuando se enteró de la muerte de tu hijo. No creo estar desvelando ningún secreto si te digo que al día siguiente ofreció la misa por él.

—¿De verdad?

Paul asintió con la cabeza y fijó la vista en ella.

—¡Qué detalle! Por favor, dale las gracias de mi parte.

—Espero que pronto puedas decírselo tú misma.

Anne miró a través de la ventana a la menguante luz en el cielo, que se había tornado violeta.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¡Por supuesto!

—¿Cómo puedes creer en un Dios que permite que ocurran estas cosas?

La ira se adueñó de su corazón y le hizo apretar los labios. Ahora que lo había dicho, que por fin lo había soltado, volvía a sentir parte de la rabia que experimentó tras la muerte de Jeremiah.

Le había sorprendido que su cólera contra Dios aflorara solo tiempo después del accidente. Había pensado que estaría más enfadada con él. Por otra parte, eso quizá significaba que ya no creía en Dios. Coincidiendo más o menos con el inicio de sus estudios universitarios, se había alejado de la Iglesia o, tal como lo veía ella, la Iglesia se había alejado de ella. ¿No al sacerdocio femenino? ¿Homilías aburridas? ¿No al control de la natalidad? No, gracias. Ya durante su último curso en Haverford College había dejado de ir a misa, para consternación de su madre y, en mayor medida aún, de su padre. El día de Navidad y el de Pascua eran las excepciones. Sus padres habían insistido en ello; y Anne, en aras de la paz familiar, acudía a misa con ellos dos veces al año.

A veces lo echaba de menos. En parte. Le gustaban algunas de las canciones que cantaban en la catequesis, pues le resultaban reconfortantes. El rosario que su padre llevaba en el bolsillo y las estatuillas de santos que su madre tenía en el dormitorio matrimonial eran talismanes de una etapa de su vida en la que existían más seguridades. Pero ¿qué veía su padre en la Iglesia?, solía preguntarse; ¿y por qué pasaba tanto tiempo con los monjes? (La respuesta a esta segunda pregunta empezaba a estar más clara). En conjunto, se sentía contenta de haberse liberado de la fe, que consideraba un vestigio de una forma pueril de ver el mundo. Un estorbo, la mayor parte de las veces.

Pero el día posterior al entierro de Jeremiah, cuando el coche de su exmarido salió del acceso asfaltado al garaje y enfiló la calzada y la casa quedó vacía por primera vez después del accidente, Anne se encontró de repente en el cuarto de baño, sollozando y con la respiración entrecortada. Arrodillada en el frío piso de azulejos blancos, encajada entre el lavabo y la bañera, se oyó a sí misma decir a grito herido: «¡Te odio, Dios! ¿Por qué has hecho *esto*?». Repitió esa pregunta una y otra vez, hasta que, viendo que no recibía respuesta, dejó de gritar. Se levantó, se secó las lágrimas, se sonó la nariz, se miró al espejo y dijo: «¡Que le den!».

Ahora le contó esta historia a Paul, desapasionadamente. El abad escuchó con atención; luego, miró los remolinos de leche en su taza y guardó un largo silencio.

—No pasa nada porque odiamos a Dios en tales circunstancias —dijo por fin—. Es natural. Y Dios puede asumirlo. Además, que le grites significa que mantienes relación con él. Eso es importante.

Anne siguió mirando por la ventana, incapaz todavía de dirigir la vista a Paul.

—Pienso que aún odio a Dios —dijo en voz baja—. Lo odio por haberme arrebatado a mi hijo. A veces digo... a veces me digo...

Hizo una pausa y añadió:

—Esto no te va a gustar.

El abad no dijo nada.

—A veces digo... que desearía estar muerta.

Paul asintió con la cabeza, en silencio. Anne lo interpretó como una invitación a continuar.

—A veces pienso tanto en Jeremiah que me veo incapaz de seguir viviendo. Quiero decir, a veces pienso que no voy a poder sobrevivir a tanta tristeza. Es como si no pudiera respirar; no sé describirlo de otra manera. No puedo creer que sea posible estar tan... triste. Y a veces pienso que nada tiene sentido. Supongo que las cosas están mejorando. Un poco. Quiero decir, ya no me siento tan mal como antes.

Tras una nueva pausa, prosiguió:

—Pienso en qué podría haber hecho para impedirle ir al cine aquella tarde. Pienso en el aspecto que tenía en el hospital. ¡Oh, *Dios*! Pienso en el entierro. ¿Y sabes en qué pienso sobre todo?

El abad esperó.

—¡Pienso en qué estaría *haciendo ahora*! —dijo, alzando la voz—. Pienso en ello cuando veo a sus amigos montando en bici o riendo o jugando al béisbol. El otro día, unos chicos rompieron una ventana de la casa de Mark con una pelota de béisbol, y Mark estaba muy preocupado al respecto. ¿Sabes en qué pensé cuando me lo contó? ¿Sabes en qué *pensé*?

Ahora trataba de que sus palabras se abrieran paso entre los sollozos.

—¿En qué?

Anne dijo a voz en grito:

—¡En lo mucho que deseaba que *Jeremiah* estuviera con ellos! ¡En lo que habría *dado* con tal de que *él* fuera capaz de hacer algo estúpido como aquello! ¡Jugar al béisbol! ¡Romper ventanas! ¡En vez de estar *muerto*!

Esta última palabra resonó por los corredores del monasterio. A Paul se le desencajó la cara, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—A veces quiero morir —prosiguió ella—. Quiero morir para poner fin a esto y tal vez, tal vez... volver a estar junto a él. Pero no estoy segura de ello.

Paul dejó que las palabras de Anne colmaran la habitación.

—¡Cuánto lo querías!

—Sí —contestó ella quedamente.

El silencio los envolvió.

—Más de lo que puedo expresar.

–Y estoy seguro de que él también te quería.

–Sí.

–Lo siento, Anne. Siento mucho lo de Jeremiah.

Anne se secó los ojos enrojecidos con el dorso de la mano izquierda. Paul le acercó una caja rosada de pañuelos de papel que había sobre la mesa de centro. Ella sacó uno.

–Gracias.

La campana de la abadía dio la hora.

–¡Qué bonito! –dijo ella–. Debe ser agradable vivir aquí.

–Sí, sí que lo es.

El abad esperó un tiempo considerable, hasta que por fin preguntó:

–¿Cómo crees que te ve Dios ahora?

Anne lo miró, confundida.

–¿Cómo voy a saberlo? –dijo–. Quiero decir... no lo sé.

Paul hizo otra breve pausa, durante la cual estuvo observando la descolorida alfombra oriental. Luego alzó la vista. Anne vio que sus ojos se detenían en el cuadro de María.

–Bueno, en ese caso, ¿cómo crees que María te mira ahora?

Anne respiró hondo y escrutó el cuadro.

–No sé –dijo frunciendo el ceño y dejando escapar más lágrimas–, imagino que siente lástima por mí.

Sacó de la caja otro pañuelo de papel. Notaba que Paul la estaba observando. Él apoyó los codos en los brazos de la butaca, juntó las manos por las yemas de los dedos y cerró los ojos.

–Esto te conmueve hondamente, ¿verdad?

–Sí –respondió Anne con apenas un hilo de voz, mirando por la ventana al cielo. Desaparecidas ya las últimas huellas del día, estaba violeta oscuro. Solo se veían unas cuantas nubes de color lavanda. Esta hora del día siempre le inspiraba calma, como si todo el trabajo duro estuviera ya concluido.

–Resulta agradable pensar sobre ello –prosiguió–. Cuando lo has dicho hace un momento, ha hecho que me sienta, no sé, menos sola. Creo que María me entendería... y sentiría pena por mí. Su hijo murió también. Justo el otro día pensé en eso. Ella me entendería. Especialmente si era así.

Y señaló al cuadro que colgaba en la pared.

–Era así –dijo Paul–. Y es así. Cerca de Jesús hasta el final.

–¿Qué has dicho?

–Cerca de Jesús hasta el final –repitió–. Es de una oración sobre María que me gusta mucho. De hecho, creo que esas palabras figuraban en el reverso de la tarjeta que te di el otro día.

Anne abrió los labios para hablar, pero permaneció callada.

–¿Te puedo hacer una pregunta? –dijo Paul.

Anne asintió con la cabeza.

–Si María siente pena por ti, ¿crees que su hijo también podría sentirla?

Nunca había pensado en los dos juntos de esa manera. Como dos seres humanos capaces de sentir pena por alguien.

—Y si el hijo de María puede sentir pena por ti, ¿no crees que Dios también podría?

Anne se quedó mirando fijamente su café.

—No lo sé —dijo—. ¿Qué crees tú?

—Dios es misericordia —contestó Paul—. Así que creo que Dios te mira desde lo alto con el mayor amor imaginable. ¿Y qué ve Dios en estos momentos? A una madre llena de amor que echa de menos a su hijo más de lo que puede expresar. Y más de lo que yo puedo imaginar. Dios es todo misericordia y te ama, Anne. Dios entiende tu ira y tu dolor y, en cierto modo, te ama incluso *más* por todo eso. Dios nos ama más cuando lo estamos pasando mal, del mismo modo... del mismo modo en que *tú* amabas más a Jeremiah cuando él lo pasaba mal o tenía dificultades.

Anne sollozó.

—¡Oh Dios, *cuánto* lo echo de menos!

—Lo veo, lo veo. Y Dios también lo ve.

Luego, ella se secó los ojos y miró de frente a Paul.

—Entonces, ¿qué hago con todo esto?

—Puedes continuar siendo honesta con Dios sobre lo que estás viviendo. ¿Por qué no le dices cómo te sientes?

—¿Quieres decir orando? En realidad, yo no oro.

—Creo que sí lo haces. Esa oración que le dijiste a Dios fue buena, ¿sabes?

Anne se rio entre lágrimas.

—¿Te refieres a cuando le dije: «¡Te odio!»? Mi padre se habría horrorizado de oírme decir eso.

—Pero fue honesto. Por supuesto, no puedes estar diciéndole eso todo el tiempo. No más de lo que podrías estar diciéndoselo a un amigo un día sí y otro también. Pero expresó lo que sentías en aquel momento —dijo Paul—. Y Dios quiere tu honestidad. Al igual que la querría cualquier buen amigo.

Anne miró de nuevo al cuadro de María.

—Muchas personas piensan que no les está permitido enfadarse con Dios —prosiguió el abad, cambiando de posición en la butaca—. Pero el enfado, la ira es parte natural de la vida. Muestra que somos humanos. Jesús también se enojó. ¿Lo recuerdas? Se enfadó con algunas personas de su tiempo. Los llamó «generación incrédula y perversa». Se enfadó con los mercaderes del templo...

—Pero él era Dios —objetó Anne.

—También era humano. Por eso se enfadaba. Como tú puedes enfadarte. Puedes decirle a Dios cómo te sientes. Dios está acostumbrado a la ira de los seres humanos. ¿Conoces el Salmo 13?

Anne esbozó una sonrisa.

—No.

—¿Hasta cuándo, Señor?

—¿Perdona?

—«¿Hasta cuándo, Señor?». Así comienza el Salmo 13. Es el grito de alguien que se siente abandonado por Dios.

Paul se levantó, se dirigió a su escritorio, tomó una Biblia ya ajada, buscó el salmo y comenzó a leer:

—«¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidas para siempre?

¿Hasta cuándo me escondes tu rostro?

¿Hasta cuándo he de estar cavilando
con el corazón apenado todo el día?

¿Hasta cuándo va a prevalecer mi enemigo?».

—¿Es eso un salmo?

—¡Ajá! Hay un grupo entero de salmos, los llamados «salmos de lamentación», que tratan básicamente de personas que están tristes o enfadadas o decepcionadas con Dios. Y que suplican ayuda. El verso siguiente tiene mucha, mucha fuerza. Aquí lo cantamos varias veces al año. Algunas traducciones dicen: «Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío». Pero otra reza: «¡Mírame! ¡Respóndeme!».

Anne no sabía qué decir; así que no dijo nada. Sentía una extraña conexión con quienquiera que fuera el que había compuesto ese salmo.

—¡Respóndeme! —dijo finalmente—. Así es como me siento yo.

—¿Por qué no intentas decir a Dios cómo te sientes?

—¿Y cómo se hace eso?

—Bueno, podrías imaginar sencillamente que estás conversando con él. Algunas personas se imaginan a sí mismas en presencia de Dios, sin más detalle. Otras se imaginan que Dios está sentado en una silla a su lado.

—¿En serio?!

—Vale, no he dicho nada —dijo Paul—. También podrías escribirle una carta a Dios. Tal vez podrías escribir tu propio salmo de lamentación.

—¿Acaso no sabe Dios ya lo que pienso?

—¿Y acaso no sabe un buen amigo tuyo ya qué piensas? ¿No sabían tus amigos cómo te sentías en el entierro de Jeremiah? ¿No compartiste con ellos tus sentimientos de todos modos? Todo eso forma parte de una relación cercana.

Anne pensó en la capacidad de escucha de Kerry.

La campana de la abadía repicó.

—Llama a completas —dijo Paul—. ¿Te gustaría unirse a nosotros?

—No, no.

Ella se levantó de la butaca y miró por la ventana al cielo, en el que una astilla de luna asomaba por encima del campanario de la iglesia.

—Gracias por tu tiempo. Dile al padre Edward, por favor, que me gustaría verlo en algún momento.

—Se lo diré, no te preocupes.

Paul abrió un armario y sacó algo de una estantería.

—Toma —dijo, entregándole a Anne una caja de confituras de regalo—. Si te entra hambre mientras escribes esa carta, puedes comer un poco de mermelada de arándano.



El padre Paul se sentía contento de haber tenido esta conversación con Anne. Aunque disfrutaba de la vida en la abadía, también valoraba las oportunidades de hacer trabajo pastoral. Por supuesto, como le recordó tras su elección el padre David, uno de los abades anteriores, todo el tiempo que un abad dedicaba a sus hermanos de comunidad –visitando a los enfermos y ancianos ingresados en la enfermería, alentando a los jóvenes novicios en momentos de confusión, asesorando a los hermanos encargados de la fábrica de mermelada en lo relativo a la gestión; de hecho, cualquier minuto que pasaba con un monje en la abadía– era trabajo pastoral.

–Sabes a qué me refiero –repuso Paul–. Es bueno hablar con personas de fuera.

–Totalmente de acuerdo –dijo el padre David con jovialidad–. Además, hablar con seglares nos recuerda que los monjes no somos los únicos que tenemos problemas.

Pero era algo más que eso. A Paul le gustaba ayudar a personas que no gozaban de demasiadas oportunidades de descubrir a Dios en sus vidas. La vida monástica hacía que fuera más fácil encontrar a Dios. No es que él creyera que los monjes eran más santos que los demás; de hecho, sentía que lo contrario ocurría con mayor frecuencia.

El día entero de un monje giraba en torno a la alabanza de Dios. «La vida monástica hace que sea difícil olvidarse de Dios», le dijo su maestro de novicios. Las personas de fuera, en cambio, estaban sometidas a presiones que dificultaban recordar a Dios. Entre ellas, por ejemplo, las limitaciones de tiempo. Por eso creía Paul que madres y padres y médicos y abogados y maestros y conserjes –o al menos muchos de ellos y ellas– eran más santos que los monjes. Tenían que hacer sitio para Dios en un mundo que con frecuencia lo relegaba.

Esa era otra razón por la que le gustaba hablar con los visitantes. Paul era capaz de descubrir en ellos esa santidad. Y de continuo le asombraba constatar, por muchas veces que lo hubiera visto, de qué forma tan personal e íntima obraba Dios en los seres humanos. Podía ver cómo Dios adaptaba su proceder a cada individuo. En una persona actuaba a través de una relación cercana con alguien, en otra a través de la oración, en una tercera a través de un libro, de la música, la naturaleza, el baile, los niños, los compañeros de trabajo o el arte.

Paul sabía que esto era una gracia: veía a Dios casi en todas las personas con las que trataba. Como lo hizo en Anne, quien parecía estar siendo atraída a Dios, aunque no era consciente de ello todavía. Aun en su dolor, Anne parecía abierta a lo que Paul tenía que decir.

Mark era otra persona a la que Paul sentía que había sido capaz de ayudar, siquiera en pequeña medida. Cuando empezó a trabajar en la abadía, Mark parecía frustrado y perdido. Su frustración lo hacía en ocasiones taciturno y reservado; incluso se le veía abatido. Paul se preguntaba si el hecho de haber sido despedido del estudio de arquitectura en Boston lo había sumido en una depresión suave.

Con el tiempo, Mark empezó a abrirse a Paul, sobre todo cuando los dos iban juntos a resolver algún asunto. Hombre activo y en ocasiones nervioso, rara vez se detenía lo suficiente para propiciar la clase de conversación en profundidad que Paul estaba acostumbrado a tener con sus hermanos de comunidad. Cuando iban a examinar un árbol podrido que debía ser talado o a inspeccionar un grifo que goteaba en el dormitorio de los monjes, o mientras lo ayudaba a preparar el refectorio para una gran celebración, Mark le contaba a Paul algo de su vida.

Las preguntas de Mark se centraban por regla general en dos temas: trabajo y relaciones amorosas. La mala fortuna en su vida profesional –perder el trabajo le había minado la autoestima– parecía su mayor preocupación. Pero, a juicio de Paul, había una cuestión más profunda: la soledad. Mark salía con muchas mujeres y, aunque aludía a ello solo ocasionalmente, se acostaba con bastantes de ellas. A veces se emborrachaba en algún bar del centro y terminaba en la cama con cualquier chica que hubiera conocido esa noche. Paul pedía en oración ser capaz de ayudar a Mark a comprender que, con independencia del trabajo que realizara, ya como arquitecto, carpintero o encargado de mantenimiento, era valioso a ojos de Dios. Y que la vida tenía que ver más con el amor y la intimidad que con las conquistas sexuales aleatorias, por maravilloso que fuera el sexo.

–¿Y qué sabrás tú sobre sexo? –le dijo Mark una tarde.

–Te recuerdo que no siempre he sido monje –replicó Paul.

–¡Ay, *pillín*!

El abad se rio y confesó que, si bien nunca había sido un conquistador, antes de entrar en el monasterio había salido con dos chicas, de las que había estado enamorado.

–Y todavía siento los impulsos normales de todo ser humano.

Paul pensaba que era saludable para ellos hablar sobre sus respectivas vidas: uno como alguien que buscaba esposa, otro como alguien que había hecho un voto de castidad, pero que todavía deseaba amar y ser amado. Paul rezaba para que Mark sintiera mayor respeto por sí mismo, por lo que hacía, por la persona que era. A veces pensaba que la promiscuidad de Mark enmascaraba el hecho de que no se sentía digno de una relación estable. Mark había venido prácticamente a reconocérselo unas semanas antes:

–Me preocupa que mi valor dependa de que una chica salga conmigo o no.

Paul esperaba sobre todo ser capaz de ayudar a Mark a comprender que Dios lo amaba.

Mark también tenía una visión extrañamente idealizada de la vida monástica. A la mañana siguiente de una acalorada discusión con una de sus novias, Mark dijo:

—Tal vez debería venirme a vivir aquí; así no tendría que lidiar ya más con seres humanos.

Paul le replicó:

—¿Y quién piensas que vive aquí?

El abad a menudo tenía que recordarle a la gente de fuera que el monasterio no era un paraíso. Describir la vida en la abadía era como describir un buen matrimonio: difícil de sintetizar. No era perfecta, cierto, pero a él le gustaban tantas cosas de ella... desde el día que llegó a la abadía.

Pero podía ser algo solitaria. Incluso después de muchos años en el monasterio, Paul se descubría a menudo a sí mismo imaginando cómo sería estar casado con una de las dos novias que había tenido en la universidad. El hecho de que una de ellas acabara de divorciarse parecía hacerla más «disponible», aunque Paul se preguntaba si ella pensaría alguna vez en él. Si bien disfrutaba la vida en comunidad, echaba en falta la intimidad asociada a lo que los monjes llamaban una «relación exclusiva». Echaba mucho en falta el sexo y pensaba en él a diario. Su vida anterior le había enseñado los placeres asociados a esa dimensión de la vida.

Aún más echaba en falta una persona en la que poder confiar, con la que poder contar y que, a su vez, confiara en él y contara con él. Su maestro de novicios le había dicho que el mayor desafío de la vida religiosa consistía en saber que uno nunca será la persona más importante en la vida de otra persona. Paul sabía eso y lo aceptaba. Pero no le gustaba. En ocasiones, mientras oía a un monje quejarse de la comida por segunda vez en dos días, pensaba: «¿Y por esto he renunciado a una esposa?».

Se reprochaba estos sentimientos y luego se reprochaba habérselos reprochado. En tales ocasiones recurría a un verso del poeta jesuita Gerard Manley Hopkins que usaba con los novicios: «Dejad que me compadezca más de mi propio corazón» (*My own heart let me have more pity on*).

Así, por mucho que sentía que podía ayudar a Anne, le preocupaba un poco el hecho de que le resultaba atractiva. Durante su primera visita, se descubrió a sí mismo mirando demasiado fijamente sus ojos azules, disfrutando en exceso de la conversación con ella.

El abad de la abadía de los Santos Felipe y Santiago miró el reloj que sus padres le regalaron con motivo de su ordenación y cayó en la cuenta de que ya casi era la hora de vísperas. La campana tañó, y Paul sonrió. Realmente disfrutaba de la reconfortante estabilidad de la vida monástica. Decidió ofrecer una oración especial por Anne: que Dios la consolara en su dolor y que él, Paul, la ayudara lo mejor que pudiera.



«Estimado Dios», escribió Anne.

Este era su quinto intento; varias cuartillas arrugadas en la papelera daban fe de ello. Se levantó de la mesa de la cocina y caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver el interior de las casas de algunos de sus vecinos, que estaban terminando una cena tardía, lavando platos o viendo la televisión en sus dormitorios. Su casa era ahora muy silenciosa. Nunca había sido capaz de entender cómo un solo niño podía hacer tanto ruido, y con frecuencia le había insistido a Jeremiah en que no pegara portazos, no hablara por teléfono tan alto ni gritara mientras jugaba a la videoconsola con sus amigos en casa; pero ahora echaba en falta ese alboroto. Aunque le gustaba el silencio que reinaba en el monasterio, el silencio en su casa era diferente. Uno era una presencia; el otro, una ausencia.

Miró la reproducción del cuadro de María y Jesús pegada a la puerta del frigorífico con un imán.

«Aunque no estoy segura de seguir creyendo en ti, me gustaría decirte algo: no comprendo por qué me has quitado a Jeremiah. Por qué te lo has llevado de este mundo. Por qué le hiciste morir del modo en que murió. Por qué él murió y sus amigos siguen vivos. No es que los quiera muertos también a ellos, no; lo que me gustaría es que mi hijo estuviera vivo. Nunca lo entenderé. Nunca. ¡Era un niño tan precioso! De pequeño tenía una risa dulcísima. Era el sonido más hermoso que nunca he oído. Su padre solía decir que debíamos embotellar su risa y administrársela en grandes dosis a quienes estuvieran tristes, porque los curaría de su tristeza. Jeremiah se reía de todo. Cuando nació, no podía creer cuánto lo quería. ¡Sencillamente no podía creerlo! Era como si durante años hubiese estado acumulando esta secreta reserva de amor solo para él, y toda ella hubiese aflorado el día de su nacimiento.

En sus primeros años era inmensamente curioso. Desde que empezó a gatear, lo exploraba todo. Revolvía los aparadores y trataba de abrir con sus manitas regordetas todos los armarios, porque tenía que ver lo que había dentro. En una ocasión, me dejé abierta por despiste la puerta del armario del vestíbulo, y él se alzó lo suficiente para agarrarse a una balda y tirarse un edredón encima. Simplemente se rio; no sintió miedo.

Otros niños hubieran llorado. Pero a él le encantaba. Sí, le encantaba descubrir el mundo. Cuando la gente lo veía gatear de aquí para allá, me decían: “¡Ten cuidado cuando empiece a andar!”. Su padre le regaló una pequeña camiseta que decía: “¡Aquí llegan problemas!”.

Pero no era un alborotador, no era nada problemático. Era un niño encantador. Le apasionaba observar a las hormigas entrar en sus pequeños agujeros en las aceras y a los pájaros posados en el comedero, y podía pasarse horas y horas buscando insectos bajo las piedras del jardín. También le gustaban los libros. Todos los libros ilustrados y las guías de los lugares donde habíamos estado Eddie y yo. “¿Dónde queda esto? ¿Y esto? ¿Y esto?”, preguntaba. En una ocasión me dijo que él miraba los mapas de la manera en que Dios nos mira a nosotros. No puedo creer que me haya acordado de eso. Cuando tenía tres años, le compré un pequeño globo terráqueo de plástico, y jugaba con él como otros niños juegan con pelotas de béisbol. Durante unos cuantos meses lo estuvo llevando consigo a todas partes.

Cuando su padre nos abandonó, me preocupaba que no hubiera un hombre cerca de él y que yo no fuera capaz de criar sola a un niño, pero lo hice; y más tarde me preocupaba que Jeremiah fuera demasiado tímido para hacer amigos, pero luego se las arregló muy bien. Algunos niños se burlaban de él en la guardería porque tartamudeaba un poco; al llegar a segundo curso, la tartamudez prácticamente había desaparecido y él logró adaptarse. Los profesores lo adoraban, porque era muy dulce.

¿Sabes qué, Dios? Siempre me preocupó que pudiera convertirse en alguien a quien yo no supiera cómo tratar, sobre todo conforme se hacía mayor. Que me sorprendiera y se convirtiera en alguien distinto. Me aterraba la posibilidad de perderlo. Conocía a no pocos adolescentes hoscos. Pero él era bueno. Más que bueno. Toda su vida lo fue. Era un chico encantador. ¡Cuánto lo quería! No era perfecto. ¿Quién lo es? Yo no; su padre, ciertamente, tampoco. Pero Jeremiah era un niño precioso. ¡Precioso, precioso, precioso!

Luego, cuando empezó a juntarse con Brad y los chicos del barrio, realmente floreció. ¡Le encantaba jugar con ellos! Y a mí verlo sucio y riendo; si se hacía daño, no le importaba, porque estaba con ellos. Parecía que no tenían miedo de nada, y él...».

Sintió que se le cerraba el pecho y tuvo la tentación de dejar de escribir. Pero tachó «y él», puso un punto después de «nada» y prosiguió.

«Tal vez deberían haber sido más cautos. La tarde del accidente, Jeremiah me rogó que los llevara al cine. Me rogó una y otra vez: “¿Podrías llevarnos en coche?”. Los padres de los demás estaban ocupados. Pero yo no quería que viera esa película. Era demasiado violenta, y la ponían a una hora demasiado tardía. Tengo que recordar eso. Me lo dijo la psicoterapeuta. Lo estaba protegiendo. Es verdad; lo estaba protegiendo, porque lo amaba. Debo recordar que no quise llevarlo al cine y que le insistí en que se quedara en casa, porque lo amaba.

Te contaré otra cosa, Dios. Cuando la policía llamó a la puerta de casa, supe de qué se trataba. Sencillamente lo supe. Ese golpe en la puerta sonó aterrador. Eres el único al que le he contado esto. Lo supe en cuanto oí el golpe. Tan fuerte. Cuando abrí la puerta, se me cortó la respiración. Vi los uniformes azules y oí las voces de los policías y

empecé a gritar. A veces veo ese terrible color azul en mis pesadillas. Me siento como si no hubiera dejado de gritar desde entonces.

Oh Dios, ¿por qué hiciste esto? ¿Cómo le pudiste hacer esto a mi precioso niño, que amaba tu mundo y a quien yo quería tanto? ¡Cuánto lo echo de menos! Daría cualquier cosa por volver a verlo, aunque únicamente fuera una vez más. Solo para despedirme de él y abrazarlo y besarlo y decirle cuánto lo quiero. No sé si existe el cielo, pero quiero volver a ver a mi hijo. Como no puedo creer que ya no lo veré más, supongo que ahora creo en el cielo».

Anne soltó el bolígrafo. Se sorprendió al releer la carta. No destilaba tanta ira como pensaba que haría. Había en ella más tristeza que enfado. Trataba más de Jeremiah que de Dios. Era un intento de hablarle a Dios sobre Jeremiah. Se preguntó si era esto lo que el padre Paul tenía en mente. Quizá no fuera la manera en que se suponía que había que escribirle a Dios. Tomó la carta y buscó en un aparador del comedor un sobre en el que meterla. En el fondo del cajón había uno. Dobló la carta cuidadosamente y la metió en el sobre.

La volvió a sacar, porque había olvidado algo. En la parte inferior de la hoja escribió: «Anne».

¿Y ahora qué?



Uno de los asideros que ayudaron a Anne a mantenerse a flote tras el accidente fue la jardinería. La lista de medidas para conservar la cordura incluía: cenas con Kerry, quien siempre la hacía reír; clases de yoga en Bryn Mawr, no lejos de Filadelfia, lo que infundía a sus fines de semana cierta calma; hablar por teléfono con su compañera de cuarto en Haverford College; ir a trabajar a diario, aunque no siempre le entusiasmaran las tareas a desempeñar; y largos paseos a orillas del río Wissahickon, especialmente en primavera y verano.

Pero a la jardinería podía dedicarse sin necesidad de salir de casa, o al menos del jardín trasero, lo que agradecía cuando no tenía ganas de ver a nadie ni de conducir. Aun sintiéndose deprimida, podía trabajar al aire libre en solitario. Además, le gustaba ponerse el sombrero jardinero de paja de su madre y los viejos guantes de lona de su padre, que olían a años y años de trabajo, así como introducir sus manos en la tierra húmeda y sentir que estaba haciendo algo útil.

Hoy estaba plantando un montón de cinias, caléndulas, pensamientos y dragones que días antes había comprado de saldo en el supermercado. Los tonos naranjas, amarillos, rosas y púrpura de las flores componían una imagen tan espléndida en las estanterías metálicas a la puerta del establecimiento que metió en el carrito de la compra tantas bandejas de plástico verde como cupieron, colocándolas sobre los comestibles.

El cobertizo era una de las pocas cosas dejadas por su marido al marcharse que ella podía usar sin sentir resentimientos hacia él. Eddie había sido su novio desde el instituto y, aunque ya entonces le preocupaba la indolencia que mostraba, su falta casi absoluta de iniciativa tras graduarse de la universidad la desconcertó. Su trabajo en una compañía de seguros le reportaba buenos ingresos, pero no parecía tener el más mínimo interés en ascender profesionalmente.

Con todo, a Anne le molestaba mucho más la negligencia con la que cuidaba de Jeremiah. Nunca supo si respondía a impericia o a abulia. Eddie había vivido con gran entusiasmo todo el embarazo, leyendo libros, buscando en internet información sobre cómo cuidar un bebé y ayudándola tanto como lo haría cualquier futuro padre. Cuando nació Jeremiah, Eddie estaba jubiloso: pasaba horas y horas mirándolo en la cuna, le

compraba camisetas y baberos de los Eagles y los Phillies y enviaba fotos del bebé a su familia; incluso se lo llevó un día al trabajo para presumir de él ante sus amigos.

Pero al cabo de un año, cuando se hizo patente que ser padre no consistía en presumir de bebé, o sea, cuando hubo que cambiar pañales, levantarse de madrugada para darle el biberón a Jeremiah o llevarlo al pediatra a causa de una de sus frecuentes infecciones de oído, Eddie era en gran medida un cero a la izquierda.

—Estoy muy cansado, ya no puedo con esto —dijo durante uno de los ataques de llanto nocturnos de Jeremiah.

—¿Y crees que yo no estoy cansada? —gritó ella, alzando la voz por encima de los chillidos del bebé.

Eddie amaba a Jeremiah. Solo que no quería ocuparse de él.

De ahí que a Anne no le impresionara tanto como a sus amigas que él decidiera que debían «pasar un tiempo separados». Kerry le dijo a Anne que, si Eddie fuera su marido, lo castraría.

—Si es que tiene huevos —precisó la propia Kerry.

En aquellos años, Anne estaba tan ocupada cuidando de Jeremiah, trabajando en la empresa de contabilidad y conduciendo de su casa a la guardería y al revés que no le quedaba energía para pensar en otra cosa que no fuera su hijo.

—Estoy demasiado cansada para enfadarme.

En todo caso, se sentía decepcionada. Triste, pero no enojada. Al menos, no todavía. La persona que creía conocer mejor había resultado ser alguien a quien, a la postre, no conocía en absoluto.

Así, cuando Eddie le solicitó el divorcio, ella se lo concedió. Sin más historia. La pensión alimenticia no era grande —nada sorprendente dada su irregular trayectoria laboral—, pero ayudó, máxime cuando Jeremiah era pequeñito. Anne solo se enojó con Eddie años más tarde, cuando se percató de la magnitud de su colosal irresponsabilidad.

Al extraer las caléndulas de las macetas de plástico, las raíces salían con un crujido audible. Se arrodilló en la orilla de su jardín trasero, apartó con la mano enguantada un poco de tibia tierra marrón, excavó un pequeño agujero, echó en él un puñado de fertilizante y un poco de agua, colocó allí unas cuantas caléndulas amarillas y naranjas, cubrió el resto del agujero con tierra y la compactó con unos golpecillos que la llenaron de satisfacción. Esta era la parte que prefería del trabajo de jardinería: apisonar la tierra con suavidad. Siempre le había pedido a su madre, la jardinera de la familia, que le dejara hacerlo durante sus plantaciones anuales. Sentía que así estaba protegiendo a la planta.

Regó las flores por su base y roció los pétalos, pues sabía que no era conveniente echarles mucha agua durante las horas de luz. Su madre le había dicho muchas veces que el exceso de agua podía hacer que los pétalos y las hojas se abrasaran, si el sol caía a plomo.

—Se trata de regarlas, no de hornearlas —le decía.

Anne recordó el tacto de la mano de su madre dirigiendo la suya, ayudándola a sostener la misma regadera metálica abollada que ella estaba usando ahora. ¿Cuántos

años tenía entonces? ¿Ocho? ¿Diez?

Un pequeño gusano, desenterrado por las tareas de plantación, se retorció en lo alto de un montículo de tierra: indefenso, confundido, cegado. Anne sintió pena por el animalillo, que se enroscaba y daba vueltas. Delicadamente, lo puso fuera del alcance de su paleta. Se preguntó si sería mejor enterrarlo a poca profundidad o dejarlo que regresara por sí solo bajo la tierra. Lo dejó. Un zorzal petirrojo gorjeó, invisible, desde la rama de un pino en el jardín del vecino.

Por puro placer, se quitó los guantes de su padre y hundió las manos, casi hasta las muñecas, todo cuanto pudo, en la oscura tierra removida, a fin de sentir su tibieza.

Plantó luego las cinias y los pensamientos, dejando los dragones, sus favoritos, para el final. De niña, cuando iba en bici al colegio, a menudo se detenía en un prado contiguo al centro para ver los dragones silvestres mecidos por el viento, con sus flores de color amarillo brillante y lavanda grisáceo inclinadas al sol. Fue este recuerdo el que le vino ahora a la mente. Se preguntó de súbito si Jeremiah había heredado de ella el amor a la naturaleza. ¿Por qué no había pensado en ello antes?

Aún arrodillada, alzó la cabeza hasta quedar ras en ras con las flores más altas. Las cinias naranjas y rojas que había plantado la semana pasada habían agarrado. Ya eran casi tan altas como los nuevos dragones rosas. Y por debajo de ellas, las caléndulas amarillas y naranjas cubrían cada centímetro del jardín. De repente, Anne experimentó una desconocida percepción de belleza. Los vivos colores de las flores bajo la brillante luz solar de mayo componían una imagen de postal. Anne podía oír el débil zumbido de una cortadora de césped, traído por el viento; pero aparte de eso, reinaba el silencio.

Tuvo entonces una sensación extraña, casi como si Dios estuviera compactando la tierra que rodeaba su vida. Se sintió reconfortada. Sosegada.

Levantó la vista, como esperando que alguien dijera algo. Pero allí no estaba sino el viento.

Era extraño. Mientras regaba las flores recién plantadas, sintió el deseo de preguntarle al padre Paul sobre estos sentimientos. Puso los ojos en blanco. «¿Quién me hubiera dicho hace meses que iba a estar pensando en un monasterio mientras planto flores!».

—¡Hola! —dijo una voz masculina a su espalda.

Todavía de hinojos, Anne se giró y vio las piernas bronceadas y sudorosas de Mark. Llevaba pantalones cortos de nylon, deportivas ajadas y una camiseta de los Red Sox desteñida; parecía haber terminado de correr. Kerry le había dicho en una ocasión que encontraba a Mark muy atractivo, y Anne no pudo sino darle la razón. Unos años antes quizá habría ido a por él, pero la diferencia de edad entre ellos la disuadía. Kerry, que no estaba de acuerdo, le había dicho: «¡Venga, mujer, ánimo!».

Mark preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias —respondió ella—. Pero es un detalle que me lo preguntes. Ya prácticamente he terminado.

Se levantó, se quitó la tierra de las manos y se sacudió también la que se le había

quedado en los pantalones cortos.

–El jardín tiene muy buen aspecto. Oye, ¿cómo va el coche?

–Es una tartana –dijo ella, sonriendo–, pero funciona.

–Me alegro.

Por la forma en que él la miraba –esa rápida evaluación visual de cara, piernas y todo lo demás en la que algunos hombres son expertos sin resultar descarados ni groseros–, Anne supo que a Mark no le disgustaba lo que estaba viendo en ella esa mañana.

–Por cierto –dijo Anne–, el otro día volví a pasar por tu monasterio.

–¿De verdad? ¿Y eso?

–¿Te acuerdas del monje que era amigo de mi padre, el padre Edward? Quería hacerle otra visita. Pensé que agradecería un poco de compañía.

–¡Qué amable por tu parte! ¿Disfrutaste conversando con él? Es muy divertido, ¿verdad?

–No, estaba enfermo, y no pude verlo.

–Ah sí, es verdad. El padre Paul me dijo que no se encontraba bien.

–Por eso, en vez de con él, hablé con el padre Paul.

Mark pareció sorprenderse un poco al oír esto, por lo que ella enseguida añadió:

–¿Sabes qué? Sí que *podrías* ayudarme con esta bolsa de fertilizante. Me dio un tirón muscular el otro día en yoga y me cuesta levantarla.

–Resulta irónico. ¿No se supone que con el yoga se adquiere mayor flexibilidad?

–Sí, y así es. Pero, ya sabes, a veces se pasa uno.

Mark levantó la pesada bolsa con una mano. «¡Chulo...!», pensó ella y le dio la espalda para guiarlo al cobertizo. Era bastante atractivo, y a Anne no le disgustó el interés que mostraba por ella, pero ¡qué niñato! Y ya había tenido suficiente de eso para toda la vida.

De algún modo, él llegó al cobertizo antes que ella. Anne rodeó con la mano la camiseta sudada de Mark y abrió la puerta.

–Déjala ahí sobre la repisa.

–Oye, ummm –dijo él, una vez que hubo salido del cobertizo–, ¿te apetecería que quedáramos un día de estos a tomar una copa?

Aunque vinieran de un niñato, siempre resultaba agradable recibir cumplidos.

–La verdad es que no tengo por costumbre salir con inquilinos.

A Mark se le desencajó la cara por un instante; pero, rehaciéndose, volvió a sonreír, fingidamente.

–Ah, ummm, no me refería a una cita, sino más bien, ya sabes...

–Sí, ya lo sé. Tan solo bromeaba.

Se dio la vuelta y echó a caminar de regreso al jardín, para ahorrarle a Mark la humillación adicional de que ella fuera testigo de su decepción.

–Podemos quedar a tomar una copa algún día, pero ahora mismo estoy muy ocupada. En cualquier caso, gracias.

–Perfecto. ¿Necesitas más ayuda?

–No; gracias de todos modos. Ya me has echado una buena mano.

Mark arqueó las cejas, sonrió y levantó la mano en un gesto de despedida. Luego, caminó deprisa hacia el jardín delantero de la casa y, tras atravesarlo, alcanzó la acera, donde continuó la carrera hasta su casa.

«Bueno, ¡qué situación más incómoda!». Anne pensó en cuánto echaba de menos el sexo y en cómo disfrutaba cuando lo hacía con Eddie a primera hora de la mañana durante los primeros meses de matrimonio. Se secó el sudor de la frente y luego recogió las herramientas de jardinería.

¡Pero esas flores...! ¡Y esa extraña sensación de bienestar! Quizá no estaría de más hablar de nuevo con el padre Paul.



Ese mismo día, algo después, Anne llamó a la hospedería, habló con Maddy y concertó una visita al padre Paul. Maddy le contó que el padre Edward se encontraba mejor, pero todavía no podía recibir visitas.

—Órdenes del abad.

El lunes le llevó la mermelada a Kerry a la oficina y depositó el tarro sobre su escritorio con un golpe.

—¡Mmmmm! Gracias. La mermelada de arándanos ha sido siempre mi favorita. Mi madre solía hacernos aquellos maravillosos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de arándanos y nos los metía en la bolsa del almuerzo para ir al colegio. Incluso nos llevábamos esos tarros cuando íbamos a la playa. Los monjes hacen una confitura alucinante. ¿Qué tal tu visita al monasterio? ¿Te han convertido?

Anne se rio.

—Yo ya soy católica, así que tampoco habría servido de mucho.

Más tarde, mientras almorzaban unos sándwiches con refrescos en el pequeño comedor de los empleados —una oficina en desuso con cuatro mesas, un minifrigorífico y una máquina de café poco fiable—, Anne le contó a Kerry su entrevista con el padre Paul y cuán amable había sido este con ella. No podía *no* contárselo a Kerry, pero también le preocupaba su respuesta. Kerry acababa de recriminarle, tras enterarse de lo que había ocurrido en el cobertizo con Mark, la forma en que lo había tratado.

—¡Está buenísimo! Al menos deberías haber aceptado salir con él a tomar una copa.

Anne le explicó que había ido a visitar al padre Edward y terminó hablando con el abad. Pero no le dijo nada sobre la carta que este le había invitado a escribir.

—¿El abad? —dijo Kerry—. ¿Es así como llaman a su líder? Supongo que tiene sentido. Al fin y al cabo, es una abadía, ¿no? ¿Es como la madre abadesa de *Sonrisas y lágrimas*? ¿Es una versión masculina de la madre abadesa? ¿Te animó a escalar todas las montañas?

Anne rio de nuevo.

—Creo que más bien es *ella* la versión femenina del abad. Aquí también cantan, pero no música de Rodgers y Hammerstein. Todo es canto gregoriano.

–Bueno, eso está bien –dijo Kerry–. Me alegro de que fuera agradable contigo. Te lo mereces. Los pastores que conocí de joven eran buena gente. La mayoría. ¿Te he hablado alguna vez de esos grupos de jóvenes presbiterianos a los que mis padres me obligaban a ir? Eran bastante divertidos. Patinaje sobre ruedas, patinaje sobre hielo. Al parecer, los presbiterianos patinan un montón. Y, además, helados. Siempre estábamos comiendo helados. Un fin de semana fuimos todos a una casa de retiro espiritual en algún lugar perdido de las montañas Pocono. Estuvimos todo el tiempo jugando y hablando de Jesús. Y hubo helados, por supuesto. Fue muy divertido, lo reconozco. Pero lo eclesial ya no es para mí. Me alegro de que te trate bien. ¿Cómo es?

–¿El padre Paul? –dijo, bebiendo un sorbo de su Coca-Cola Light–. Bueno, ya sabes. Es un sacerdote o un monje, así que... No lo sé. Es simpático. Y escucha. A mí de hecho, ummm...

–A ti, ¿qué?

–Creo que me gusta ir allí. Es un lugar tranquilo, ¿sabes? Y bonito. Y en el mundo hay cosas peores que los lugares tranquilos y bonitos.

–Cierto –admitió Kerry–. Pero ten cuidado, no te vayas a convertir en una fanática religiosa.

Anne dejó la lata de refresco sobre la mesa y levantó la mano derecha.

–Juro que no me convertiré en una fanática religiosa. Que Dios me ayude.



—No sé muy bien qué hacer con esto —dijo Anne, tendiéndole al padre Paul por encima de la mesa de centro un sobre blanco.

Se hallaban en el despacho del abad después de vísperas. La menguante luz solar se filtraba a través de las hojas del arce que se alzaba delante de la ventana de Paul, moteando la descolorida alfombra oriental y las butacas rojas en las que ambos estaban sentados. Unos minutos antes, Maddy había sorprendido a Anne saludándola con un abrazo y guiándola luego al despacho del abad.

Paul examinó el sobre desnudo. No tenía destinatario ni remitente.

—Lo siento, no entiendo. ¿Para quién es esto?

—Es la carta que le he escrito a Dios. ¿Recuerdas?

—¡Ah sí! Por supuesto —dijo Paul—. ¿Qué sentiste al escribirla?

—La verdad es que fue agradable poner mis pensamientos por escrito —contestó ella—. De hecho, pensaba que iba a enojarme más, pero no fue así; no sé por qué, pero no fue así. Estaba más triste que enojada. Y escribí más sobre Jeremiah que sobre Dios.

Anne hizo una pausa.

—¿Quieres leerla?

—No —respondió Paul, sonriendo—. Gracias.

Le devolvió la carta a Anne y luego alisó la parte delantera del escapulario negro que cubría su túnica blanca.

—Es una carta para Dios —prosiguió—, no para mí. Me alegro de que la hayas escrito. Y estoy seguro de que Dios ya ha oído lo que tenías que decir.

—Así lo espero. A veces no estoy segura de eso. A veces incluso pienso que, si Dios existe, no sé si querría conocerlo.

La mirada de Paul parecía invitarla a continuar.

—Lo que quiero decir es que a veces pienso que me *gustaría* creer en Dios. Y pienso en lo mucho que creían mis padres y en cuánto consuelo les proporcionaba la fe. Pero luego pienso en cómo *es* Dios. Para empezar, se llevó a mi hijo; ¿por qué tendría yo que querer creer en un Dios así? Eso parece muy... masoquista.

La cara del abad no reveló sorpresa ni desaprobación.

–Además –prosiguió ella–, sigo pensando en esta persona que desde el cielo me está juzgando el día entero, minuto tras minuto. Observando todo lo que hago: todas las veces que he dejado de ir a misa, todas las veces que he sentido ira después de la muerte de Jeremiah, todas las veces que me cabreé con mi exmarido... y marcando todo en casillas bajo las que puede leerse «bien» y «mal». Luego, al final de mi vida, habrá marcadas demasiadas casillas de la segunda columna e iré directa al infierno. Cuando era pequeña, mis padres solían decirme: «Nosotros no podemos ver todo lo que haces, pero *Dios* sí», y aquello me aterraba. ¿Quién quiere creer, pues, en un Dios así? Yo no.

–Yo tampoco –dijo Paul–. Ese no es el Dios en el que creo.

Anne, confundida, lo miró con los ojos entrecerrados.

–Mira, yo creo que Dios nos juzgará al final de nuestra vida. Jesús nos lo dice en los evangelios. Y, al menos tal como yo lo veo, un Dios que no juzgara lo que hacemos sería un Dios al que no le importaría cómo vivimos. ¿Y quién querría creer en un Dios que no se interesara por cómo nos tratamos unos a otros? Pero, para mí, Dios tiene mucho más que ver con la misericordia y el amor que con el juicio y el castigo. Eso lo vemos una y otra vez en las parábolas de Jesús. ¿Me permites hacerte una pregunta?

Anne asintió con la cabeza.

–¿Existe alguna semejanza entre la manera en que veías a tus padres y la manera en que ves a Dios?

Anne reflexionó sobre ello unos instantes.

–En ocasiones –prosiguió Paul– nuestras imágenes de Dios tienen su origen en cómo nos han tratado nuestros padres. Por ejemplo, si nuestros padres nos han juzgado de pequeños o han sido duros o estrictos con nosotros, solemos transferir esos atributos a Dios. Esto termina influyendo en cómo nos relacionamos con Dios. Esa es la razón por la que te hago esta pregunta.

Anne miró por la ventana y se esforzó por observar la puesta de sol a través de las hojas del arce.

–Me da vergüenza decir esto, porque quería mucho tanto a mi padre como a mi madre y eran realmente personas maravillosas, pero...

–No pasa nada, no te preocupes. No estoy diciendo esto para denigrar a tus padres, sino para invitarte a comprender mejor tu relación con Dios.

–Tengo que admitir –dijo Anne, aclarándose la garganta– que mis padres, si bien muy cariñosos, eran bastante, ummm, exigentes.

–¿En qué sentido?

–Por ejemplo –dijo ella, removiéndose en la butaca–, todas las noches tenía que firmar una pequeña hoja de papel pegada con un imán a la puerta del frigorífico en la que se decía que había realizado todas mis tareas de ese día; y tenía que asegurarme de dejar siempre recogidos los juguetes en mi habitación, porque, en caso contrario, mi madre se enfurecía; y todas las noches tenía que enseñarle a mi padre los deberes del colegio para que los revisara. Y si no hacía estas cosas, había bronca, se desataba un infierno.

–¿En serio? ¿Se desataba un infierno? Es curioso que emplees esa expresión.

–¿Qué quieres decir?

–Dios no es el trasunto de tus padres –dijo Paul–. El hecho de que tus padres fueran exigentes no significa que Dios también lo sea. A veces tenemos una imagen de Dios que no refleja realmente a Dios. Y nos quedamos atascados en esa imagen, en ese Dios. Estás hablando del Dios *de Anne*. Es el Dios de Anne el que es exigente y estricto. Ese es el Dios con el que no quieres relacionarte, el Dios de Anne.

–No estoy segura de pillarte.

–Estoy hablando de tus imágenes de Dios y de cómo influyen en la forma en que te relacionas con Dios. ¿Hay otras imágenes de Dios que te gusten?

De repente, Anne recordó su experiencia en el jardín. ¡Qué curioso! Había venido al monasterio para contarle esa experiencia a Paul, y se había olvidado de ella. Estaba contenta de haberla recordado. Era la razón por la que estaba aquí.

–De hecho, hace poco me ocurrió algo extrañísimo –dijo.

Paul extendió la mano derecha, con la palma vuelta hacia arriba, animándola a que se lo contara.

–El otro día estaba trabajando en el jardín. Es algo con lo que disfruto mucho. Fue el domingo pasado. ¿Recuerdas qué día tan fantástico hizo?

Paul asintió con la cabeza.

Ella le contó la historia: de cómo mientras plantaba las flores y compactaba la tierra con la palma de la mano, había recordado a su madre y tenido una percepción extraña, una sensación de Dios desconocida.

–Era –dijo Anne– como si Dios estuviera compactando la tierra... alrededor de mí, algo así.

Una sonrisa amable se dibujó en el rostro de Paul.

–¿Suenas descabellado?

–En absoluto. Dios es el jardinero que te cuida como una flor, que te alimenta, al igual que tú cuidas las plantas de tu jardín. Es muy bonito. También es maravilloso que relacionaras esa experiencia con una imagen reconfortante de tu madre. ¿Puedes dejar que esa sea tu imagen de Dios por ahora?

–¿Qué quieres decir?

–Que esa imagen quizá sea un don de Dios. Puede ser una forma que Dios tiene de invitarte a ver las cosas bajo una nueva luz. ¿Quién dice que tienes que pensar en Dios como juez? ¿Quién dice que esa es la única imagen de Dios que puedes usar? Hay montones de imágenes de Dios. Y creo que Dios te acaba de dar una nueva.

Anne lo miraba, bebiendo sus palabras.

–Es curioso –prosiguió Paul–, pues se trata de una imagen común en la vida espiritual. Como sabes, cuando Jesús resucita de entre los muertos y se aparece a María Magdalena, ella piensa que es el jardinero.

–Sí, recuerdo ese relato. Siempre me ha parecido difícil de entender.

–Es un poco enigmático. Resulta extraño que María no pueda reconocer a Jesús después de la resurrección. Después de todo, ella lo conocía bien. Pero tal vez el aspecto que tenía después de resucitar era un poco... diferente. En cualquier caso, María piensa

que está ante el jardinero hasta que él pronuncia su nombre. Desde entonces existe una tradición de pintar a Jesús como jardinero. Así, verás cuadros en que Jesús se le aparece a María con herramientas de jardinería en las manos. Es algo realmente hermoso.

Anne podía sentir cómo algo dentro de ella se estaba relajando, acompasándose a la voz de Paul. Quería escuchar más sobre el tema y se alegró de que el monje continuara su explicación:

—Y hay todo tipo de formas maravillosas de pensar al respecto. Desde un punto de vista espiritual, claro. A uno de los monjes mayores de nuestra comunidad le gusta decir que Dios ara nuestras almas y remueve la tierra, como uno hace en su jardín, para que pueda plantarse algo nuevo. Como cuando se quitan piedras y se arrancan hierbas para hacer sitio en primavera a las plantas recién plantadas, ya sabes. Dios sacude un poco las cosas en nuestra vida, y a veces resulta duro y doloroso, pero ese remover la tierra posibilita que algo nuevo arraigue y florezca.

Esta imagen le pareció interesante a Anne, que sonrió.

Paul le preguntó:

—¿Sabes algo sobre santa Teresa de Lisieux?

—No estoy muy puesta en santos.

—A menudo se la llama también «la Florecilla» y...

—¡Anda! —dijo Anne—. ¿La Florecilla? Sí, me acuerdo de ella. Mis padres tenían una imagen suya en su dormitorio. Pero no sé casi nada sobre ella. ¿Cuál es su historia?

—Pues mira: Teresa de Lisieux fue una monja carmelita de finales del siglo XIX en una pequeña ciudad francesa llamada, no hace falta decirlo, Lisieux. Perdió a su madre cuando era pequeña, quizá a los tres o cuatro años de edad; su padre la adoraba, y sus hermanas la malcriaron. Vivió en un monasterio de clausura, por lo que uno pensaría que, después de ingresar en el monasterio, ya nadie volvería a saber de su existencia. Pero escribió una biografía maravillosa, sencillamente magnífica. Sea como fuere, hay un pasaje sobre la forma en que Dios nos mira, como si fuéramos su jardín y... Espera un segundo.

Paul se dirigió a la estantería y tomó un libro de bolsillo gris, sobado y con las esquinas dobladas. Lo hojeó.

—Aquí está.

Se sentó y leyó un pasaje que, según pudo ver Anne, estaba subrayado con tinta azul:

—«Comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que, si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas... Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y estos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos».

—¡Qué bonito! —dijo Anne.

—Así pues, la imagen de que formas parte del jardín de Dios está en sintonía con algunas imágenes de los santos. Pero lo decisivo, Anne, es que se trata de una imagen que *te* ha sido dada por Dios. Reflexiona sobre esta pregunta: ¿de dónde crees que procede la imagen?

—No lo sé. ¿De mi imaginación?

—Eso es cierto, pero también podrías decir que Dios plantó esa semilla en tu imaginación, preparada para florecer en cuanto tú estuvieras lista. Así es cómo Dios se comunica con nosotros: de formas muy personales.

Anne se recostó en la butaca. La idea de que Dios era algo o alguien, o lo que fuera, con quien era posible comunicarse le resultaba nueva. Y desconcertante.

—Es demasiado para asimilar de una vez.

Paul esperó.

—Pero resulta agradable —agregó Anne.

—Dios quiere entablar relación con nosotros —dijo Paul—. Y quiere entablar relación *contigo*. Y el primer paso en esa relación consiste en confiar en que esto es verdad. Como en cualquier relación. Y también implica reconocer que estas clases de experiencias son la forma que Dios tiene de iniciar la conversación. ¿Suena esto a un Dios juez?

—No, desde luego que no.

—De hecho, si piensas sobre las imágenes de Dios que Jesús emplea en los evangelios, hay bastante más que solo un Dios que juzga. Es cierto que Jesús habla sobre el juicio final, pero es mucho más lo que dice sobre el Dios compasivo y misericordioso.

—¿Por ejemplo?

—La parábola del hijo pródigo, en la que el hijo se marcha de casa, se gasta toda la herencia y luego regresa. La mayoría de las personas saben que el padre lo recibe con los brazos abiertos. Pero en ocasiones olvidan que lo hace antes de que el hijo se disculpe siquiera. Quiero decir que en el relato el hijo decide pedir perdón, pero el padre sale corriendo a abrazarlo antes de que el hijo pueda abrir la boca. Esta es una de mis imágenes favoritas de Dios. Claro que juzga: el padre, a buen seguro, no aprueba el comportamiento de su hijo; pero lo que el padre hace sobre todo es acoger, perdonar, amar.

Anne lo miró con atención.

—O piensa en la mujer que perdió una moneda. ¿Recuerdas esa parábola?

—Lo siento, ahí me pillas.

—No pasa nada. Esta no es tan conocida. Jesús dice que Dios es como la mujer que pierde una moneda y barre la casa entera para encontrarla. Hasta ese punto desea Dios encontrarnos. Algo parecido se nos dice en la parábola de la oveja perdida, en la que Dios es el pastor que se deja el rebaño atrás para ir en busca de la oveja perdida. Son imágenes de un Dios que nos busca sin cesar. Y ese es el Dios que te está invitando justamente ahora a...

—¿A qué?

—A entrar en relación con él.

Anne se reclinó en la butaca y miró por la ventana a las nubes naranjas y rosas. Sintió una extraña mezcla de miedo, curiosidad y euforia. Pero sobre todo curiosidad. Porque no podía negar lo que había experimentado en el jardín. Había ocurrido. Como tampoco podía negar que las palabras del padre Paul le resultaban atrayentes. Lo eran. También a ella le gustaban esas imágenes de Dios. Pero la idea de que Dios pudiera comunicarse con ella le parecía extraña. Y también la asustaba un poco. No quería convertirse en una especie de fanática religiosa ni ir diciéndole por ahí a la gente que Dios le hablaba.

—De acuerdo. Lo intentaré. ¿Qué debo hacer?

—¿Por qué no dejas sencillamente que Dios sea Dios —dijo Paul— y que siga hablándote en la forma que mejor le parezca? Y déjale ser Dios, no el Dios de Anne, no tus viejas imágenes de Dios, sino *Dios*. Y quizá en algún momento quieras decirle tú algo a él.

Y con una sonrisa añadió:

—Quizá te apetezca darle la carta.

La campana del monasterio tañó.

—Volveré después de completas —dijo, levantándose y alisándose el hábito—. A menos que quieras unirme a nosotros.

—Todavía no —dijo ella—. Quiero decir, ummm, no, gracias.



Durante completas, Anne permaneció sentada en el despacho de Paul contemplando la anaranjada puesta de sol a través de las oscuras hojas del arce y escuchando resonar los cantos en los corredores de la abadía. Supo que llegaba el momento de la *Salve Regina*. Cuando los monjes empezaron a entonar la canción de su padre, se levantó de la butaca y salió al corredor para escucharla con mayor claridad. Apoyada contra la fría pared de ladrillo, sintió una suerte de apoyo. Un sostén. Luego, la gran campana tañó de nuevo, señalizando el final de la oración. Al oír que los monjes abandonaban sus asientos en la iglesia, regresó al despacho.

Cuando los monjes pasaban por delante del despacho del abad, algunos echaban distraídamente un vistazo y, al verla a ella dentro, desviaban de golpe la mirada al suelo embaldosado.

El padre Edward pasó por allí arrastrando los pies, apoyando en un andador metálico, y se asomó al despacho.

—¡Annie! —dijo con una sonrisa—. ¡Oh, cuánto sentí perderme tu visita el otro día! Me alegro mucho de verte. He estado rezando por ti.

La forma atropellada en que estas palabras salieron de labios del anciano conmovió a Anne. Sunshine era la única que la recibía con tanta alegría; y ello, solo a las horas de las comidas.

Con esfuerzo, el padre Edward consiguió entrar con su corpachón en el despacho del abad. Anne se inclinó torpemente sobre el andador, que llevaba un rosario enrollado alrededor de una de las empuñaduras, y besó al anciano monje en la rugosa mejilla. Él se sonrojó.

—¡Oh, qué gran bendición verte! —reiteró—. ¿Vas a hablar con el padre abad?

—Sí, lo estoy esperando. Aunque hoy he venido también con la idea de verlo a usted. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, sí. Es solo una bronquitis leve, gracias a Dios. A mi edad cuesta un poco más recuperarse.

Cuando entró el abad, el padre Edward hizo ademán de levantarse.

—Padre —dijo Paul—, por favor, no te levantes. Reserva tus fuerzas.

Anne se sintió de repente incómoda. «¿Cómo he podido dar lugar a esto, a estar sentada con dos monjes en un monasterio?». Se imaginó a Kerry mofándose de ella por esta escena. Sus labios dibujaron una ligera sonrisa, pero la reprimió. Luego pensó en su padre y en lo contento que estaría de verla aquí.

—¿Crees que podrías visitarme cuando hayas terminado de hablar con el padre abad?

—Me encantaría.

—¿Tengo su permiso? —preguntó el anciano al abad.

—Por supuesto —respondió este.

El padre Edward salió del despacho arrastrando los pies.

Una vez que el anciano se hubo alejado lo suficiente para no poder oír ya la conversación, Anne preguntó:

—¿Es verdad que está bien?

—Sí, me alegra poder decir que sí —respondió Paul—. Está muriéndose, por supuesto, pero...

A Anne se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué?

—Lo siento —se disculpó Paul—. Es algo que decimos aquí en ocasiones. Me refiero a que *todos* estamos muriéndonos. Todos caminamos hacia la muerte. Aparte de eso, el padre Edward se encuentra bien. Solo los achaques y dolores normales de la vida humana. Uno de nuestros abades solía decir que, en vez de considerar nuestro cuerpo como algo permanente y de disgustarnos cuando alguna parte de él enferma, tiene más sentido verlo como algo transitorio y destinado a deteriorarse. Así como uno no espera que un par de pantalones le dure para siempre, así tampoco debería esperar que lo haga su cuerpo. Al final, uno y otro tienen arrugas y agujeros y empiezan a desmoronarse. De ese modo, cuando empieza a declinar la salud, no resulta tan aterrador. Ya se cuenta con ello.

—Eso no hace que envejecer sea más sencillo —objetó Anne.

—No, no más sencillo. Pero lo hace más... esperado. De algún modo, esa forma de verlo siempre me ha ayudado —dijo Paul, encogiéndose de hombros.

Anne no quería verse arrastrada a una conversación sobre el envejecimiento ni quería dejar de visitar al padre Edward. Y como no deseaba llegar a casa demasiado tarde, fue al grano.

—Así pues, ¿cómo propones que le haga llegar la carta a Dios? O quizá debería llamarlo por teléfono. ¿Tenéis aquí línea directa?

Paul sonrió dejando ver los huecos entre sus dientes.

—¡Esa es muy buena! No, aquí no tenemos línea directa. Pero podría decirse que se trata de una llamada local. Dios ya te ha oído, por supuesto; pero ¿por qué no ponemos la carta delante del cuadro de Nuestra Señora que tanto te gusta? Allí hay una pequeña cesta para peticiones que los visitantes usan a menudo. ¿Qué te parece? Lo puedes hacer después de visitar al padre Edward.

El anciano sacerdote residía temporalmente en la enfermería; y cuando el padre Paul la acompañó hasta allí, Anne se percató de partes de la abadía que hasta entonces había

pasado por alto. La familiaridad le otorgaba nuevos ojos.

Lo que más le gustaba de la abadía era el orden. Todo parecía estar en su sitio, al contrario que en su casa, donde las cajas y los libros y las ropas y los papeles y las carpetas estaban esparcidos por todas partes. Aquí, todas las cogullas blancas estaban en sus perchas, todas las ollas grises en los ganchos correspondientes en la cocina, todos los devocionarios rojos alineados en sus estantes. La simplicidad del edificio mismo también la atraía. Era grande, sin duda; pero la arquitectura, con sus líneas limpias y la casi total ausencia de decoración, reflejaba en cierto modo la austeridad de los hombres que vivían allí. Cuando pasaban a su lado, los monjes caminaban cerca de las paredes de ladrillo, no por el centro del corredor, como si reverenciaran el espacio en los anchos corredores y se hicieran sitio unos a otros. Le gustaba el aspecto que tenía el jardín del claustro al anochecer, con las delgadas ramas de los cornejos y los cerezos balanceándose suavemente por la brisa veraniega.

Comprendió ahora más profundamente por qué a su padre le gustaba tanto venir aquí. De manera bastante inopinada sintió un intenso estallido de amor por él.

El cuarto del padre Edward en la enfermería tenía pocos muebles: una cama de hospital metálica, un pequeño lavabo de porcelana, un viejo sillón en el que ahora estaba sentado él y un antiguo escritorio de madera con algunas muescas. Sobre la mesita de noche había una triste colección de achatados frascos de plástico con pastillas; y a su lado, un retrato enmarcado de una santa de hábito marrón y blanco sosteniendo un ramo de rosas. Tras tomar asiento el padre Paul y Anne, él en la cama y ella en una desvencijada silla de madera, el anciano monje empezó a hablar de los padres de Anne.

El padre de Anne había comenzado a ir a la abadía después de participar en un retiro de hombres organizado por su parroquia. El último día del retiro, el abad había preguntado si alguno de los presentes tenía experiencia contable y quería ayudar al monasterio a salir de una situación delicada. El padre Edward subrayó que la pericia del padre de Anne había salvado al monasterio en unos momentos difíciles. El contable anterior no era precisamente deshonesto (el monje dijo «inescrupuloso», una palabra que Anne no había oído en mucho tiempo), pero tampoco servicial. Al parecer, además de que tenía choques ocasionales con el abad, no se podía confiar en que pagara las facturas de la abadía a tiempo. El padre de Anne, por el contrario, había sido una «bendición» para los monjes y había terminado sintiendo devoción por ellos.

—Su llegada supuso un gran alivio para el abad. En adelante pudo despreocuparse un poco de las cuentas y concentrarse en otros asuntos.

La madre de Anne también asistía a retiros de mujeres en la abadía, algo que sorprendió a Anne. El padre Edward dijo que no sabía por qué había dejado de ir por allí; pero haciendo cálculos a partir de las fechas que mencionaba el anciano sacerdote, Anne concluyó que su nacimiento le había dejado menos tiempo libre a su madre.

Oír hablar de la piedad de sus padres y de su relación con la abadía le resultó a Anne reconfortante e inquietante a la vez. Era extraño oír historias sobre su padre y su madre de labios de este monje mayor, quien, de algún modo, parecía conocerlos mejor que ella. Y era extraño pensar en sus padres como personas religiosas no solo en el sentido del

mero cumplimiento de un conjunto de normas, sino en el de lo que Anne estaba descubriendo sobre la oración. Sus padres, cuya espiritualidad había desdeñado como superficial y en ocasiones ingenua, estaban empezando a parecerle, en cierto sentido, más sofisticados de lo que ella misma era.

—Por cierto, mira esto —dijo el padre Edward.

Tomó una Biblia de la mesita de noche y de entre sus delgadas páginas sacó con cuidado una foto antigua.

—¡Mira a quién he encontrado!

Con mano ligeramente temblorosa, le mostró a Anne una foto descolorida en la que además de su madre, con un vestido rosa con flores, y su padre, con traje marrón, aparecía el padre Edward, mucho más joven, con alba y estola dorada, derramando agua sobre la cabeza de un bebé en una iglesia.

—¡Esa eres tú!

Anne miró con atención la escena de su bautismo. No conocía esta foto. Sus padres no eran aficionados a los álbumes de fotos ni a las películas caseras. Sabía que su madre guardaba un álbum de piel con el reportaje de la boda, así como otras fotos de la familia, en una caja de zapatos bajo la cama. A la muerte de su madre, Anne se reprochó no ser capaz de encontrar aquella caja; más tarde, con las prisas por vender la casa, sencillamente dejó de buscar. Se preguntaba si no la habría tirado por descuido junto con todo lo que consideró basura.

—El abad de entonces me dio un permiso especial para salir del monasterio con el fin de celebrar tu bautismo. Y todo, por lo agradecidos que le estábamos a tu padre. Mira qué pequeña eras, Anne —dijo, señalando con su dedo nudoso al bebé acurrucado en los brazos de su madre—. ¡Qué contentos estaban ese día!

A Anne se le hizo un nudo en la garganta.

—Fue un orgullo para mí recibirte en la Iglesia.

Con cierto formalismo, entregó la foto a Anne y le preguntó si le permitía bendecirla. Ella miró a Paul, cuyos ojos se encontraron con los suyos sin decir palabra.

Cuando Paul asintió con la cabeza, el padre Edward le hizo a Anne un gesto para que se acercara. Ella se levantó y se colocó junto al sillón, sin saber qué hacer. El anciano sacerdote se rio.

—Acércate más, querida.

Cuando Anne se inclinó hacia delante, él le puso sobre la cabeza las temblorosas manos y permaneció en silencio. Luego susurró:

—Amén.

Tras la despedida, el padre Paul guio a Anne a la iglesia abacial.

—Quédate todo el tiempo que quieras —le dijo—. Y regresa siempre que quieras.

Y la dejó allí a solas.

A estas horas, la iglesia estaba casi totalmente a oscuras, salvo por la luz que irradiaba una lámpara de bronce colgada cerca del altar. Las vidrieras azules dejaban pasar tan solo una mínima cantidad de luz, de modo que el lugar permanecía en gran medida envuelto en sombras incluso durante el día. Anne se aproximó a la pesada mesa

de madera que sostenía el cuadro de María, quien diríase que la miraba fijamente.

La expresión de María le pareció ahora más compasiva. Era extraño cuán diferente podía resultar la misma imagen cuando una ya estaba familiarizada con ella.

Sobre la mesa, a los pies del cuadro, había una cesta redonda de mimbre que contenía docenas de cartas. La mayoría estaban dentro de sobres, pero no pocas estaban escritas en trozos de papel sueltos. Anne no pudo resistir la tentación de leer unas cuantas:

«María, ruega para que el cáncer de mi padre se cure».

«Dame un hijo, Dios».

«Por favor, Dios, si es tu voluntad, ayúdame a encontrar trabajo».

«Dios, haz que no esté tan solo».

«Gracias por tus oraciones, María».

Anne no estaba segura de cómo se sentía respecto a estas peticiones. Por una parte, la habían conmovido; por otra, se le antojaban supersticiosas. ¿Por qué dirigirle a María sus ruegos si una podía suplicarle sin más a Dios lo que deseara? Parecía un paso innecesario.

Se preguntó si tenía sentido colocar una carta dirigida a Dios en una cesta que estaba a los pies de un cuadro de María. Luego, miró al rostro de María y decidió que este era un sitio tan apropiado como cualquier otro. Metió la carta entre las otras peticiones, retrocedió varios pasos y luego dijo en silencio: «Bueno, María, si estás ahí, por favor entrégale esta carta a Dios». Se alegró de no haberlo dicho en voz alta, porque pensó que habría sonado embarazoso. Pero, dicho en silencio, le hizo sentirse bien.

Al no ver a nadie más por allí, se sentó en uno de los bancos en la zona de los visitantes. Habría preferido sentarse más cerca del cuadro de María, en la sillería de los monjes o aun en el suelo de baldosas, pero le preocupó que alguien pudiera verla. El viejo banco crujió como si acogiera su cuerpo; luego, el templo quedó en silencio. En el exterior cantaban los grillos. Por primera vez desde la muerte de Jeremiah, Anne trató de formular una oración. Venciéndose a sí misma, repitió el título de un libro que había leído cuando era poco más que una niña, a comienzos de la secundaria. No se le ocurría otra manera de empezar.

«¿Estas ahí, Dios? –dijo entre sí–. Soy yo, Annie».



Mark miró a la extensa superficie de césped y gruñó. ¿Era posible que los terrenos de la abadía hubieran crecido desde la última que había cortado el césped? Eso le pareció. Tras una jornada dedicada a cortar el césped, lo que hacía dos veces al mes, por regla general regresaba a casa, se duchaba, salía a correr y luego se volvía a duchar, solo para eliminar de su cuerpo todo olor a hierba. Aun así, cuando cerraba los ojos por la noche, todo lo que veía era de color verde y todo olía a césped.

Hoy, tocado con una gorra de los Red Sox con manchas de sudor, se maldijo por haberle tirado los tejos a Anne el fin de semana.

—¡Mierda! —gritó, sabiendo que nadie podría oírle debido al ruido del inmenso tractor cortacésped de la abadía.

A veces se sentía como si la libido lo dominara. Peor aún, cuando una mujer lo rechazaba, se sentía abochornado: estúpido, humillado, empequeñecido a sus propios ojos. «Apocado» era una palabra con la que había tropezado poco tiempo antes en una biografía que no había conseguido terminar. No sabía exactamente qué significaba y ese día estaba demasiado cansado para cotejarla en un diccionario, pero intuía lo que quería decir, y así era cómo se sentía.

Había sido siempre así desde que empezó la secundaria. Cuando una chica respondía a sus requiebros y terminaban dándose el lote o saliendo juntos, él se sentía bien consigo mismo, y esas vibraciones positivas marcaban todo lo que hacía: el trabajo, la relación con los amigos, incluso el ejercicio físico. Sentía como si corriera más rápido cuando su vida amorosa estaba donde quería que estuviese.

Mark hizo una amplia curva con el cortacésped verde y amarillo y, desde el valle, contempló la vista de la iglesia abacial en la cima de la colina. Los días en que se sentía enfadado o frustrado —como hoy, a consecuencia de su conversación con Anne— eran buenos para las labores físicas.

Trabajar con las manos solía ayudarlo a desconectar, a dejar de cavilar sobre sí mismo. Hasta que inició los estudios de arquitectura, Mark siempre había desempeñado trabajos que requerían actividad física. De adolescente cortaba el césped de vecinos y conocidos e incluso creó junto con tres compañeros del instituto una pequeña empresa de

trabajos de jardinería. Mientras el tractor cortacésped retumbaba debajo de él, pensó en cuántos encargos podría haber hecho con este monstruo.

Ya de universitario, mientras trataba de decidir cómo orientar sus estudios de grado en la Northeastern University, trabajó con un carpintero de mediana edad en Cambridge, Massachusetts. Mike, un amigo de su padre, dirigía una floreciente empresa de reforma de casas antiguas en elegantes pueblos de Cape Cod y ricas localidades de South Shore como, por ejemplo, Hingham y Cohasset. Al comienzo de su aprendizaje, únicamente le permitían realizar tareas sencillas como medir y lijar; pero en el verano de su tercer año de universitario, le encargaron algo que lo llenó de orgullo: hacer él solo tres librerías a juego para una biblioteca de una elegante casa que estaban reformando en Cape Cod. Los propietarios, una pareja de ancianos que habían sido profesores de Harvard, dijeron que era la parte de la casa que más les gustaba.

Una noche, Mark les contó a sus padres cuán orgulloso se sentía de haber hecho él solo las estanterías, y su padre, sin dejar de elogiarlo, le recordó con tacto:

—Es Mike quién te ha enseñado el oficio, ¿verdad?

Mark empezó a subir por la colina, la parte donde más complicado era cortar el césped de la abadía. Ocasionalmente le preocupaba que el cortacésped pudiera volcar, aunque eso nunca había ocurrido; y el hermano Robert le había dicho que si el hermano Thomas podía cortar allí el césped, también podía hacerlo Mark. Al parecer, el hermano Thomas era negado con las máquinas. Diez años antes había destrozado dos coches del monasterio antes de que el abad de entonces le hiciera prometer que siempre pediría a otro monje que lo llevara a donde tuviera que ir.

—¿Es esto un voto? —preguntó el hermano Thomas.

—Por lo que a mí respecta, lo es —respondió el abad.

Mientras observaba el cobertizo, que necesitaba una mano de pintura, pensó en qué pocos trabajos de carpintería había realizado en el monasterio. Al poco de llegar, había hecho dos estanterías de pino para el almacén de la fábrica de mermelada, pero desde entonces no le habían pedido prácticamente nada más. Y en las últimas semanas parecía no haberse dedicado a otra cosa que a pintar y enyesar. ¿Habrían construido la abadía en su día de forma tal que cada pocas semanas hubiera una fuga de agua? Para un edificio de apariencia tan sólida, no era en absoluto resistente.

—Los constructores tuvieron que ahorrar en algunas partidas —le había admitido en alguna ocasión el padre Paul—. Los donativos no fueron tan generosos como esperaba el arzobispo.

A Mark empezó a aflorarle la frustración por el hecho de que sus esperanzas de hacer más carpintería en la abadía se hubiesen visto en gran medida defraudadas. Cerró por un momento los ojos cuando recordó su sueño, que ahora parecía estúpido, de convertirse en un renombrado carpintero local cuyos trabajos atraerían a multitud de personas a la abadía. «El famoso carpintero de la abadía», pensó, y torció el gesto.

Mientras iba dando botes con el cortacésped, Mark luchaba con un demonio persistente: pensar en la vida de su amigo Dave. Casado con una mujer maravillosa, bien colocado en Filadelfia y con un segundo hijo de camino, Dave parecía tener todo lo que

él quería. Y a Mark le avergonzaba reconocer para sus adentros que sentía envidia. Odiaba ese sentimiento. Sin embargo, no parecía capaz de ayudarse a sí mismo. Si hubiera optado por otro trabajo al terminar los estudios. Si hubiera escuchado a sus compañeros en la empresa que le recomendaban que no hablara más de la cuenta. Si hubiese seguido con su novia estable y no hubiese sido tan fiestero, algo que ella reiteradamente le había dicho que odiaba. Si..., si..., si...

El padre Paul le había aconsejado en una ocasión que se olvidara de los «si hubiera...» y de los «qué habría pasado si...».

—No conducen a ninguna parte.

Pero a Mark le seguía resultando difícil evitar no ir a ninguna parte y, además, le molestaba sentirse molesto.

Mark llegó con el cortacésped a lo alto de la colina, cerca de la iglesia y de la hospedería, cuando oyó cómo pulverizaba con estruendo un poco de grava que había saltado desde el aparcamiento al césped. Se escuchó un fuerte sonido metálico cuando las cuchillas del cortacésped dispararon una piedrecilla contra el lateral de un coche estacionado en el aparcamiento.

—¡Maldita sea! —gritó, sacudiendo la cabeza en disgusto con la esperanza que nadie lo hubiera visto.

—¡Buen tiro! —gritó el padre Paul desde debajo del pórtico de la iglesia.

«¡Ahora sí que la he hecho buena!». Mark apagó el motor. El gran cortacésped fue perdiendo fuerza hasta que, con un estruendo final, quedó en silencio. Él se bajó.

—¿Cómo está hoy nuestro director de instalaciones? —le preguntó el padre Paul mientras se dirigía hacia él por el césped. Trocitos de hierba recién cortada se adhirieron a la parte inferior de su negro y blanco hábito trapense.

—Hecho una mierda —respondió Mark.

Paul hizo un mohín con los labios, lo que Mark interpretó como desaprobación de su lenguaje.

—¿Qué pasa?

—Nada, un montón de sandeces. En ocasiones no sé qué demonios hago aquí.

—Yo diría que justo ahora estabas cortando el césped.

Mark no supo si aquello pretendía ser una broma o un comentario profundo. No le pareció lo uno ni lo otro. Y solo hizo que se irritara aún más.

—¡Hostia! —suspiró.

—Ya sabes que no me gusta ese lenguaje... —dijo Paul, frunciendo el ceño.

A Mark se le desencajó la cara.

—Sí, lo sé. Lo siento. Yo, ummm...

—¿Qué pasa?

Mark respiró hondo y trató de recordarse a sí mismo que Paul solía dar buenos consejos.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—Tengo una reunión en la fábrica de mermelada dentro de unos minutos; pero hasta entonces, soy todo tuyo.

—He metido la pata —dijo Mark, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza—. El otro día, le tiré los tejos a una mujer y ella me dio calabazas. No sé por qué, pero eso hace que me sienta jodido y, francamente, me lleva a cuestionarme qué estoy haciendo con mi vida.

—Eso es un salto considerable, ¿eh? ¡De recibir calabazas a cuestionarte la vida entera!

Mark miró más allá de Paul a una masa oscura de pinos.

—Sí, lo sé. No es eso. Bueno, sí. No lo sé. Supongo que no estoy seguro de cómo he llegado a la situación en que ahora me encuentro.

Mark se preguntó si debía sincerarse sobre todo esto con Paul y luego se percató de que no podía guardárselo para sí y de que quizá no volvería a tener otra oportunidad de hacerlo. Con Dave no podía hablar sobre el tema.

—Lo que quiero decir es tengo el título de arquitecto y... Estoy realmente agradecido por el trabajo aquí, padre Paul, no me entiendas mal, y siento el lenguaje que acabo de usar. Pero desearía tener mejor posición y ser, digamos, más rico o como quieras llamarlo; y me gustaría mucho estar casado con una mujer a la que ame. Sé que me dirás que esto es ambicioso o algo por el estilo. ¿Está mal desear eso?

—No; al revés, está muy bien. Me alegra que te guste estar aquí. Eres bueno en lo que haces, lo sabes. Y nosotros agradecemos tu presencia. Pero no hay nada malo en desear algo más.

—Sé que esto sonará extraño y quizá se deba al asunto con... —iba a decir el nombre de Anne, pero al final optó por no hacerlo—, con esta mujer que me ha dado calabazas... pero me siento, no sé, como abochornado por lo que hago aquí. ¿Sabes? Me resulta frustrante vivir ese tipo de situaciones, y ello termina confundiéndome también en lo relativo a otros asuntos. Tengo amigos a los que las cosas les marchan de maravilla, uno de ellos en particular, y aquí estoy yo...

Miró a la hierba. De repente se le hizo un nudo de emoción en la garganta y en sus ojos comenzaron a aparecer lágrimas, lo que le sorprendió, pero sobre todo hizo que se sintiera aún más enfadado.

—Aquí estoy yo cortando césped. Es como si este trabajo no fuera más que... un encargado de mantenimiento, y me pregunto si voy...

—¿Si vas a qué?

—Me pregunto si voy a quedarme estancado aquí cortando césped y siendo un maldito encargado de mantenimiento toda mi vida. Para ser sincero, ni siquiera sé lo que siento ahora mismo. Estoy jodido. Ahora mismo todo es una mierda.

—¿Me permites darte un consejo?

—Adelante.

—En primer lugar procura separar los distintos aspectos de lo que te incomoda y no los mezcles todos —dijo Paul—. Que no tuvieras éxito con esta mujer no significa que toda tu vida sea un caos. Podrías tratar de evitar expresiones tan generales como: «Todo es una mierda».

—Lo sé —dijo Mark, mirando con la cabeza gacha los trocitos de hierba recién cortada

adheridos a sus desgastadas deportivas. De repente, la visión de esas zapatillas viejas le hizo sentirse pobre. Y abochornado.

—Ya me lo has dicho otras veces —prosiguió— e intento no hacerlo. Pienso que lo que más me molesta es mi trabajo. Tengo la sensación de que no estoy donde debería. A veces me parece...

Se limpió el sudor de la cara con la manga de su descolorida camiseta. Al hacerlo, se secó asimismo las lágrimas de los ojos, ya que no quería que las viera Paul.

—Me parece... que es menos de lo que merezco.

Mark se sintió avergonzado mientras decía estas palabras.

—Sé que te he dicho que Jesús era carpintero, pero ¿te he hablado alguna vez de los otros trabajos que seguramente desempeñó? La palabra que los evangelistas usan para referirse a la ocupación de Jesús es *téktō* *n*.

—¿Perdón? —dijo Mark, mirando de frente a Paul. ¿Iba a escuchar ahora un sermón?

—*Téktō* *n* —repitió Paul—. Es el término griego que los evangelistas emplean para expresar cuál era el trabajo de Jesús. La mayoría de las personas piensan que Jesús era carpintero, pero muchos estudiosos afirman que esa palabra no significa solo carpintero, sino maderero, artesano, manitas que se gana la vida haciendo todo tipo de arreglos, trabajador de la construcción o incluso jornalero. Jesús habría hecho muchas otras cosas además de fabricar puertas y mesas. Probablemente ayudaría a construir casas y muros de piedra, etc.

Y con una sonrisa añadió:

—Si estuviera hoy en la tierra, quizá hasta conduciría un tractor cortacésped.

—Si yo fuera Jesús, chasquearía los dedos y este césped estaría cortado.

—Tal vez lo harías, tal vez no. Jesús trabajaba de verdad. Quiero decir, cuando vivía en Nazaret, no chasqueaba los dedos y hacía aparecer una mesa ya acabada. No, la fabricaba. Sus paisanos de Nazaret no lo conocían como taumaturgo, como hacedor de milagros, sino como carpintero. Apuesto a que era bastante bueno en lo que hacía. Y dudo de que tuviera mucho margen para elegir. San José regentaba ya una carpintería, así que Jesús seguramente tuvo que incorporarse al negocio familiar y seguir los pasos de su padre. Pero tú, Mark, sí puedes elegir.

—Lo sé —dijo Mark, sacando del césped de una patada una piedra que estaba en la ruta del tractorcillo—. Y no parece que esté acertando con mis elecciones.

—¿Cuál crees que es tu elección, pues?

—¿Qué quieres decir?

—Mi pregunta es: ¿qué quieres hacer realmente en la vida?

Mark inspiró en profundidad y luego soltó el aire. Echó un breve vistazo a Paul y a continuación dirigió la mirada a las limpias líneas de la iglesia abacial, fijándose en cuán perfectamente reposaba en lo alto de la colina, como si el lugar hubiese sido hecho para el edificio y el edificio para el lugar. Recordó haber leído que Frank Lloyd Wright insistía de modo casi obsesivo en que todo edificio debía dar la impresión de que surgía del paisaje circundante. Miró la roja puerta de madera de la iglesia y los bancos de pino colocados en el pórtico, bajo los arcos de piedra. Luego recordó las estanterías que había

hecho en Cape Cod.

–Si pudiera ser un buen carpintero, a eso es a lo que me gustaría dedicarme.

–¿Por qué?

–Como más disfrutaba en la escuela de arquitectura era haciendo esas maquetas que los otros parecían detestar. Todo lo demás me parecía estúpido: ese rollo superficial sobre qué arquitecto estaba de moda, qué estudio de arquitectura era más vanguardista, quién estaba ganando todos los grandes premios de arquitectura y bla, bla, bla. Lo que más me gustaba, ¿sabes?, era construir, hacer, *fabricar*. A mitad de los estudios empecé a preguntarme si no estaba hecho para la carpintería. Una vez hice unas estanterías para una casa fabulosa en Cape Cod y no podía dejar de mirarlas.

Mark miró a Paul y prosiguió:

–Me gusta crear cosas. Hace que me sienta bien. No sé explicarlo mejor. Pero no estoy seguro de que sea una forma de vida apropiada.

–Es con lo que disfrutas. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué no puedes hacer lo que te gusta? ¿Y a quién le importa lo que otros hagan? ¿Por qué no dejas que ese rollo superficial, como tú lo llamas, se desvanezca sin más? ¿Por qué no te olvidas de todas las comparaciones y las expectativas sobre lo que supuestamente no es digno para ti? Sinceramente, esto es lo que tratamos de hacer aquí: desprendernos de cosas para poder ser quienes estamos llamados a ser. Es como raspar una vieja capa de pintura de una mesa, a fin de ver la madera originaria. Y lo que está debajo es, por regla general, más bello de lo que nunca podríamos haber imaginado.

Mark seguía enfadado consigo mismo por haberle tirado los tejos a Anne, pero esta conversación lo ayudó a calmarse y cambiar de perspectiva. Podía sentir cómo allí, bajo la brisa sobre el césped a medio cortar, su respiración se ralentizaba y sus músculos se relajaban. Ya menos abochornado, alzó el dobladillo de su camiseta y se secó los ojos.

–¿Por qué no me dejas ver si podemos darte la oportunidad de hacer aquí más trabajos de carpintería u otras tareas que sean algo más creativas? –dijo el abad.

–¡Vaya, eso es muy amable por tu parte!

Mark sintió el deseo de estrecharle la mano a Paul, y así lo hizo.

–Espero que seas capaz de descubrir que tu deseo de ser carpintero viene de Dios. Puede ser una vocación para ti. Eres bueno en eso. Y en este caso puedes ganarte la vida haciendo lo que te gusta. ¿Por qué no confiar entonces en tu deseo?

–Gracias –dijo Mark. Y se subió de nuevo al tractorcillo y arrancó el motor–. ¿Algún consejo sobre mujeres?

–Bueno –dijo Paul, cruzando los brazos–, ya sabes lo que dijo Jesús.

–¡No, no lo sé! –exclamó Mark, sintiendo curiosidad por oír un consejo de Jesús sobre la vida amorosa.

Con estruendo, el cortacésped recobró poco a poco la vida.

–¡Hay abundancia de peces en el mar! –gritó Paul, venciendo el ruido del motor.

–¡Jesús no dijo eso! –replicó Mark pese al ahora ensordecedor estruendo.

–No –admitió Paul, gritando a pleno pulmón–. ¡Pero debería haberlo dicho!



Mientras lavaba los platos después de cenar el salmón sobrante de la noche anterior, en la que había invitado a Kerry a casa antes de salir de copas, Anne recordó su oración en la iglesia de la abadía unos días antes: «¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Annie». Le sorprendió haber usado el nombre por el que todavía la llamaba el padre Edward, como si estuviera regresando a un lugar donde ya había estado o a una persona a la que ya había tratado.

Girando la cabeza, miró por encima del hombro la foto de su bautismo. La foto que le había dado el padre Edward colgaba en la blanca puerta del frigorífico, sostenida por el imán de los Phillies. Recordó el bautismo de Jeremiah, al que había accedido a regañadientes, solo por no enfadar a sus padres; se celebró en la que era supuestamente su parroquia, aunque nunca la había pisado.

—¿Cuál es tu parroquia? —le había preguntado su madre unos días después del parto, recibiendo por toda respuesta una mirada inexpresiva.

A Eddie la cuestión le resultaba indiferente.

—No me molesta que el sacerdote lo rocíe con un poco de agua —decía cuando salía el tema.

Durante el entierro de Jeremiah, sin embargo, hubo un momento en que Anne agradeció haberlo bautizado. El día anterior al entierro se reunió con un sacerdote en la parroquia del barrio. Este joven y amable cura, oriundo de Nigeria, habló con ella largo rato, pero Anne ya no se acordaba de casi nada del contenido de la conversación, porque aquel día prácticamente no podía concentrarse. Pero un comentario se le quedó grabado:

—Cuando el ataúd está ya dentro de la iglesia, extendemos un paño, el paño mortuario, sobre él —dijo el sacerdote en un inglés con fuerte acento africano mientras estaban sentados en una sala colmada de pesados muebles—. ¿Sabes qué simboliza esto?

Ella negó con la cabeza, incapaz de seguir la conversación, inmersa como estaba en su dolor.

El paño mortuario representaba, le explicó el presbítero nigeriano, las vestiduras blancas que llevan los bebés cuando se les bautiza. No estaba segura de recordar con exactitud las palabras del sacerdote, y el paño que usó la funeraria era casi tan grande

como un mantel. Pero el simbolismo no se le olvidaba, ya que le había causado una profunda impresión. El momento del entierro en el que más lloró Anne fue cuando el director de la funeraria extendió el alargado paño blanco sobre el féretro de Jeremiah una vez que este había sido introducido en la iglesia por los amigos del chico. Así pues, durante el entierro Anne pensó en el bautismo de su hijo.

La oración de la otra noche en la iglesia de la abadía la había dejado confundida. Había disfrutado de aquel momento, pero se preguntaba si podía llamarse oración. Tras presentarse a Dios, esperó. Y esperó un poco más. ¿Qué se suponía que debía ocurrir? ¿Se suponía que debía decir algo más? ¿Se suponía que iba a escuchar voces? Lamentó que el padre Paul no estuviese allí para ayudarla. Así que se limitó a sentarse con los ojos cerrados. La iglesia estaba tan oscura que no podía ver el cuadro de María que le gustaba, pero imaginó que cerrar los ojos era lo adecuado para orar.

Casi inmediatamente empezó a pensar en todo lo que tenía que hacer los días siguientes y sintió que se le aceleraba el pulso y que se ruborizaba. La auditoría que estaba realizando junto con Kerry era más complicada de lo que habían previsto al asumir el proyecto. Los registros financieros del cliente eran un caos. Apretó los ojos para mantenerlos cerrados e hizo una mueca.

¡Ojalá tuviera más tiempo libre! ¿*Ora et labora*? ¿Era eso lo que había dicho Maddy que hacían los monjes? Significaba «reza y trabaja», ¿verdad? ¿O era «descansa y trabaja»? Sea como fuere, ella anhelaba más descanso en su vida. Pero ¿qué haría con el tiempo libre? ¿Dedicar más tiempo a pensar en Jeremiah? Quizá fuera mejor trabajar más duramente, a fin de apartar la mente del pasado. Pero, por otra parte, si tuviera un poco más de tiempo libre, podría trabajar en el jardín...

Ello la llevó a acordarse de la imagen de Dios como jardinero, sobre la que había hablado con Paul. El abad había dicho que era una buena imagen, por lo que decidió que no podía haber problema en reflexionar sobre ella. Recordó el día en que, arrodillada en la orilla del jardín, se había percatado de los colores intensos de las flores. Los rojos y los rosas y los naranjas le vinieron a la mente. El calor del sol acariciando su cuello. Sus manos en la tierra húmeda. Se imaginó a sí misma de nuevo en el jardín. Volvió a sentir aquella calma y se relajó. El bienestar pareció arraigar en ella.

Pero entonces ocurrió algo extraño. No estaba segura de si se lo había inventado ella o no, pero de manera natural e inesperada le vino a la cabeza una imagen de Jesús caminando por el jardín.

Muchos años atrás, un catequista había enseñado al grupo de Anne la canción *Morning Has Broken* [La mañana ha despuntado], que Cat Stevens hizo famosa. Todavía se acordaba del sonido de todo el grupo cantándola con entusiasmo junto con el catequista. Un verso de la canción le gustaba en especial. Aún lo recordaba, palabra por palabra: *Praise for the sweetness of the wet garden, sprung in completeness where his feet pass* [(Lo) alabo por la dulzura del húmedo jardín, que florece en plenitud allí por donde pasan sus pies]. De niña, a Anne le gustaba imaginarse a Jesús caminando por la tierra seca y dejando tras de sí flores en sus huellas. Sabía que seguramente no había sucedido tal cual, pero así es como lo recordaba ahora sentada en la iglesia.

Disfrutó pensando en esa imagen y logró visualizar mentalmente las caléndulas amarillas y naranjas que brotaban en las huellas de Jesús. Los colores eran tan brillantes que casi podía saborearlos: zumo de naranja recién exprimido y caramelos de limón.

Entonces, de repente, le vino otra imagen. Jesús caminaba a su lado en un bello jardín y llevaba puestos los viejos guantes de su padre y el sombrero de jardinera de su madre. ¡Qué imagen tan extraña! Parecía que se encontraban cerca del sepulcro del que él, recién resucitado, había salido la mañana de Pascua. Más o menos. No estaba segura. Pero se sentía feliz de estar con él y, puesto que Paul le había dicho que no había nada malo con su primera imagen, se permitió recrearse en esta: Jesús caminando a su lado.

Anne respiró hondo, se relajó y pensó sobre ello un buen rato. Pasó un minuto. Luego deseó poder hablar con él.

Y decidió hacerlo.

Anne dijo entre sí: «Lo echo de menos».

Cerró los ojos y esperó.

Luego, en su imaginación, Jesús le dijo: «Lo sé».

No podía creerlo. Parecía natural que él le dijera esto, como si hubiera estado esperando largo tiempo para decírselo. No se trataba de una visión ni de nada por el estilo. Ella, desde luego, no lo oyó, a diferencia del crujido del banco que sí había oído al cambiar de posición. No; era más bien algo en lo que había pensado espontáneamente, como en un ensueño o como una de esas imágenes que le venían a la mente mientras leía una novela. Además, Jesús lo había dicho con calma, casi como si le entristeciera. Sonaba un poco como el padre Paul y un poco como su padre. Y también un poco como su madre. Calma.

Se asustó ligeramente; por eso, abrió los ojos para tranquilizarse. Estaba todavía en la iglesia, que seguía oscura, silenciosa y, salvo por ella misma, vacía. Cuando cerró de nuevo los ojos, pensó en lo que acababa de suceder y se preguntó si había sido real, si tenía algún sentido o si era sencillamente un disparate. Resultaba reconfortante, pero al mismo tiempo perturbador, y abrió los ojos una vez más.

Pasó la mano derecha por la suave madera del remate superior del banco que tenía delante de ella y se preguntó cuánta gente habría venido a este lugar en busca de respuestas. Deslizó la mano unas cuantas veces por el remate del banco, de un lado a otro, y luego se levantó, sacó del bolsillo la llave del coche y salió del templo.

Al recordar la experiencia vivida en la iglesia abacial, los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Qué significaba? Con las manos aún sumergidas en la caliente agua jabonosa, Anne se dio la vuelta para mirar la foto de su bautismo pegada a la puerta del frigorífico con un imán y vio su vestidito blanco, el mismo color que llevaba Jesús en el jardín.

Entonces oyó un impacto fuerte y seco: un bate golpeando una pelota de béisbol.

Eran casi las siete y media. Junio desplegaba ya toda su fuerza, y los chicos estaban en la calle, jugando al béisbol. Le sorprendieron las voces graves que oía a través de la ventana cerrada. La voz de Jeremiah estaba empezando a cambiar cuando ocurrió el accidente. Las de los chicos de su edad habían continuado la marcha hacia la adultez.

Una figura solitaria atravesó corriendo el jardín trasero de Anne, recogió la pelota

extraviada y gritó: «¡Hasta luego!», a unos amigos en el jardín vecino, a quienes Anne no podía ver. El muchacho cruzó el jardín sin apresurarse, con la cabeza gacha, camino de casa. Anne abrió rápidamente la ventana que estaba encima del fregadero y gritó:

—¡Brad!

El chico se quedó petrificado y miró a la casa como si se tratara de un ser vivo y peligroso. A su alrededor centelleaban las luciérnagas en la oscuridad, y los grillos cantaban. Inmóvil, recordó la bronca que se había ganado años atrás por dirigir hacia aquella misma ventana el chorro de agua que salía de la manguera del jardín, después de que Jeremiah le retara a hacerlo. No sabían que la ventana estaba abierta, y Brad había terminado encharcando el suelo de la cocina. Anne se encendió, pero Jeremiah no podía dejar de reír, ni siquiera cuando su madre salió de la casa gritándoles a los dos.

—Espera un segundo, Brad —dijo Anne desde la ventana, desapareciendo de la vista.

A Brad le vino a la cabeza la tarde fatídica. En realidad siempre estaba ahí.

Era una tarde justo como esta, sofocante. Después de un largo día sin hacer nada (a menos que jugar con la consola, competir a ver quién dejaba las marcas más negras en la acera derrapando con la bici y prender fuego a montones de hojas secas con una lupa se considere hacer algo), Brad, Jeremiah y Gary querían ver aquella película justo la tarde del estreno. Brad suplicó a sus padres que los llevaran en coche, pero no lo hicieron. Tampoco lo hizo la madre de Jeremiah, quien no quería que su hijo viera la película. Así las cosas, Brad convenció a los otros dos para ir en bici por la autovía conocida como Germantown Pike, por la que tenían prohibido circular debido al intenso tráfico.

—¡Cagón! —le gritó Brad a Jeremiah, quien tenía miedo de acercarse con la bici a la autovía.

Brad lo recordaba todo con claridad. Llegaban tarde a la película, tenían que cruzar la carretera con rapidez. Gary y Brad atravesaron sin problema los cuatro carriles, esquivando coches y riéndose mientras lo hacían.

—¡Venga! —le gritaron los dos a Jeremiah, retándole a cruzar—. ¡No seas tan *cagón*!

Y se dieron la vuelta para proseguir su camino.

Lo que más intensamente recordaba Brad era cómo, justo tras colocar el pie derecho en el pedal, dispuesto ya a retomar la marcha con la bici, había oído el golpe, que sonó como el choque de dos coches. Cuando se dio la vuelta, con el pie derecho aún en el pedal, vio a alguien tendido sobre el asfalto y una bici en el arcén. En ambos sentidos de la autovía, los coches frenaban chirriando hasta detenerse; y cuando Brad llegó al lugar del accidente, el conductor del coche estaba arrodillado junto a alguien. Al ver que se trataba de su mejor amigo, vomitó.

Una hora más tarde, cuando ya se habían marchado la ambulancia y los policías y él ya había contestado a las preguntas de estos, Brad les contó a su padre y a su madre lo que había hecho, a nadie más. Una y otra vez sus padres le dijeron que no había sido culpa suya, pero él sabía que sí lo había sido. Él había tomado la decisión de ir al cine. Él había convencido a Jeremiah. Él le había instado a cruzar la autovía. Lo sabía. Había sido culpa suya.

Brad no le había contado a nadie cuánto pensaba en Jeremiah. Ni a Gary ni a sus

padres ni a sus profesores ni a ninguno de sus compañeros del instituto. Ni siquiera al psicólogo que el centro contrató para ayudarlos a él y al resto de la clase a asimilar el accidente.

Después del entierro, se subió al viejo manzano silvestre que había en el jardín trasero de su casa y se sentó en una horqueta para que nadie pudiera verlo. Lloró tan desconsoladamente que pensó que se iba a ahogar.

Pensaba mucho en Jota. Así era como se llamaban el uno al otro: Be y Jota. Solo ellos usaban esos nombres; nadie más podía emplearlos.

Nadie sabía que pensaba en Jota todos los días. Cuando jugaba al béisbol, pensaba en Jota, porque era él, Brad, quien le había enseñado a Jota a empuñar el bate. («Pero ¿cómo puedes no *saber* eso, tío?», le había dicho la primera vez que vio la disparatada posición que adoptaba para batear. Jota se puso colorado; y él, lamentando sus palabras, ayudó a su amigo a colocar bien las manos en el bate). Cuando zapeaba entre canales de televisión y tropezaba con una reposición de los que habían sido los dibujos animados favoritos de los dos amigos, pensaba en Jota. Solían ver ese programa los sábados por la mañana con cuencos de cereales en el regazo y, de tanto reírse, se caían del sofá, hasta que la madre de Jota les hacía callar. Ahora Brad pensaba que esos dibujos eran bastante malos, pero de vez en cuando los veía en secreto. Era como estar otra vez con Jota, por un rato. Cuando pasaba por la parada de autobús donde competían a menudo a ver quién escupía más lejos, pensaba en Jota. Como no sabía si era raro o no pensar en alguien que llevaba muerto tres años, no se lo decía a nadie.

Miró aterrado a la casa. Para él, Jota seguía teniendo trece años. En una ocasión le preguntó a su padre si, cuando se encontrara en el cielo con Jota, este tendría trece años o sería mayor. ¿Seguiría creciendo al mismo ritmo que él? ¿O se transformaría él, Brad, otra vez en adolescente para que Jota pudiera reconocerlo?

La madre de Jota abrió la puerta mosquitera. Sostenía algo junto a su costado. Brad se puso tenso. Llevaba tres años evitando encontrarse con ella a solas. ¿Iba a gritarle?

Mientras ella se le acercaba, Brad se percató de que los grillos habían dejado de cantar.

—¿Cómo estás, Brad? —le preguntó con una sonrisa.

—Bien —respondió él quedamente.

Anne apenas podía verle la cara en la oscuridad, pero el tono de su voz la llenó de profunda tristeza. Cuando él la miró, fue con expresión de incomodidad o de miedo, no estaba segura. Le sorprendió ver vello en la cara del chico, y se dio cuenta de que Jeremiah, si estuviera vivo, tendría un aspecto parecido. Brad era ahora más alto que ella. ¡Quién lo habría podido imaginar!

—He oído que ahora conduces —dijo Anne.

Brad sonrió levemente.

—Sí, me dieron el carné el otro día. Mola poder conducir. Desearía...

Se detuvo. Una luciérnaga se posó en la pechera de su camisa, y la cola del insecto parpadeó una vez.

—Desearía poder contárselo a Jota —dijo por fin, aparentemente tan sorprendido de

haberlo dicho como Anne de haberlo escuchado.

–Erais buenos amigos –dijo ella.

Brad clavó los ojos en el suelo. Anne podía notar su incomodidad, incluso la necesidad que tenía de poner fin a la conversación.

–Lo echo de menos –dijo él, conteniendo las lágrimas–. Me acuerdo mucho de él.

–Yo también.

La luciérnaga iluminó de nuevo la camisa de Brad.

–¿Sabes? Creo que nunca te he contado lo que Jeremiah me dijo sobre ti unos días antes del accidente. Me dijo que eras la persona más divertida que conocía. Pienso que eso es un gran cumplido.

Brad miró sus zapatillas.

–Ajá.

–Por eso quería darte esto –dijo Anne, tendiéndole un guante de béisbol que tenía escrita con rotulador negro una J en la parte exterior del pulgar.

Brad se metió en el bolsillo la pelota de béisbol que llevaba, se limpió las manos en los pantalones cortos y tomó el guante, sin decir nada. Luego, introdujo la mano en el guante.

–Gracias.

Al mirar el guante de Jota, hizo un mohín, agachó la cabeza y, apretando los labios hasta el punto de que casi se le pusieron blancos, empezó a llorar amargamente. No emitió sonido alguno, pero en medio del silencio Anne pudo oír cómo las lágrimas caían sobre su camiseta. Anne lo agarró antes de que él pudiera decir nada y lo abrazó con fuerza. Se percató de lo alto que era y se preguntó si Jeremiah habría llegado a ser tan alto como Eddie, su padre. Esta pregunta le hizo cerrar los ojos apretándolos.

Pensó que iba a echarse a llorar, pero tan solo sintió calma. Al cabo de unos momentos, soltó al muchacho, porque sabía lo suficiente sobre adolescentes como para imaginar que Brad probablemente se sentiría incómodo.

–Gracias... por el guante –dijo Brad con la cabeza todavía gacha.

–Gracias por haber sido tan buen amigo de Jeremiah.

Anne sonrió, se dio la vuelta y regresó a la casa.

Tras cerrarse con un golpe la puerta mosquitera, Brad permaneció en el jardín, se secó las lágrimas con la mano derecha y se sonó la nariz con la parte inferior de su camiseta. Miró la casa de Jota. Luego, abrió y cerró la otra mano dentro del guante, acercó su cara a la piel vieja e inhaló. Olía a su pasado.



—Estás siendo una gran ayuda para Annie —le dijo el padre Edward al padre Paul, quien se alegraba de que el anciano sacerdote hubiera abandonado por fin la enfermería y regresado a su celda en el dormitorio de los monjes.

Paul estaba sentado en una silla de madera en la celda de Edward, a donde había ido a buscar consejo. Paul solía servirse de su antiguo maestro de novicios como caja de resonancia.

En los veinticinco años transcurridos desde el noviciado de Paul, Edward había cambiado. Todos sus antiguos novicios lo decían. Como maestro de novicios, Edward había sido un hombre imponente: austero, estricto, incluso duro. Pero la edad y un combate con el cáncer diez años atrás lo habían suavizado. La comunidad veía ahora en él un hombre alegre, relajado y a veces juguetón. Gracias a la edad, la experiencia y la obra de la gracia divina, Edward era la persona más libre que Paul conocía.

—Gracias —dijo Paul—. En ocasiones no estoy seguro de cómo abordar a Anne. He acompañado, desde luego, a personas en duelo, pero por lo general sin tantas dudas sobre Dios. De ahí que a veces me sienta desconcertado. El otro día, por ejemplo, le sugerí que hiciera un poco de contemplación imaginativa y que se imaginara a sí misma hablándole a Dios; deberías haber visto la cara que puso. Es un equilibrio delicado, como sabes. No quiero forzarla hacia una creencia que tal vez no le resulte natural. Al mismo tiempo, Dios realmente está obrando en ella. Así pues, me limito a pedir que yo sepa concederle libertad y ayudarla a percatarse de la invitación de Dios.

—Recuerda que la espiritualidad es como los espaguetis —dijo el padre Edward.

Paul reprimió una sonrisa. Había oído esa analogía muchas veces en el noviciado, pero dejó que su antiguo maestro de novicios se la explicara de nuevo.

—Cuando mi madre, que en paz descanse, cocía los espaguetis, solía arrojar unos pocos contra la pared de la cocina. Si se quedaban pegados, decía ella, es que estaban ya hechos. Lo mismo ocurre en la vida espiritual. No todas las homilias que prediques ni todas las ideas que propongamos surtirán efecto. Mucho depende de dónde se encuentra cada persona, de si está abierta o no a escuchar lo que tienes que decir y de si es el momento adecuado para que ella lo escuche. Un día dices algo que consideras profundo

y quienes lo oyen se limitan a encogerse de hombros. Unos meses después lo repites y se echan a llorar. ¿Quién sabe? En otras palabras, mucho depende de la gracia. Es posible que todo dependa de ella.

Paul asintió. Las numerosas homilías pronunciadas y su larga experiencia de dirección espiritual a monjes le habían enseñado que en ocasiones un comentario hecho de pasada le parecía al oyente la reflexión más sabia jamás escuchada, mientras que una idea que él consideraba útil podía dejar a un monje más desconcertado de lo que estaba antes de acudir al despacho del abad.

—Gracias —dijo—. Es una bendición hablar con Anne. Y no desvelo secreto alguno si te digo que es maravilloso que os hayáis reencontrado. ¡Después de todos los años que han pasado desde que la bautizaste!

—También para mí es una bendición —reconoció Edward—. Me había preguntado muchas veces qué habría sido de ella. Y es una gracia recordar mis tiempos, ummm, cómo diría yo, más activos.

Se levantó con esfuerzo de su sillón y se dirigió a la estantería.

El padre Edward guardaba más recuerdos que la mayoría de los monjes de la abadía. Se suponía que las celdas de los monjes no debían estar atestadas de objetos, pero Paul era más permisivo con los miembros de la comunidad mayores.

—Sus padres eran maravillosos —dijo, mientras revolvía en una vieja caja de zapatos que había en la estantería—. Realmente maravillosos.

El anciano monje sacó de la caja de zapatos una foto amarillenta y se la dio al abad. En ella se veía a un hombre sonriente con abundante pelo grisáceo sentado ante el escritorio del abad. Vestía una camisa blanca de cuello abotonado, arremangada, y llevaba el nudo de la corbata aflojado. Rodeado por una pila de papeles y una antigua calculadora, parecía estar revisando con minuciosidad las cuentas del monasterio. Paul sonrió cuando se percató de que el mobiliario del despacho del abad era exactamente el mismo que en la actualidad.

—¡Qué foto! —exclamó Paul—. ¿Es el padre de Anne?

—¡En efecto! Y un buen amigo mío.

Edward le enseñó otra foto de una pareja joven con un bebé en el exterior de la iglesia abacial. La madre, mirando de frente a la cámara, sostenía en brazos a la criatura, que agarraba con su manita tres dedos de su padre.

—Esa es la madre de Anne, por supuesto. Una mujer muy dulce. Eran una pareja fantástica. La madre tenía un gran corazón y era también bastante guapa, como puedes ver. Y Annie es igual de guapa, creo yo.

Paul recordó el aspecto que tenía el otro día: bronceada y en forma, con blusa blanca entallada y pantalones caquis que realzaban su delgada silueta. En ocasiones, Paul se sentía atraído por las mujeres que conocía, pero ello rara vez le inquietaba. Era simplemente parte de la vida. Se recordaba a sí mismo que estaría en idéntica situación si fuera un hombre casado que se sintiera atraído por una compañera de trabajo. Solo una vez a lo largo de su vida monástica se había enamorado Paul profundamente: de una mujer que conoció en una universidad católica de Minnesota durante un congreso de una

semana de duración sobre, qué casualidad, la vida monástica. La mujer era una brillante profesora universitaria, recientemente divorciada, más o menos de su edad, y era fácil entablar conversación con ella. Después de compartir unas cuantas comidas llenas de risas, Paul se dio cuenta de que se estaba enamorando. Cuando terminó el congreso y Paul regresó al monasterio y ella a su universidad en Ohio, mantuvieron correspondencia. Al cabo de unos meses, ella le escribió una carta confesándole los fuertes sentimientos que albergaba hacia él.

Paul, por su parte, nunca le reconoció la atracción que sentía por ella, ya que consideró que revelarles eso podría hacerle pensar que la relación tenía algún futuro. Aun a pesar de una buena dosis de autoconocimiento y unos cuantos cientos de kilómetros de separación, la relación resultó todo un reto para Paul. Al final, se recordó la opción de vida que había hecho y cuán feliz era como monje. En una carta, Paul le dijo que estaba muy agradecido por su amistad, pero también que escribirse con tanta asiduidad no era probablemente una buena idea para ninguno de los dos. Unos años más tarde, cuando ella contrajo nuevas nupcias, Paul respiró aliviado. Ahora intercambiaban tarjetas navideñas.

Como abad, Paul también sabía de algún monje que se había enamorado de otro monje. Esa era una situación más difícil, dados los riesgos asociados a la proximidad física. Por regla general, las cosas se normalizaban por sí solas cuando los monjes se abrían al resto de la comunidad, encontraban satisfacción en el trabajo y la oración y lograban poner cierta distancia emocional entre ellos. A veces, sin embargo, no ocurría así, y uno de los monjes o ambos terminaban marchándose.

Puesto que estaba hablando con su antiguo maestro de novicios, Paul consideró que no tenía nada que perder sincerándose con él.

—La relación con Anne me está poniendo un poco a prueba.

—Ya conoces el viejo dicho —dijo Edward, arrellanándose en el sillón—. Esos sentimientos no desaparecen hasta diez minutos después de nuestra muerte. Mientras los reconozcamos y nos recordemos a nosotros mismos que, como monjes, no debemos dejarnos llevar por ellos, no hay nada que temer. Estoy seguro de haberte dicho esto hace mil años en el noviciado: tales sentimientos demuestran que estás vivo.

Y encogiéndose de hombros, añadió:

—A veces es una lucha, por supuesto. Pero ¿qué vida no tiene luchas? Mientras tu castidad te ayude a amar, vas por el buen camino. Pues eso es todo lo que Dios nos pide aquí: que amemos.

Paul se sintió agradecido por estos ánimos. Pasar tiempo con su antiguo maestro de novicios también le recordaba la época en que estaba en su «primer fervor», como decían los monjes: justo después de haber ingresado en la orden, cuando aún pensaba que el monasterio era perfecto. La luna de miel terminó al cabo de un año, como ocurre en cualquier relación. Entonces, Paul empezó a ver el monasterio como lo que era: un lugar donde un grupo de personas trataban de llevar vidas santas, pero un lugar con no una mezcla no menor que la de cualquier otra comunidad humana. Entrar en contacto de nuevo con los fundamentos de su vocación —por qué ingresó en el monasterio, qué lo

trajo aquí, qué significaban los votos— siempre reavivaba su ardor juvenil, lo que, a su vez, lo ayudaba en la vida diaria.

—Además —dijo Edward—, estás siendo una gran ayuda para Annie. Así pues, ¿por qué no te relajas?

Paul asintió con la cabeza, agradecido por el consejo.

—Ed, voy a reunirme ahora con ella. Reza por nosotros.

—Eso es lo que llevo haciendo desde que reapareció.

Después de bendecir al padre Edward, el abad salió de la celda. De camino a su despacho, pasó por el jardín del claustro. Le quedaban algunos minutos antes de la cita con Anne; decidió sentarse en el banco y disfrutar de la vista, algo para lo que no había tenido demasiado tiempo desde su elección como abad.

Las pequeñas flores blancas de los cornejos habían desa- parecido ya unos días antes, al igual que las hinchidas flores rosadas de los cerezos, pero las rosas rojas habían florecido plenamente; y alrededor de las sendas empedradas, dragones púrpura se balanceaban en sus tallos de color verde pálido. A principios de la primavera, el hermano Stephen, el monje encargado de los jardines del monasterio, había plantado en las orillas de las sendas empedradas *impatiens* o alegrías de la casa, que a Paul al principio no le gustaban. Demasiado chillonas, había pensado. Pero esta tarde tuvo que reconsiderar sus prejuicios anteriores: los mullidos ramilletes de rojos y naranjas y rosas estaban preciosos a la luz crepuscular del sol. Un arrendajo azul cantó desde las ramas de uno de los cornejos.

Ser abad tenía algunos beneficios extra inesperados. Paul siempre había sentido debilidad por los polemonios y los dragones púrpura, flores que recordaba del jardín de su madre. Por eso le pidió al hermano Stephen que plantara algunos macizos de unos y otros en el jardín del claustro, algo que Stephen hizo encantado.

—Tu predecesor —le dijo este, riendo— no sabía distinguir un rosal de un arce.

Envalentonado, Paul sugirió al año siguiente plantar algunas lilas, que ahora regalaban a los monjes todos los años un estallido de color y fragancia y atraían una plétora de mariposas macaones.

Todas las flores, las que le gustaban y las que no, producían juntas un efecto maravilloso. Su apreciación de este espectáculo se intensificaba por su buen humor, aliviado como estaba por la conversación con su antiguo maestro de novicios y alentado por la convicción de que pronto sería testigo de la obra de Dios en Anne. «Sí —pensó—, el jardín del claustro está especialmente bonito esta tarde. ¡Qué bello es el mundo cuando las cosas tienen sentido!».



Anne estaba esperando a Paul en el despacho de este. Ya se sentía más cómoda en el monasterio e incluso había trabado una cierta relación de cordialidad con Maddy en la hospedería.

–Ya sabe el camino –le había dicho Maddy cuando llegó con alguna antelación a la entrevista que tenía con Paul.

–Te he traído un regalo –le dijo Anne a Paul, levantándose de la silla.

–Gracias –dijo el abad, depositando sobre la mesa un libro grande y rojo con cintas de varios colores asomando de entre sus páginas–. ¡Son preciosas!

Anne le tendió una maceta de plástico verde de la que sobresalían petunias púrpura y blancas.

–Son de mi jardín. Este año están resultando muy bien –dijo, mirando por la puerta del despacho abierta al jardín del claustro–. Pero supongo que traer flores aquí es como traer mermelada. Parece que tienes más que suficiente tanto de lo uno como de lo otro.

–Ya, pero estas son tuyas. De estas, cultivadas por ti, no tenemos en el monasterio. Y harán que nos acordemos de ti y que no se nos olvide rezar por ti.

A Anne le sorprendió la capacidad de Paul para transformar con tanta elegancia unas torpes palabras en algo hermoso.

–Necesito consultarte un asunto extraño –dijo mientras se sentaba en la butaca, de cuyo brazo sacudió un poco de pelusa–. ¡Ay, lo siento, qué descortés por mi parte! Antes de nada, ¿qué tal estás?

–No, en absoluto. Estoy bien, gracias. ¿Qué quieres preguntarme?

–La otra noche en la capilla viví una experiencia extraña. ¿Recuerdas que estuvimos hablando sobre distintas imágenes de Dios? ¿Recuerdas que te conté que había imaginado que Dios compactaba la tierra a mi alrededor y entonces tú me hablaste de Jesús jardinero?

Paul asintió con la cabeza.

–Sí, lo recuerdo muy bien.

–Pues bien, cuando terminamos, fui a la iglesia y me senté en uno de los bancos. No sabía bien qué hacer, puesto que la oración no es lo mío. El caso es que estuve un breve

tiempo en silencio. Y luego empecé a reflexionar sobre la idea de Jesús como jardinero. Estando sentada allí...

Se detuvo.

Paul la invitó a continuar.

—Va a sonar raro —dijo Anne.

—Apuesto a que no me suena raro en absoluto.

—Estando sentada allí... de repente me dio por pensar en una canción que me gustaba cuando iba a catequesis o como se diga ahora. Solíamos cantar *Morning Has Broken*. ¿La conoces? Era bastante popular en aquellos años.

—¡Claro que la conozco!

Y empezó a cantar con suave voz de barítono:

—*Morning has broken, like the first morning. Blackbird has spoken, like the first bird...* [La mañana ha despuntado, como la primera mañana. El mirlo ha cantado, como el primer pájaro...].

—¡Sí, esa es! —dijo Anne—. ¡Vaya! Tienes buena voz.

Paul sonrió levemente.

—Aquí es casi un requisito.

Anne rio brevemente y prosiguió:

—En cualquier caso, me encantaba el verso que dice: *Praise for the sweetness of the wet garden, sprung in completeness where his feet pass* [(Lo) alabo por la dulzura del húmedo jardín, que florece en plenitud allí por donde pasan sus pies]. De hecho, le pregunté a mi madre si eso ocurrió en realidad, y ella me contestó que todo era posible. De pequeña solía imaginarme a Jesús caminando por el desierto o en Nazaret o Galilea o donde fuera. Ni siquiera sé si hay un desierto allí, pero solía imaginarme que de sus huellas en la tierra reseca brotaban flores. Sea como fuere, el caso es que estaba sentada en la iglesia y de repente me vino a la cabeza justo esta imagen de Jesús: caminando por la tierra reseca y haciendo surgir flores a su paso. Apareció ahí de golpe. Y esto es lo extraño: que llevaba el sombrero de jardinera de mi madre —el que ahora me pongo yo— y los guantes de mi padre, los que ahora uso yo.

Anne sacudió la cabeza.

—Fue extraño. Era una imagen muy vívida. No parecía una visión o algo así. No lo vi de pie en la capilla ni nada por el estilo. Era más bien como si la imagen hubiera surgido sencillamente en mi cabeza. Por sí misma. Pero era muy hermosa. Nunca me había pasado algo así; no obstante, resultó agradable. ¿Es esto normal?

Paul sonrió.

—Sí, lo es. No es algo que suceda todos los días, pero experiencias de esta clase son bastante comunes cuando se empieza a orar. Y cuando suceden, es un auténtico don. ¿Ocurrió algo más?

—Como sentí ganas de hablar con él, dije: «Lo echo de menos». Y entonces él respondió...

Anne se detuvo y, bajando la mirada, la posó en su blusa blanca y sus pantalones de lino rojos.

Paul esperó.

—Respondió..., respondió: «Lo sé».

La voz de Anne tembló. Podía recordar con claridad aquel momento.

—¡Fue tan hermoso! Fue como si realmente lo *supiera*. Y como si realmente se sintiera triste por mí. Y justo ahora, aquí sentados, me estoy acordando de la pregunta que me hiciste sobre cómo pensaba yo que se sentía Jesús. Ahora creo que realmente sentía pena por mí.

Miró al abad y agregó:

—No sé qué pensar sobre esto. ¿Es un disparate?

—No, en absoluto. Todo lo contrario.

—¿Es todo esto un producto de mi mente? ¿O sucedió realmente?

—¿Y por qué no pueden ser ciertas ambas cosas a la vez? Dios puede obrar a través de tu imaginación. ¿De qué otro modo acudiría Dios a ti en la oración? Después de todo, él creó tu imaginación. ¿Sabes qué? Jesús *siente* pena por ti. Más aún, «sentir pena» no va lo suficientemente lejos. Jesús siente *contigo*. Tiene compasión por ti.

Anne recordó ocasiones en las que había notado que una persona no se limitaba a darle palmaditas en el hombro, a sentir lástima por ella, sino que permanecía a su lado en medio del dolor. Había una gran diferencia.

—Nunca había experimentado algo como esto; como la oración, quiero decir.

—Quizá Dios haya estado esperando el momento adecuado para venir a ti de este modo —dijo Paul—. Y pienso que es algo hermoso. ¿Puedes confiar en todo esto?

—Creo que primero tengo que confiar en que no estoy perdiendo la cabeza.

—Bueno, si estás perdiendo la cabeza, entonces eso mismo puede decirse de todos los santos y de cualquier persona que haya tenido alguna experiencia de oración. Incluido yo mismo.

—¿Sucedecede esto con frecuencia en la oración?

—En la oración suceden todo tipo de cosas —repuso Paul—. Imágenes como la que experimentaste son solo una de las formas en las que Dios viene a nosotros. En algunas personas afloran principalmente emociones, como el gozo o la satisfacción cuando piensan en Dios. A otras les vienen de golpe recuerdos, tal vez de la infancia, y sienten que ello de algún modo las sana. O les recuerda lo mucho que Dios las amaba cuando eran jóvenes. A veces se trata nada más que de una idea, como, por ejemplo, encontrar solución a un problema que lleva tiempo inquietándote. Puede suceder todo esto. Luego, en ocasiones parece como si nada ocurriera. Eso puede resultar bastante frustrante. Pero en esos períodos hay que confiar en que Dios está trabajando en nuestro hondón. Porque todo el tiempo que pasamos en presencia de Dios es transformador. En realidad, nuestro trabajo principal en la oración es presentarnos a Dios y abrirnos a él. «Preséntate ante él y calla», como le gusta decir a uno de los monjes de la casa.

Anne escuchaba.

—Pero sí, lo que cuentas sucede. La pregunta es: ¿crees que es Dios quien está hablando contigo y diciéndote que se preocupa de ti? ¿Crees que es real?

Anne miró por la ventana al cielo, cada vez más oscuro. Durante todo el día había

estado deseando que llegara el momento de reunirse con Paul. En el almuerzo, Kerry se había burlado de Anne después de que esta admitiera cuánto disfrutaba de sus visitas a la abadía. «Querida hermana Anne», le escribió un rato más tarde en un correo electrónico, «cuando ingreses en el convento, acuérdate, por favor, de enviarme de regalo algunos tarros de mermelada».

No tenía ningún sentido: era evidente que Anne no iba a ingresar en ningún convento; y en la abadía, en cualquier caso, no había mujeres. Pero el correo de Kerry le hizo gracia, por lo que contestó: «Que Dios te bendiga, hija mía».

¿Cómo había llegado a este lugar, donde un monje le estaba preguntando si creía en la presencia de Dios en su vida? ¿Fue mero azar que su coche se estropeará y que Mark la trajera aquí aquella tarde en medio de la tormenta? ¿Se habría atrevido a llamar a Mark si este no se hubiera acercado unos días antes a su casa para contarle que los muchachos habían roto el cristal de la ventana de un pelotazo? Pensó en su conversación con Brad y en la cara que puso cuando ella le dio el guante de béisbol de Jeremiah. Se sentía contenta de haber podido consolarlo después de tanto tiempo.

Y ahora, sentada en el despacho de Paul, recordó un momento en la vida de Jeremiah del que hacía tiempo que se había olvidado: cuando el niño le contó la primera vez que logró un *hit* en la liga infantil de béisbol. Ella no había estado allí para verlo —y fue entonces cuando se prometió no volver a perderse un partido—, pero escuchar a su hijo describirle lo que sintió al golpear la pelota y echar a correr hasta la primera base le pareció más entrañable que haber sido testigo directo de ello. El rostro de Jeremiah reflejaba absoluto deleite. El crío irradiaba alegría mientras le contaba su hazaña. Este fue el recuerdo que ahora le vino a la memoria.

Anne se sintió más liviana, como si algo nuevo se estuviera abriendo para ella. No era que no estuviera ya triste por lo que le ocurrió a Jeremiah o que no quisiera volver a tenerlo junto a sí. Nada había que deseara tanto como volver a tener a su hijo a su lado. Y tampoco era que no estuviera ya enfadada con Dios. Pero también sentía algo más. Sentía que Dios había estado con ella aquel día en el jardín. Lo sentía. Sentía que Dios se compadecía de ella. Lo sentía realmente. No podía negarlo.

Por eso dijo:

—Sí, creo que puedo creerlo.

—Me alegro —dijo Paul, reclinándose en la butaca—. Porque ese es el primer paso en la oración: confiar en que esto que te está pasando procede de Dios. Piensa sobre ello: ¿de qué otra forma podría venir Dios a nosotros? La mayoría de las veces, Dios viene a nosotros a través de realidades cotidianas, como las relaciones, el trabajo, la familia, los amigos. Pero en ocasiones, como descubriste en tu jardín y en la iglesia, se nos acerca por vías muy personales. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que todo ello está hecho a medida para ti, Anne. Dios se sirve de cosas de tu vida para hablarte: tu amor por la jardinería, el sombrero de tu madre, los guantes de tu padre. Es como en las parábolas.

—¿Perdón?

—Lo siento —dijo Paul, sonriendo—. A veces me dejo llevar un poco.

Se quitó las gafas para limpiarles algunas motas de polvo con el dobladillo del

escapulario negro.

—Lo que quería decir es que en las parábolas Jesús toma realidades de la vida diaria de las personas... pájaros y semillas y nubes y objetos con los que sus coetáneos estaban familiarizados... y las transforma en relatos que las ayudan a comprender el amor divino. Lo mismo ocurre en nuestras vidas. Dios se sirve de realidades familiares para ayudarnos a entender su amor. Dios te habla en formas que tú, Anne, puedes entender, usando cosas de tu vida, cosas que amas, para encontrarse contigo allí donde estás. Esto nunca deja de sorprenderme.

—No sé bien a dónde ir con todo esto —dijo Anne.

—¿Por qué no dejas que Dios te guíe? ¿Por qué no te abres a las formas en las que Dios quiera estar contigo?

—De acuerdo —repuso ella, resoplando—. Pero sigo echando en falta a Jeremiah.

—Por supuesto. Y siempre lo echarás en falta. Pero voy a decirte algo que no quise decirte al principio porque temía que lo interpretarás erróneamente. Me pregunto si te ayuda en algo saber que Jeremiah está con Jesús jardinero. La misma persona con la que te encontraste en la oración es la que acogió a tu hijo en el cielo con los brazos abiertos.

Al oír esto, Anne dejó caer la cabeza.

—Tal vez no debería haber dicho eso —se disculpó Paul—. Pero lo creo.

Anne podía ver la torre de la iglesia a través de las hojas de fuera, y recordó las palabras de su padre comparándola con el mástil de un barco que asoma lentamente por el horizonte.

—Creo que yo también.

La campana tañó llamando a vísperas.

—Ah, esas campanas siempre me pillan por sorpresa, aun después de veinticinco años —dijo Paul, levantándose y arreglándose el escapulario—. ¿Te unes a nosotros?

—¿Por qué no?



Mark le estaba agradecido a Anne por haberle permitido convertir el garaje en un taller. Hacia finales del verano había terminado de sacar la basura que habían acumulado allí los dos inquilinos anteriores, de pintar de blanco brillante las paredes de bloques de hormigón y de instalar una nueva iluminación, todo lo cual le pareció muy bien a Anne. No era un taller tan elegante como el de su mentor en Cambridge, pero no estaba mal para empezar.

En las últimas semanas, Mark había ahorrado el dinero necesario para comprarse las herramientas básicas de carpintería, que ahora colgaban en tableros de clavijas pintados de blanco y clavados en las paredes del garaje. La camioneta podía quedarse a la intemperie en verano, por lo que dentro del garaje había espacio más que suficiente para trabajar. Y no le faltaban encargos. Atraídos por el ruido aparentemente irresistible del martillo y la sierra, los muchachos del barrio ya habían asomado varias veces la cabeza por el garaje, lo que garantizaba que sus padres sabían qué estaba haciendo Mark y que antes o después llegarían encargos. Brad se interesó especialmente por el taller y había empezado a pasarse por allí de cuando en cuando para echar un vistazo a las herramientas de Mark y charlar con él de coches y chicas.

—Tal vez no sea yo la persona idónea para aconsejarte sobre chicas —le dijo a Brad un sábado por la tarde a finales de agosto.

Mark estaba lijando una pequeña estantería de pino que había diseñado para colocarla encima del abarrotado escritorio del padre Paul. Era una sorpresa. Mark le estaba agradecido por los consejos que le había ofrecido en los últimos meses y había pensado que esta sería una buena manera de darle las gracias.

—¿Te estás quedando conmigo o qué? —dijo Brad, que estaba sentado sobre el suelo de cemento, con las piernas cruzadas, mirando al carpintero—. Vi a esa chica con la que salías hace unos meses. La alta, la del Mercedes. ¡Qué buena estaba!

—Eso no siempre es lo más importante del mundo; quiero decir, que alguien esté bueno.

Brad abrió los ojos como platos, al igual que en un tebeo, y Mark se rio.

—Déjame que te enseñe a lijar correctamente. Quizá sea más fácil de aprender.

En las últimas semanas, el padre Paul había cumplido su promesa de encontrar para Mark más trabajos de carpintería en la abadía. Mark ya había terminado una pequeña mesa de roble para sostener el jarrón con flores que se colocaba junto al cuadro de María en la iglesia. La vieja mesa de metal estaba ya muy desvencijada y, cada vez que algún monje la rozaba con el hábito, amenazaba con volcarse; de ahí que Mark se ofreciera a hacer otra. Siempre que pasaba al templo, se detenía para mirar fijamente la mesa nueva, delgada pero sólida.

—El orgullo es uno de los siete pecados capitales, ya lo sabes —le decía con una sonrisa pícaro el hermano Robert cuando veía que la mirada de Mark se posaba en la mesa nueva.

Anne estaba encantada con que Mark hubiera renovado el garaje, puesto que ella nunca había encontrado tiempo para limpiarlo. También valoraba sus habilidades como carpintero y le satisfacía ayudarlo en el terreno laboral. Notaba que Mark aún sentía interés por ella, pero no le apetecía salir con un niño, por amable y educado que fuera. En cualquier caso, estaba contenta de apoyarlo. Y él parecía percatarse de esta distensión erótica y la trataba con afecto contenido, pero evidente.

Cuando Anne le preguntó cuánto le debía por la pintura y las reparaciones realizadas en el garaje, él, sacudiendo la cabeza, le dijo:

—Me estás ayudando tú a mí; no te costará nada. Las mejores cosas en la vida son gratis.

Eso era lo mismo que le había dicho el padre Paul cuando se ofreció a pagarle por lo que había llegado a comprender que eran sesiones de dirección espiritual. (Había leído esa expresión en un folleto que había visto en la hospedería). Así y todo, dio un donativo anónimo al monasterio. En secreto se sintió muy orgullosa de sí misma cuando el abad le contó que había recibido una dádiva para ayudar a renovar la iglesia. Lo primero que haría, dijo Paul, sería reemplazar la vieja mesa metálica junto al cuadro de María.

La vida de Anne había cambiado en el curso del verano, lo que atribuía no solo a los efectos del paso del tiempo, sino al tiempo que había pasado en la abadía. El padre Paul había puesto cara seria al decirle ella eso mismo unos días antes, cuando se acercó al monasterio a llevarle más flores.

—No ha sido la abadía la que ha hecho esto por ti, sino Dios.

—Ya —replicó Anne—, pero si no hubiese venido a la abadía, nada de esto habría ocurrido.

—¿Y quién crees que te trajo a la abadía?

Anne iba a decir: «Mark», pero se percató de lo que estaba insinuando Paul. Así que se limitó a reír. Todavía estaba enfadada con Dios por haberse llevado a Jeremiah. Y le seguía costando creer que Dios estaba detrás de todo lo bueno que ocurría. «Pero quizá sí —pensó— detrás de algunas cosas buenas».

Las fotos de Jeremiah iban a seguir en la pared de la sala de estar. De hecho, añadió algunas nuevas. Junto a la foto de graduación del colegio, colgó una de su bautismo. La había encontrado en el garaje en una caja que creía perdida y la había enmarcado a juego con la foto escolar que tanto le gustaba. Anne y su marido, resplandecientes, sostenían al

bebé, que gritaba con todas sus fuerzas. Sus padres, que estaban detrás de ellos, exhibían –no le quedó más remedio que reconocerlo con arrepentimiento– una sonrisa ufana. Pero imaginó que seguramente ahora tendrían esa misma expresión en el cielo, tras haber visto cuánto tiempo pasaba en la abadía. Anne no estaba preparada para ir a misa –aún andaba demasiado ocupada–, pero veía en ello una posibilidad para un futuro no demasiado lejano.

Al lado de la foto del bautismo de Jeremiah colgaba ahora la foto de su propio bautismo que le había dado el padre Edward. A este le llevó una copia enmarcada, que el anciano sacerdote tenía encima de su escritorio. Hacía tan solo unos días le había dicho que rezaba todas las noches por Jeremiah y por ella.



Un domingo por la noche hacia finales de verano, en la abadía de los Santos Felipe y Santiago, en los suburbios de Filadelfia, la campana tañe anunciando completas. Los monjes entran en la iglesia en silencio y, tras hacer una profunda inclinación mirando hacia el altar, ocupan sus sitios. Los algo más de veinte monjes parecen hombres comunes y corrientes. Si no fuera por sus largos hábitos negros y blancos, podrían haber sido contables, abogados, fontaneros, maestros de escuela o carpinteros.

El abad, un hombre delgado de mediana edad con grandes gafas negras, golpea con uno de los nudillos de su mano derecha la sillería de madera en señal de que la oración va a comenzar. Al lado del abad hay un monje mayor que él, encorvado pero con una mata de pelo canoso, que acaba de dejar junto a la sillería su andador metálico.

El sol se está poniendo, y las gruesas vidrieras no dejan pasar la luz. En vez de ello, la iglesia misma es la fuente de luz, y del exterior de las ventanas emana un azul oscuro, casi violeta.

—Ascienda hacia ti mi oración vespertina, oh Señor... —canta el monje que preside el oficio.

—Y descienda sobre nosotros tu amor misericordioso —responden a coro los demás.

En la parte trasera de la iglesia, dispersas por la zona de visitantes, hay sentadas seis personas. Una mujer mayor, viuda, que lleva varios años viniendo al monasterio, atraída por la belleza física del lugar. Un estudiante universitario que se plantea hacerse sacerdote o monje, pero al que todavía le quedan años para tomar una decisión. Una pareja de mediana edad, profesores de una universidad cercana, ambos agnósticos, pero admiradores del canto de los monjes. Más atrás aún, cerca ya de la puerta, hay otras dos personas.

Una de ellas es el encargado de mantenimiento y carpintero de la abadía. Según el directorio telefónico de la abadía, su cargo oficial es: «Director de instalaciones». Normalmente, el domingo es su día libre, pero hoy ha venido al monasterio a terminar un par de estanterías de arce que está haciendo para la biblioteca. Es su obra de carpintería más ambiciosa hasta la fecha, pero disfruta con el trabajo.

El carpintero, un hombre alto de melena rubia rojiza, es siempre bienvenido a las

oraciones del monasterio, pero rara vez acude a ellas. Esta tarde, sin embargo, con el verano ya declinando y el tiempo cada vez más fresco, el mundo le ha parecido muy bello. Unas cuantas horas antes, mientras barnizaba las estanterías, le ha embargado una repentina ráfaga de satisfacción y contento, la certeza de que este es el lugar donde debe estar. Tiene que admitir que no es mucho lo que ha cambiado en su vida en el curso de este verano. Aún no ha encontrado su media naranja, como espera. Pero se siente un poco más satisfecho con su trabajo. Por eso quiere darle gracias a Dios. Tras entrar en la iglesia, el hombre se ha quitado la gorra de los Red Sox manchada de sudor, se ha sentado en un banco y ha cerrado los ojos.

Tres filas detrás de él está sentada una mujer morena de mediana edad vestida con una camiseta de los Phillies y vaqueros desteñidos. El carpintero no puede verla, ni ella le dirá a él que ha estado aquí hasta algunos días más tarde, y entonces los dos se reirán de ello. Ha pasado un día agradable desbrozando su jardín y preparando una cena relajante para una amiga del trabajo. Hace unos minutos ha estado visitando al monje anciano del andador metálico, que fue amigo de sus padres.

Al verla, uno podría preguntarse qué es lo que la ha traído aquí. Uno conjeturaría que es una católica devota. ¿Quién si no pasaría una tarde de domingo en un monasterio? Pero no lo es. Está lejos de ser lo que se llamaría una católica practicante y no puede recordar cuándo fue la última vez que asistió a misa. Cabría pensar que lleva años viniendo por aquí y que, por tanto, conoce bien el monasterio. Pero tampoco eso la caracterizaría acertadamente. Tan solo conoce a unos cuantos de los monjes. Cabría suponer que es una especie de turista espiritual que prueba ahora esta tradición, ahora aquella otra, y que, habiendo descubierto hace poco la vida monástica, proseguirá la ruta en cuanto decaiga su interés. Pero tampoco eso sería exacto. Su atracción por la vida monástica es más profunda. Por último, cabría sospechar que es un alma perdida, sin relaciones reales en su vida. Nos equivocáramos de nuevo. Se siente conectada con sus amigos, con su difunto hijo y ahora, de un modo nuevo, con su fe o, al menos, con *una* fe. Al igual que ocurre con la mayoría de las personas, no es fácil clasificarla.

Si mirásemos con más cuidado, nos percatáramos claramente de un detalle. Mientras los monjes cantan su oración final del día, la mirada de esta mujer se posa en un cuadro de María con Jesús en brazos que se alza sobre una mesa pegada a uno de los muros laterales de la iglesia. Al lado de esa mesa hay otra más pequeña, de madera, sobre la que reposa un jarrón lleno de dragones púrpura. La mujer mira al cuadro varias veces durante completas.

También veríamos que canta junto con los monjes. Es un himno que solía cantar su padre y que ella olvidó durante largos años.

Pero ahora se sabe bien la letra, de memoria.

Agradecimientos

Esta novela se basa en un sueño. Por eso, los personajes de Anne, Mark y Paul no están inspirados en personas reales, salvo quizá inconscientemente. Tampoco ninguna de las conversaciones entre los personajes se basa en personas o situaciones reales, aunque les subyacen experiencias que he vivido como director espiritual y como persona dirigida espiritualmente. Las experiencias, luchas e interrogantes de Anne son comunes en la vida espiritual, y otro tanto puede decirse de los de Mark y Paul. Por último, la abadía de los Santos Felipe y Santiago no es un lugar real, sino inventado a partir de mis experiencias con monjes y monasterios trapenses y benedictinos en Estados Unidos.

Me gustaría dar las gracias a varias personas que leyeron una versión anterior del manuscrito y me ofrecieron generosamente sus valiosas sugerencias: Jim Keane, Ron Hansen, Kathleen Norris, William A. Barry, SJ, Janice Farnham, RJM, Kerry Weber, Dan Pawlus, Louise Murray, Liza Fiol-Matta, Paul Mariani y James Palmigiano, OCSO. Y también a una modesta correctora del manuscrito que desea permanecer en el anonimato, pero que mejoró inmensamente el libro con sus correcciones, comentarios, añadidos y consejos. Y a Joseph McAuley, por ayudar con jovialidad a introducir todas las correcciones. Y a Heidi Hill, por cotejar las informaciones y datos objetivos y asegurarse de que en el libro las flores florecen en el orden adecuado. En la editorial HarperOne, tengo una deuda de gratitud con Roger Freet y Michael Maudlin, por su aliento y apoyo, y con Noël Chrisman y Ann Moru, por el maravilloso esmero con que han tratado el manuscrito.

Y, sobre todo, le estoy agradecido a Dios, por el sueño y por todo lo demás.

Índice

Portada	3
Créditos	5
Índice	9
Prólogo a la edición española, por JAMES MARTIN, SJ	10
1	12
2	15
3	19
4	21
5	29
6	33
7	35
8	40
9	44
10	47
11	52
12	54
13	61
14	64
15	70
16	74
17	81
18	84
19	87
20	92
21	94
22	100
23	105
24	111
25	117

26
27
28

121
126
129